

LA PATRIA ES PRIMERO



LA PATRIA ES PRIMERO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

La patria es primero es una novela coral y didáctica que narra la transformación de México en un Estado capturado por el crimen organizado durante el gobierno de Abundio Legorreta Vega, un hombre mediocre en todos los sentidos medibles salvo dos: el carisma que incendia multitudes y la mentira que suena a verdad absoluta. A través de ocho personajes que atraviesan los diez años del régimen —un general que comprende todo y obedece de todas formas, una periodista que documenta lo que el sistema quiere invisible, una madre buscadora que encontró a su hijo en una fosa y no dejó de buscar a los otros, un intelectual que se vendió sin saberlo del todo, un empresario que cedió gota a gota, un operador criminal que nunca levanta la voz, una jueza que llegó demasiado tarde a todo y un secretario particular que administra lo que no puede nombrar— la novela construye el retrato de una democracia que se suicida desde dentro mientras millones la defienden convencidos de que la están salvando.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene representaciones de desaparición forzada, violencia institucional, corrupción sistémica, crimen organizado y complicidad del Estado. Los personajes son ficticios. Los mecanismos que describen son reales. Cualquier semejanza con hechos o personas del México contemporáneo no es accidental: es el propósito de la obra.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La patria es primero

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela política coral didáctica

Extensión aproximada: Prólogo + 15 capítulos + epílogo (aprox. 35,000 palabras)

Estilo literario: Híbrido Pérez-Reverte / Vargas Llosa

Escenario: México, años contemporáneos

Período narrativo: Diez años de gobierno

Idioma: Español

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela no es un panfleto político. Es un intento de comprender, desde la ficción, cómo una democracia puede destruirse a sí misma con sus propias herramientas, con sus propias formas, con el lenguaje de su propia Constitución. Los personajes que la habitan no son héroes ni villanos en el sentido tradicional: son personas que tomaron decisiones en contextos diseñados para que las decisiones correctas fueran más costosas que las incorrectas. Eso también es responsabilidad del sistema. Y eso también es parte de lo que esta novela intenta decir.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite su reproducción y distribución no comercial citando al autor. No se permite la modificación ni la creación de obras derivadas sin autorización expresa.

PALABRAS CLAVE

Novela política · Captura del Estado · Crimen organizado · Democracia · Populismo · México · Periodismo de investigación · Desapariciones forzadas · Corrupción sistémica · Fuerzas Armadas · Madres buscadoras · Corte Penal Internacional · Soberanía · Propaganda · Poder judicial

TEMAS PRINCIPALES

La demolición institucional como proceso gradual y acumulativo. La mediocridad como condición de posibilidad del autoritarismo. El carisma sin contenido como arma política. La complicidad de los que saben y no actúan. La resistencia individual frente a la captura sistémica. La diferencia entre escuchar y hacer algo con lo que se escucha. El costo de llegar tarde. La justicia imperfecta como única justicia disponible.

CITAS DESTACADAS

"El problema no es que seamos pocos los que sabemos. El problema es que saber ya no obliga a nada." — Valentina Cruzalta

"Los que saben son peligrosos. Los que creen que saben son útiles." — El Compadre

"Los muertos no tienen tiempo de esperar la justicia perfecta." — Lola Pimentel

"¿Cuándo exactamente empieza uno a ser cómplice de algo que todavía no tiene nombre?" — General Mendieta

"El problema no es que llegamos tarde al diagnóstico. El problema es que nos pagaron bien por no diagnosticar." — Senadora Marisol Andrade

"Cree cada sílaba." — Valentina Cruzalta sobre Legorreta

"Siempre había dos coordenadas nuevas. Eso también era México." — El narrador

COMPARACIONES LITERARIAS

La arquitectura coral y la distancia moral del narrador remiten a *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa. La velocidad del diálogo, la precisión histórica y el protagonismo de personajes que operan en el límite entre la institución y su destrucción conectan con *El pintor de batallas* y *La reina del sur* de Arturo Pérez-Reverte. La crónica del Estado capturado desde adentro dialoga con *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y con el periodismo narrativo de Anabel Hernández. El tratamiento del populismo como sistema cognitivo antes que ideológico evoca *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento de la novela considera usted que el régimen se vuelve irreversible? ¿Existe ese momento o es siempre el resultado de una acumulación? ¿Qué distingue a Mendieta de Bracamontes, si ambos hicieron durante años lo mismo? ¿Es Legorreta un villano o una consecuencia? ¿Qué habría necesitado la oposición para ser efectiva y en qué momento ese momento dejó de estar disponible? ¿Qué significa la frase final —*siempre había dos coordenadas nuevas, eso también era México*— como cierre de una novela sobre el colapso institucional?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *La patria es primero*. México, 2025. Obra de ficción. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Entre las más de doscientas dos novelas publicadas por el autor destacan *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado* y *Esto es lo que hicimos de México*, todas ellas novelas didácticas y corales que exploran la historia política, social e intelectual de México, España y Europa desde el siglo XIX hasta el presente.

MENSAJE FINAL

Esta novela fue escrita para los que saben y que, a pesar de eso, siguen. Para las que salen cada mañana con botas de hule y mapa de búsqueda. Para los que guardan documentos que no deberían existir porque saben que algún día alguien va a necesitarlos. Para los que llegaron tarde y que aun así no se fueron. Y para los que todavía creen que documentar sirve de algo, aunque el sistema haya decidido que saber ya no obliga a nada. Sirve. Siempre ha servido. El registro histórico importa aunque no cambie nada hoy.

ÍNDICE

Prólogo:	<i>La noche en que el Estado cambió de dueño</i>
Capítulo 1:	<i>La patria es primero</i>
Capítulo 2:	<i>Los fieles</i>
Capítulo 3:	<i>Los territorios de la sombra</i>
Capítulo 4:	<i>El abrazo</i>
Capítulo 5:	<i>La nueva aristocracia</i>
Capítulo 6:	<i>Los generales</i>
Capítulo 7:	<i>La fábrica de la verdad</i>
Capítulo 8:	<i>Los desaparecidos</i>
Capítulo 9:	<i>La captura de la República</i>
Capítulo 10:	<i>La legalidad del miedo</i>
Capítulo 11:	<i>La frontera observa</i>
Capítulo 12:	<i>La denuncia</i>
Capítulo 13:	<i>La Haya</i>

Capítulo 14:	<i>El derrumbe</i>
Capítulo 15:	<i>La última conferencia</i>

LA PATRIA ES PRIMERO

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

"La noche en que el Estado cambió de dueño"

*Hacienda El Encinal, municipio de Tlalnepantla, Estado de México.
Madrugada del 3 de noviembre.*

La tormenta llegó desde el noroeste sin aviso y sin misericordia, como suelen llegar las cosas que van a durar. Primero fue el viento sacudiendo los eucaliptos del camino de terracería, luego el olor metálico del agua que aún no había caído, y finalmente la lluvia misma, densa y vertical, golpeando el techo de lámina de los establos abandonados y convirtiendo el patio de la hacienda en un espejo negro que devolvía, distorsionados, los faros de los vehículos que iban llegando.

Llegaron de uno en uno, con intervalos de diez minutos. Ninguno traía escolta visible. Ninguno traía placas oficiales. Cuatro camionetas blindadas de modelo reciente, dos sedanes oscuros con vidrios polarizados al límite legal, y al final, casi a las dos de la mañana, una camioneta blanca sin logotipo ni distintivo alguno que se estacionó lejos de las demás, como si su ocupante quisiera conservar, hasta el último momento, la opción de retirarse sin ser visto.

Abundio Legorreta Vega bajó de esa camioneta solo. Sin asistente, sin guardia, sin el aparato de seguridad que en cinco semanas, cuando ganara la presidencia con una mayoría que los analistas ya no discutían sino solo describían, sería obligatorio y permanente. Llevaba una guayabera blanca ligeramente húmeda por los bordes y unos pantalones de vestir que alguien había planchado ese día pero que él había sentado durante seis horas en

giras por tres municipios del Estado de México. Tenía setenta y dos años y caminaba como si no los tuviera, con esa energía que no viene del cuerpo sino de la convicción de que uno está exactamente adonde debe estar haciendo exactamente lo que debe hacer.

En el salón principal de la hacienda —techos de vigas de nogal ennegrecidas, retratos de generales porfirianos mirando desde las paredes con una severidad que el tiempo había vuelto cómica, una mesa de roble macizo capaz de sentar a veinte personas— lo esperaban diez hombres. Diez hombres que, vistos juntos, componían el mapa completo de lo que México había llegado a ser y de lo que estaba a punto de convertirse.

Aurelio Fuentes Barragán, al que todos llamaban El Compadre, ocupaba el extremo derecho de la mesa con la comodidad de quien lleva décadas siendo el hombre más peligroso en cualquier cuarto al que entra. Sesenta y cinco años, traje gris de lana italiana, camisa sin corbata abotonada hasta el último botón. Educado en La Habana durante los años en que Cuba todavía exportaba una cierta idea de sí misma al mundo, hablaba español con una precisión que desconcertaba, inglés sin acento detectable y manejaba el silencio con la destreza de un instrumento musical. Era el jefe indiscutido del cártel del sureste, una organización que controlaba cuatro estados, dos puertos de entrada al Pacífico y una red de distribución que llegaba, sin interrupciones, hasta Chicago y Atlanta. Nunca levantaba la voz. Nunca había necesitado hacerlo.

A su derecha, separados entre sí con la distancia calculada de quienes se conocen pero no se frecuentan, estaban otros tres hombres que los informes de inteligencia —los que existían y los que existirían, los clasificados y los que nunca se escribirían— describirían como "jefes regionales de primer nivel". A la izquierda de la mesa, dos generales de brigada con ropa civil que les quedaba como disfraz: los cuerpos militares no desaparecen con el cambio de ropa. Y diseminados en los extremos, tres operadores electorales que llevaban décadas cruzando sin dificultad visible la frontera entre lo legal y lo que no lo era, y cuya principal habilidad era precisamente esa: hacer que esa frontera pareciera irrelevante.

El undécimo hombre en la sala era Gustavo Pedraza, secretario particular del candidato, cuarenta y un años, cara de estudiante aplicado y ojos de quien ha aprendido a no sorprenderse de nada. Era él quien había organizado la reunión. Era él quien había gestionado los tiempos, los vehículos, la discreción. Era, en el vocabulario de los que conocen esa clase de operaciones, el hombre que no existe en ningún documento pero sin el cual nada funciona.

Legorreta entró al salón, miró la mesa, miró a los hombres, y sonrió.

Era la sonrisa que el país conocía de los mítines: amplia, sin reserva, con esa cualidad desconcertante de parecer dirigida específicamente a cada persona que la recibía. No era una sonrisa de político. Era algo anterior y

más poderoso: la sonrisa de alguien que genuinamente se alegra de ver a la gente que tiene enfrente, independientemente de quiénes sean.

—Buenas noches —dijo—. Gracias por venir con este tiempo.

Nadie respondió de inmediato. El Compadre lo observaba con la misma atención clínica con que un hombre de su oficio observa todo aquello que podría matarlo o salvarle la vida.

Legorreta se sentó en la cabecera sin que nadie se lo indicara, como si la cabecera fuera siempre suya en cualquier mesa a la que llegara. Sirvió agua de una jarra que alguien había dejado. Bebió despacio. Luego puso el vaso sobre la mesa con una delicadeza que contrastaba con los nudillos gruesos, las manos de hombre que pasó la infancia cargando cosas pesadas antes de que la política lo liberara de ese destino.

—Voy a hablar sin rodeos —dijo—, porque no sé hablar de otra manera y porque ustedes no tienen tiempo que perder con rodeos.

—Ninguno de nosotros lo tiene —dijo El Compadre. Su voz era baja, casi cordial, con un acento que mezclaba el caribe cubano con algo aprendido y nunca del todo asimilado.

—Bien. Entonces me entienden.

Legorreta apoyó los codos sobre la mesa. No usó papeles, no usó presentaciones, no tenía nada escrito. Lo que iba a decir lo había pensado durante meses, pero lo había pensado de la manera en que él pensaba todas las cosas importantes: no como un plan trazado sino como una convicción que se va asentando hasta que uno ya no distingue entre lo que decidió y lo que siempre supo.

—Este país lleva cuarenta años gobernado por gente que se roba todo y no entrega nada. Lo saben ustedes, lo sé yo, lo sabe cualquier mexicano que tenga dos dedos de frente. Yo voy a ganar en cinco semanas. No porque sea el mejor —hizo una pausa breve, casi imperceptible— sino porque soy el único que dice la verdad.

Uno de los generales, un hombre de mandíbula cuadrada al que nadie había presentado con nombre, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué verdad es esa, licenciado?

—Que México necesita paz —respondió Legorreta—. Y que la paz no se construye persiguiendo a todo el mundo. Se construye con acuerdos.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue el silencio de quienes están procesando una frase que ya esperaban escuchar pero que aun así produce un efecto al ser dicha en voz alta, en un cuarto real, por un hombre real que en cinco semanas será el presidente de la República.

El Compadre descruzó las manos. Las colocó sobre la mesa con una lentitud que era, en sí misma, una forma de hablar.

—¿Qué clase de acuerdos?

—Los que funcionen —dijo Legorreta, y en su voz no había ambigüedad ni cálculo. Era la respuesta de alguien que no conoce los detalles y no siente vergüenza de no conocerlos—. Eso lo saben ustedes mejor que yo. Yo pongo el gobierno. Ustedes ponen lo que ponen. Y el país funciona.

—El país ha funcionado así antes —dijo uno de los operadores electorales, un hombre de sesenta años con bigote canoso y la paciencia de quien ha sobrevivido seis administraciones—. No siempre termina bien.

—Porque antes —respondió Legorreta— nadie era honesto sobre lo que estaba haciendo. Yo sí lo soy.

Fue El Compadre quien habló después, y lo hizo con la calma de quien está acostumbrado a que las conversaciones más importantes de su vida transcurran en habitaciones cerradas durante la madrugada.

—Lo que usted propone, licenciado, tiene un nombre.

—Tiene varios —respondió Legorreta sin inmutarse—. Pero el nombre no importa. Lo que importa es si funciona o no funciona.

—¿Y qué necesita usted para que funcione?

Legorreta levantó tres dedos de la mano derecha, con el gesto sencillo de quien lleva la cuenta de algo elemental.

—Dinero para las campañas del medio tiempo. No para mí: para los gobernadores, para los diputados, para los presidentes municipales que necesito que ganen. Segundo: que la gente vote. Que vote de verdad, que vote completa, que vote donde yo necesito que vote. Eso ustedes saben cómo se organiza mejor que mis propios operadores. Y tercero —bajó los dedos, apoyó la palma sobre la mesa— que el país esté tranquilo. Que no haya desmadre que me complique la gobernabilidad.

El Compadre lo miró durante un momento que se extendió más allá de lo que el silencio ordinario permite.

—¿Y nosotros qué recibimos?

—Un gobierno que no los persigue de verdad. —Legorreta lo dijo con la naturalidad de quien anuncia el pronóstico del tiempo—. No digo que no habrá operativos, no digo que no habrá detenidos. Habrá. Tiene que haberlos, para la foto. Pero ustedes sabrán con tiempo, y los que importan no van a estar donde estén los operativos.

Uno de los jefes regionales, un hombre joven para ese cuarto —cuarenta y pocos años, complexión de quien trabaja físicamente, una cicatriz horizontal bajo la barbilla— habló por primera vez:

—Eso nos han prometido antes.

—Sí —dijo Legorreta—. La diferencia es que los que se lo prometieron antes necesitaban ocultarlo. Yo no. Porque yo voy a ganar con tanta legitimidad que nadie va a poder tocarme. Y cuando nadie puede tocarte, puedes cumplir lo que prometes.

La lluvia arreciaba afuera. En algún punto de la hacienda, una lámina suelta golpeaba con un ritmo irregular contra algo metálico, produciendo un sonido que era imposible ignorar completamente y que nadie mencionó.

Gustavo Pedraza, el secretario particular, no había abierto la boca en toda la reunión. Tomaba notas en una libreta pequeña con una pluma de tinta negra. Las notas no eran textuales: eran abreviaciones, cifras, flechas. Un lenguaje que solo él podía descifrar y que destruiría, junto con la libreta entera, antes de que amaneciera.

—¿Y los gringos? —preguntó El Compadre.

Era la pregunta que todos esperaban. La pregunta que definía, más que ninguna otra, si lo que se estaba negociando era viable o era un sueño de madrugada que el amanecer disolvería.

Legorreta no respondió de inmediato. Por un momento —solo un momento— su mirada tuvo la opacidad de quien busca una respuesta que no tiene completamente formada. Luego la encontró, o creyó encontrarla, que en él era lo mismo:

—Los gringos van a entender que esto les conviene. Siempre entienden lo que les conviene.

El Compadre no respondió. No porque la respuesta lo hubiera convencido: era demasiado inteligente para eso. Sino porque había entendido algo más importante que cualquier respuesta posible. Este hombre no tenía ningún plan para los norteamericanos. Ningún análisis, ninguna estrategia, ninguna lectura de las agencias, los senadores, las presiones que vendrían inevitablemente. Tenía solo la convicción serena, casi infantil, de quien cree que las cosas buenas para él son buenas para todos y que el mundo eventualmente lo advertirá.

Esa ignorancia, paradójicamente, lo hacía menos peligroso de manejar que un político inteligente. Los hombres inteligentes tienen agendas ocultas, variables propias, márgenes de negociación que cambian según el viento. Este hombre tenía dos cosas y solo dos: la necesidad de ser amado por el mayor número posible de personas, y la certeza inquebrantable de que sus intenciones eran buenas. Con eso, pensó El Compadre, se podía trabajar. Por un tiempo.

La reunión duró cuarenta minutos más. Se discutieron cifras, se mencionaron nombres en clave, se acordaron mecanismos de comunicación que no usarían teléfonos ni correos ni ningún medio que dejara rastro digital. Al final, nadie firmó nada. No hubo apretón de manos solemne, no hubo frase memorable que alguien pudiera citar más tarde. Hubo simplemente el momento en que todos en esa sala comprendieron que habían llegado a un entendimiento y que ese entendimiento tendría consecuencias que ninguno de ellos podía calcular completamente, aunque por razones distintas.

Legorreta fue el primero en levantarse. Rodeó la mesa despidiéndose de cada uno con la misma calidez democrática que dispensaba en los mítines: una palmada en el hombro aquí, una palabra breve allá, la sonrisa invariable que hacía sentir a cada interlocutor que era el único en el cuarto. Cuando llegó al Compadre, le sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

—Va a ir bien —le dijo, en voz baja, con la convicción absoluta de quien nunca ha considerado seriamente la posibilidad de equivocarse.

El Compadre inclinó levemente la cabeza.

—Eso esperamos, licenciado.

Legorreta salió al patio. La lluvia había amainado un poco pero el barro estaba ya formado y sus zapatos lo registraron sin que él pareciera advertirlo. Subió a la camioneta blanca, cerró la puerta, y en treinta segundos las luces traseras desaparecieron por el camino de terracería hacia la carretera federal.

Adentro, en el salón de la hacienda, El Compadre se quedó de pie frente al ventanal mirando la oscuridad mojada del patio. Uno de los operadores electorales se acercó y encendió un cigarro sin pedir permiso.

—¿Qué piensa? —preguntó.

El Compadre tardó en responder. Cuando lo hizo, no se volvió a mirarlo.

—Pienso que es exactamente lo que necesitábamos.

—¿Un presidente que no sabe lo que está haciendo?

—Un presidente que cree que sabe. —El Compadre recogió su saco del respaldo de la silla—. Los que saben son peligrosos. Los que creen que saben son útiles.

Salió sin despedirse de nadie.

Afuera, México dormía. Cincuenta millones de personas que en cinco semanas saldrían a votar con la convicción de que estaban eligiendo a alguien que los entendía, que compartía su dolor, que finalmente, después de décadas de humillaciones, iba a ponerlos en el centro de la historia. Y en cierto modo tenían razón: los entendía. Los entendía con esa empatía oscura y genuina de quien no distingue entre el amor al pueblo y la necesidad de ser amado por él.

Lo que no sabían —lo que no podían saber, lo que la noche de la hacienda selló para siempre en el silencio de una tormenta que ya nadie recordaría— era que la democracia que iban a ejercer había cambiado de naturaleza en esa sala, en esa mesa de roble, entre hombres que no representaban a nadie y que acababan de decidir el futuro de todos.

El prólogo de una nación, como el de una novela, no anuncia lo que va a ocurrir.

Lo instala.

CAPÍTULO 1

"La patria es primero"

Giras por Guerrero, Chiapas, Veracruz, Hidalgo. Dieciocho meses antes de las elecciones.

El municipio de Tlapa de Comonfort, en la Montaña de Guerrero, no aparece en los planes de campaña de ningún partido político serio. No tiene aeropuerto, no tiene hotel de más de dos estrellas, no tiene el volumen electoral que justifique el gasto logístico de traer a un candidato presidencial. Tiene en cambio algo que los estrategas ignoran porque no saben medirlo: una acumulación de humillaciones tan antigua y tan densa que cualquier hombre capaz de nombrarla en voz alta, sin eufemismos, sin el lenguaje técnico de los programas sociales, puede convertirla en combustible político del tipo que no se agota en una elección sino que dura, si se maneja bien, una generación entera.

Abundio Legorreta Vega llegó a Tlapa un martes de septiembre a las once de la mañana, en una camioneta blanca sin logotipo, sin avanzada, sin el equipo de producción que los candidatos presidenciales normalmente despliegan antes de poner un pie en cualquier lugar. Bajó del vehículo con la guayabera ligeramente sudada del viaje y los zapatos con el polvo del camino, y los primeros veinte metros los recorrió solo, entre la gente que se había congregado frente al palacio municipal sin saber exactamente a qué hora llegaría porque nadie se los había dicho con precisión.

La gente lo vio venir y algo ocurrió que sus asesores —los pocos que tenía, los pocos que toleraba— habían aprendido a anticipar pero nunca a explicar satisfactoriamente. No hubo un momento de reconocimiento seguido de entusiasmo, como ocurre con los políticos convencionales cuando la gente los identifica. Hubo algo más inmediato y más extraño: una especie de alivio colectivo, como si la presencia de ese hombre resolviera, sin haberlo articulado todavía, algo que la gente llevaba tiempo necesitando resolver.

Una mujer de unos cincuenta años, con delantal de cocina y el cabello recogido con descuido, fue la primera en acercarse. Le tomó la mano con las dos suyas, que eran las manos de alguien que ha lavado ropa y pelado chile y cargado cosas pesadas durante décadas, y le dijo:

—Ya lo estábamos esperando.

—Aquí estoy —respondió Legorreta, y le sostuvo la mirada con esa atención completa, sin distracciones, que producía en cada interlocutor la sensación de ser la persona más importante del cuarto, aunque el cuarto fuera una plaza pública con doscientas personas—. ¿Cómo se llama usted?

—Remedios. Remedios Tzintún.

—Doña Remedios. —La pronunció con el acento correcto, sin el titubeo del ciudadano ante los apellidos indígenas—. ¿Qué es lo que más le preocupa a usted aquí en Tlapa?

La mujer lo miró un segundo como si evaluara si la pregunta era real o protocolo. Decidió que era real.

—El agua —dijo—. Llevamos tres años sin agua potable en la colonia Emiliano Zapata. Tres años comprando garrafones que no alcanza el dinero para comprar.

—Tres años —repitió Legorreta, y en su voz no había la compasión performativa de los políticos que aprenden a simular indignación. Había algo más crudo: una especie de rabia genuina, lenta, acumulada. La rabia de alguien que ya sabía lo del agua antes de que ella lo dijera porque conoce ese tipo de abandono desde adentro—. Y nadie ha venido a arreglarlo.

—Nadie.

—Pues van a venir —dijo—. Cuando yo llegue, van a venir.

No era una promesa técnica. No tenía detrás de ella ningún análisis de infraestructura hidráulica, ningún presupuesto estimado, ningún funcionario identificado para ejecutarla. Era la promesa de un hombre que cree, con una convicción que no admite matices, que los problemas del pueblo no se resuelven porque quienes gobiernan no quieren resolverlos, y que en cuanto llegue alguien que sí quiera, todo cambiará. La lógica era elemental hasta la ingenuidad. Y era precisamente esa ingenuidad —o lo que parecía ingenuidad— lo que hacía que doña Remedios Tzintún apretara más fuerte la mano que sostenía y dijera, con una voz que ya no intentaba controlar:

—Que Dios lo ayude, señor.

Gustavo Pedraza observaba todo desde el borde de la explanada, con un café en la mano que ya estaba frío y un teléfono en la otra que vibraba con una frecuencia que había aprendido a ignorar durante las giras. Llevaba dieciocho meses siendo el secretario particular de Legorreta y en ese tiempo había desarrollado una habilidad que nunca imaginó que necesitaría: la capacidad de mantener simultáneamente dos lecturas completamente distintas de la misma realidad.

La primera lectura era la de la gente de Tlapa: un hombre cercano, honesto, que los escucha y los entiende.

La segunda era la suya propia, la que se construía gira a gira, conversación a conversación: un hombre que no distingue entre escuchar y creer que escucha, que toma decisiones con la impulsividad de quien confunde la certeza moral con el análisis político, y cuya única relación con la complejidad es ignorarla.

Ambas lecturas eran ciertas. Eso era lo que hacía la situación tan difícil de manejar y tan fácil de ganar.

Se le acercó Fermín Bracamontes, el coordinador de giras, con el itinerario del resto del día impreso en una hoja que la lluvia de la mañana había humedecido en las esquinas.

—Va a querer quedarse más tiempo —dijo Bracamontes, en voz baja, mirando al candidato que ahora estaba rodeado de cuarenta personas y seguía hablando como si cada una fuera la única.

—Siempre quiere quedarse más tiempo —respondió Pedraza.

—Si nos atrasamos aquí no llegamos a Chilpancingo antes de las siete.

—Entonces no llegamos antes de las siete.

Bracamontes guardó el itinerario en el bolsillo trasero del pantalón con el gesto resignado de quien lleva meses librando esa misma batalla.

—¿Y los de Chilpancingo?

—Los de Chilpancingo van a esperar —dijo Pedraza—. La gente siempre espera más a quien la hace esperar. Eso él lo sabe aunque no sepa que lo sabe.

En el templete improvisado frente al palacio municipal, Legorreta habló durante cuarenta minutos sin notas, sin teleprompter, sin la estructura que los asesores de comunicación política consideran indispensable para un discurso presidencial. Lo que produjo no fue un discurso: fue una conversación a escala, el mismo registro íntimo de la plaza pero amplificado, con los mismos cambios de tono que usaba cuando hablaba con doña Remedios Tzintún pero ahora proyectados sobre trescientas personas que escuchaban con la atención que la gente raramente dispensa a los políticos porque raramente siente que los políticos le están hablando a ella.

Habló del agua. Habló de los caminos. Habló del médico que no llega y del maestro que falta y de la cosecha que no alcanza. Habló del dinero que sale de los pueblos y no vuelve jamás, que sube por las jerarquías administrativas y se queda en cada escalón hasta que al final no queda nada para los que lo produjeron. No usó términos técnicos. No mencionó el PIB ni la balanza comercial ni la deuda pública. Habló como habla la gente cuando describe lo que le ocurre, con la precisión brutal de quien no tiene acceso al vocabulario que suaviza la realidad.

—Ya saben quién es el enemigo —dijo, y su voz bajó un tono, como si fuera a revelar algo que no todos están autorizados a escuchar—. No es un partido. No es una persona. Es el sistema que lleva cuarenta años robándoles todo y diciéndoles que es por su bien.

Una pausa. Dejó que el silencio trabajara.

—El pueblo no se equivoca —continuó—. El pueblo sabe. Lo que no ha tenido es a alguien que le diga la verdad sin miedo. Yo se la digo. Y voy a seguir diciéndola aunque no les guste a los que mandan.

Aplausos. No el aplauso educado de los eventos institucionales sino el aplauso de quien siente que algo largo y pesado acaba de nombrarse por primera vez.

—La patria es primero —dijo al final, y lo dijo con la sencillez de quien enuncia un axioma que no requiere demostración—. No los partidos, no los ricos, no los de arriba. La patria. Y la patria son ustedes.

Lo que Legorreta no sabía —y lo que Pedraza sabía perfectamente y había aprendido a no intentar explicarle— era que esa misma mañana, mientras el candidato recorría la plaza de Tlapa estrechando manos, otros dos hombres recorrían la misma ciudad por rutas distintas.

El primero era Lisandro Vélez, un operador político de cuarenta y ocho años que no aparecía en ningún organigrama de la campaña pero cuyo número de teléfono estaba grabado en los contactos de Pedraza bajo el nombre en clave "Arquitecto". Vélez se reunió a las nueve de la mañana con el presidente municipal de Tlapa, un hombre que llevaba dos periodos en el cargo y que sabía, con la intuición de los que sobreviven en la política municipal, que el viento había cambiado de dirección y que quien no lo advirtiera a tiempo se quedaría sin nada.

La conversación duró veinte minutos y Pedraza no estuvo presente, aunque conocía su contenido porque Vélez se lo reportaría esa noche por un canal encriptado que cambiaban cada semana.

—El licenciado necesita que los números de este municipio sean buenos —le habría dicho Vélez al presidente municipal, con la cordialidad de quien ofrece algo que parece un favor y es una instrucción.

—¿Qué tan buenos?

—Buenos de verdad. No de los que se ajustan en la madrugada. Buenos desde las casillas.

El presidente municipal entendió. Entender era parte de su trabajo.

—¿Y qué garantías tenemos de que el licenciado se acuerda de nosotros cuando llegue?

—Las mismas garantías que tienen todos —respondió Vélez—. Que si cumplen, el gobierno no les va a hacer la vida imposible. Y si no cumplen, lo contrario.

El segundo hombre que recorría Tlapa esa mañana era alguien cuyo nombre Pedraza nunca supo y cuya presencia en la ciudad solo conocía de manera oblicua, por referencias que nadie hacía explícitas. Era un enlace regional de una organización que controlaba el tráfico de amapola en cuatro municipios de la Montaña y que tenía, en cada presidencia municipal de su zona de influencia, una presencia tan normalizada que ya nadie la percibía como presencia externa. Era simplemente parte del paisaje institucional, como el delegado federal o el jefe de zona militar.

Ese hombre también tuvo una reunión esa mañana. Con quién, en qué términos, Pedraza prefería no saberlo. Lo que sí sabía —lo que todos en el círculo más cercano al candidato sabían sin decirlo— era que las dos reuniones de esa mañana eran parte del mismo movimiento, que tenían la

misma dirección y que producirían, el día de la elección, el mismo resultado.

En el camino a Chilpancingo, Legorreta iba en el asiento del copiloto, lo que era en sí mismo una rareza que los escoltas habían dejado de cuestionar. Le gustaba ver el paisaje. Le gustaba la sensación de estar en el camino, que era donde había pasado la mayor parte de su vida política y donde se sentía más él mismo que en cualquier oficina o en cualquier sala de reuniones.

Pedraza iba atrás, respondiendo mensajes, cuando Legorreta se volvió a mirarlo sin aviso.

—¿Qué te pareció la gente de Tlapa?

Pedraza levantó la vista del teléfono.

—Receptiva. Como en todos lados.

—No. —Legorreta negó con la cabeza con la convicción de quien corrige un error factual—. No como en todos lados. En Tlapa hay algo diferente. Hay más rabia. Rabia vieja.

—Sí —concedió Pedraza.

—Esa rabia hay que saber usarla.

Era una de las pocas frases que Legorreta producía que sonaban a estrategia. Pedraza la anotó mentalmente, no porque fuera nueva —la había escuchado en distintas versiones a lo largo de dieciocho meses— sino porque cada vez que la decía, el candidato lo decía con la convicción genuina de quien no advierte la diferencia entre usar la rabia de la gente y traicionarla.

—¿Ya organizaste lo de Chilpancingo? —preguntó Legorreta.

—Ya.

—¿Cuánta gente esperamos?

—Ochocientas, si el clima ayuda.

—Van a ser más —dijo Legorreta, y se volvió hacia el paisaje con la seguridad serena de quien no hace predicciones sino certezas—. Siempre son más.

Tenía razón, como casi siempre tenía razón en ese tipo de cosas. En Chilpancingo esperaban mil doscientas personas cuando llegaron a las ocho de la noche, con dos horas de retraso y el calor pegajoso de la costa que no afloja con la oscuridad. Nadie se había ido. Nadie había dejado de esperar.

Eso también era un don. Quizás el más incomprensible de todos: la gente esperaba a Legorreta con una paciencia que no dispensaba a ningún otro político, como si el simple hecho de saber que vendría fuera suficiente para justificar las horas de pie bajo el calor o bajo la lluvia.

Mientras el candidato subía al templete entre aplausos, Pedraza se quedó al borde de la explanada y encendió un cigarro que no terminó. Pensó, como

pensaba con frecuencia en los momentos de tránsito entre un acto y otro, en la naturaleza exacta de lo que estaba ayudando a construir.

No era, se decía, un proyecto político ordinario. Era algo más parecido a una ola: una fuerza que existía antes de que nadie la organizara, que se habría producido con o sin él, con o sin los operadores, con o sin los acuerdos de la hacienda. Legorreta no había creado esa rabia. La rabia existía desde antes, acumulada en décadas de promesas rotas y de gobiernos que llegaban con el lenguaje de la esperanza y se iban con el patrimonio de la nación en los bolsillos. Legorreta solo había encontrado la frecuencia exacta para resonar con ella.

El problema —el único problema que Pedraza no sabía cómo resolver— era que una ola de esa magnitud no distingue entre lo que destruye y lo que construye. Arrasa todo con la misma indiferencia poderosa.

Apagó el cigarro contra la suela del zapato y guardó la colilla en el bolsillo. En el templete, Legorreta había comenzado a hablar y la gente de Chilpancingo lo escuchaba con esa atención quieta, casi devota, que Pedraza había aprendido a reconocer como la señal más segura de que algo estaba a punto de cambiar.

No sabía todavía si cambiar era la palabra correcta.

La otra palabra era: romperse.

El país, mientras tanto, continuaba dividiéndose. No en dos partidos, no en dos ideologías, no en dos proyectos de nación que pudieran debatirse en términos racionales. Se dividía en dos formas de sentir, y esa clase de fractura es la más difícil de suturar porque no responde a argumentos sino a experiencias, y las experiencias no se negocian.

Los que lo seguían no lo seguían porque hubieran evaluado su programa de gobierno. Lo seguían porque llevaban décadas siendo invisibles y él los hacía visibles. Lo seguían porque hablaba como ellos y los miraba como si importaran y decía en voz alta lo que ellos solo se atrevían a pensar en privado. Lo seguían, en suma, porque los hacía sentir que la historia, por primera vez, iba a tener un lugar para ellos.

Los que lo temían tampoco lo temían exactamente por sus propuestas. Lo temían por lo que reconocían detrás de su carisma: la ausencia de límites internos, la incapacidad de distinguir entre la voluntad popular y su propia voluntad, la convicción de que tener razón moral dispensaba de tener razón técnica. Lo temían porque habían leído suficiente historia para saber cómo terminan los hombres que creen, sin reservas y sin dudas, que encarnan al pueblo.

Ambos grupos tenían razón. Eso era lo que nadie quería admitir todavía.

La campaña electoral más importante en décadas transcurría como un funeral lento de la duda razonable. Y en ese funeral, Abundio Legorreta Vega pronunciaba cada día, con la fe intacta de quien no ha aprendido

todavía a dudar de sí mismo, las mismas tres frases que eran su programa, su diagnóstico y su promesa:

Ya saben quién es el enemigo.

El pueblo no se equivoca.

La patria es primero.

CAPÍTULO 2

"Los fieles"

Ciudad de México. Primeros seis meses del nuevo gobierno.

La renuncia de Aurelio Sandoval al frente de la Secretaría de Hacienda no fue anunciada con comunicado de prensa ni con la ceremonia de transmisión de cargo que dicta el protocolo. Fue, simplemente, una ausencia. Un lunes de febrero Sandoval no llegó a su despacho. Su asistente llamó a su teléfono personal tres veces sin respuesta. A las once de la mañana circuló un boletín de dos párrafos que decía que el secretario había presentado su renuncia por "motivos personales" y que el presidente agradecía sus servicios. Eso fue todo.

Nadie preguntó por qué en voz alta. Todos sabían por qué. Sandoval había presentado, tres semanas antes, un análisis de impacto fiscal sobre el programa de transferencias directas que el presidente quería ampliar en un cuarenta por ciento antes de que terminara el primer año. El análisis, elaborado por un equipo de doce economistas con doctorados en cuatro universidades distintas, concluía con la claridad de quien ha verificado los números desde múltiples ángulos que el programa, en la escala propuesta, produciría un déficit estructural que tardaría entre ocho y doce años en corregirse.

El presidente escuchó la presentación durante cuarenta segundos. Luego interrumpió.

—¿Usted ha ido alguna vez a una comunidad de la sierra de Oaxaca?

Sandoval, que no había ido, respondió con honestidad:

—No, señor presidente.

—Pues yo sí. —Legorreta se recostó en su silla con la calma de quien está a punto de resolver un problema que el interlocutor ha complicado innecesariamente—. Y le aseguro que la gente de la sierra de Oaxaca no me va a hablar de déficit estructural. Me va a hablar del pollo que no puede comprar. Me va a hablar de los hijos que se fueron al norte porque aquí no había nada. Eso es lo que yo tengo que resolver. Los números, con todo respeto, se resuelven solos cuando hay voluntad política.

—Señor presidente —dijo Sandoval, con la paciencia de quien sabe que lo que va a decir no será escuchado pero tiene la obligación profesional de decirlo—, los números no se resuelven solos. Eso es precisamente lo que el análisis documenta. Si ampliamos el programa en esa escala sin ajuste

fiscal, la inflación absorbe la transferencia en menos de seis meses y los beneficiarios terminan con menos poder adquisitivo real que antes.

Legorreta lo miró con la expresión de quien acaba de escuchar algo en un idioma que no estudió y no tiene intención de estudiar.

—¿Usted está de mi lado o del lado de los que quieren que esto fracase?

El silencio que siguió fue el silencio de doce economistas calculando en tiempo real el costo de hablar y el costo de callarse. Todos eligieron lo mismo. Sandoval miró sus papeles, luego miró al presidente, y no respondió porque entendió que no era una pregunta. Era una clasificación. Y que él acababa de quedar clasificado.

Esa noche escribió su renuncia en dos versiones: una con los argumentos reales, que guardó encriptada en su computadora personal, y otra de dos párrafos que entregó a la mañana siguiente. La versión larga nunca se publicó mientras él vivió.

Su reemplazante llegó diez días después. Víctor Covarrubias Mena tenía cincuenta y cuatro años, una licenciatura en administración pública de una universidad de Tabasco, un diplomado en finanzas públicas cursado en línea durante la pandemia, y veintidós años de lealtad ininterrumpida a Abundio Legorreta Vega desde los tiempos en que Legorreta era presidente municipal de Macuspana y Covarrubias era el tesorero que firmaba lo que le pusieran enfrente sin leerlo del todo, no por deshonestidad sino por una incapacidad genuina de comprender documentos más complejos que un presupuesto municipal de tres renglones.

Era, en todos los sentidos técnicos, el hombre menos calificado para dirigir las finanzas de la decimocuarta economía del mundo. Era también, en el único sentido que ahora importaba, el hombre correcto.

El general Rodrigo Mendieta Solís lo conoció en la primera reunión de gabinete de seguridad a la que Covarrubias asistió como nuevo titular de Hacienda. Era una reunión de rutina para revisar el presupuesto operativo del Ejército en el tercer trimestre, y Mendieta llegó con una carpeta de treinta páginas preparada por su equipo con la meticulosidad que había caracterizado su gestión durante cuatro administraciones anteriores.

Covarrubias llegó sin carpeta. Llegó con un cuaderno espiral de pasta azul y una pluma que había olvidado destapar.

—General —dijo, con una cordialidad que no tenía nada de calculado—, no he tenido tiempo de revisar los documentos que me mandaron. ¿Me puede dar la versión corta?

Mendieta lo miró un segundo.

—La versión corta —respondió con la paciencia de quien libra una batalla que ya sabe perdida— es que necesitamos mantener el presupuesto operativo en los niveles acordados si queremos sostener las operaciones en Guerrero y Michoacán.

—Claro, claro. —Covarrubias asintió con la convicción de quien entiende perfectamente y no ha entendido nada—. No hay problema. Lo que necesite el Ejército, adelante. Usted dígame qué firma.

—Hay varios documentos técnicos que requieren revisión antes de la firma —dijo Mendieta—. El área jurídica de Hacienda necesita...

—Mándelos con mi secretaria —interrumpió Covarrubias, ya mirando el teléfono—. Ella coordina. Yo firmo lo que me digan que hay que firmar.

Mendieta abrió la carpeta, pasó a la primera página y luego la cerró. No tenía sentido.

Esa noche escribió en el diario que llevaba desde su primer destino como teniente: *"Hoy conocí al nuevo secretario de Hacienda. Es un hombre bueno. Eso es exactamente el problema."*

La purga, que era como Mendieta había comenzado a llamarla en sus notas privadas aunque nadie en el gobierno usara ese término, no ocurrió con decreto ni con escándalo. Ocurrió por agotamiento. El subsecretario de Planificación de Educación presentó durante cuatro meses consecutivos un informe sobre la brecha de aprendizaje en los estados del sur. En cuatro meses fue recibido, acusado de recibo y archivado sin que nadie lo discutiera. En el quinto mes solicitó audiencia con el secretario.

—Licenciado —le dijo cuando finalmente lo recibieron, tres semanas después de la solicitud—, los datos de rezago educativo en Chiapas, Guerrero y Oaxaca muestran una tendencia que si no se atiende este año va a ser irreversible en cinco. No es una proyección catastrofista. Es lo que dicen los números.

El secretario de Educación, un hombre que había sido director de escuela primaria en Villahermosa y cuyo principal mérito era haber organizado los actos del Día del Maestro en tres campañas electorales de Legorreta, asintió con la seriedad de quien toma nota mental de algo que no tiene intención de procesar.

—Lo vamos a revisar —dijo.

—¿Cuándo, licenciado? Porque el ciclo escolar arranca en agosto y si no hay presupuesto asignado antes de junio...

—Lo vamos a revisar —repitió el secretario, con el mismo tono exacto, que era un tono que no admitía seguir preguntando.

El subsecretario pidió licencia en diciembre. Nadie la rechazó. En su lugar llegó un hombre que había sido coordinador de logística en la última campaña presidencial y cuya principal calificación era no tener opiniones propias sobre nada que no le hubieran dado instrucciones de tener.

Lo que quedaba, en cada dependencia, era algo cualitativamente distinto de lo que había estado antes. No era peor en el sentido obvio de la corrupción visible. Era peor en un sentido más profundo: era un aparato de Estado que había perdido la capacidad de procesar información inconveniente. Cada reporte que llegaba a una mesa de decisión había sido

filtrado previamente por manos que sabían, con el instinto de los que aprenden rápido lo que hace falta para sobrevivir, que los datos que contradicen al presidente no llegan al presidente.

La conferencia matutina del diecisiete de abril duró dos horas y cuarenta minutos. El presidente habló de economía durante veinte de esos minutos con la autoridad serena de quien no distingue entre lo que cree y lo que es verdad. Una periodista del diario Reforma —joven, con apenas dos años de fuente en presidencia— levantó la mano.

—Señor presidente, los datos del Banco de México muestran que la inflación subió un punto y dos décimas en el primer trimestre, no bajó tres puntos como usted señala.

Legorreta la miró. No con enojo. Con una compasión condescendiente, como si la periodista fuera una alumna que ha memorizado mal la lección.

—¿Cómo se llama usted?

—Sandra Peimbert, señor presidente. Del Reforma.

—Señorita Peimbert. —Pronunció el apellido con una lentitud que era en sí misma una forma de marcarla—. ¿Usted trabaja para el Banco de México o trabaja para el pueblo?

—Trabajo para un diario independiente, señor presidente.

—Independiente. —Repitió la palabra con un tono que la vaciaba de significado—. Independiente de qué, me pregunto. Porque los datos que yo manejo vienen de las comunidades. Vienen de la gente real. No de los institutos que llevan cuarenta años sirviendo a los mismos intereses de siempre.

Los funcionarios en la primera fila aplaudieron. Los periodistas guardaron silencio. Sandra Peimbert anotó algo en su libreta con una calma que le costó más de lo que su expresión dejaba ver.

Esa tarde, en el grupo de mensajería de los corresponsales de presidencia, alguien escribió: *"Bienvenida al club."* Sandra no preguntó a qué club se referían. Ya sabía.

Mendieta asistió ese mes a una cena en casa de un exsecretario de Gobernación de la administración anterior, un hombre de sesenta y ocho años con la discreción de quien ha estado demasiado cerca del poder para hablar de él sin cuidado. Eran seis personas alrededor de una mesa de jardín en Lomas de Chapultepec: tres exfuncionarios, un empresario regiomontano, un académico y Mendieta, que era el único en activo y que había aceptado la invitación con plena conciencia de lo que aceptarla implicaba.

El exsecretario sirvió el vino él mismo, que en ese círculo significaba que la conversación sería franca.

—¿Cómo está el Ejército, Rodrigo? —preguntó.

—El Ejército está bien —respondió Mendieta.

—¿Y el general que comanda el Ejército?

Una pausa breve.

—Haciendo lo que puede.

El empresario regiomontano, un hombre que había construido una fortuna en el acero y que tenía la franqueza directa de los norteros cuando están entre conocidos, intervino:

—Lo que puedo ver desde afuera, Rodrigo, es que el Ejército está siendo usado para cosas que no son del Ejército. Puertos, aduanas, obras civiles. Y que nadie en la Sedena parece estar diciendo nada al respecto.

—Lo que se dice y a quién se dice —respondió Mendieta— es una decisión que tiene consecuencias que no siempre son visibles desde afuera.

—¿Y desde adentro?

Mendieta bebió un poco de vino. Miró el jardín donde una buganvilia crecía contra la barda con la indiferencia exuberante de las plantas que no necesitan que nadie las cuide.

—Desde adentro —dijo finalmente— uno ve cosas que le gustaría no ver. Y la pregunta que uno se hace todas las noches es si verlas y quedarse sirve de más que verlas e irse.

—¿Y cuál es la respuesta? —preguntó el académico.

—Todavía no la sé —dijo Mendieta—. Cuando la sepa, se los aviso.

El exsecretario llenó de nuevo las copas sin prisa.

—El problema, Rodrigo, no es si te quedas o te vas. El problema es que cada día que pasa sin que alguien diga algo en voz alta, el costo de decirlo sube. Y llega un momento en que el costo es tan alto que nadie puede pagarlo.

—Lo sé —dijo Mendieta.

—¿Y aun así?

—Aun así —respondió, y no añadió nada más, porque no había nada que añadir que no fuera una confesión de algo que todavía no estaba dispuesto a confesar.

Nadie lo presionó. Todos entendieron que había un límite y que esa noche Mendieta no lo cruzaría.

En el subsuelo del Estado, mientras tanto, el reordenamiento continuaba con la paciencia metódica de quien sabe que tiene tiempo. El comisario de la Policía Federal en Tamaulipas fue removido en febrero, diez días después de presentar un informe sobre presuntos vínculos entre funcionarios municipales y una organización criminal regional. El informe no fue refutado. Simplemente dejó de existir en los canales institucionales, y el comisario apareció dos semanas después como delegado de una dependencia menor en Baja California Sur, que es donde el sistema envía a los que deben desaparecer sin que parezca que los están desapareciendo.

La Fiscalía Especializada en Delincuencia Organizada inició ese mes una investigación sobre lavado de activos en Sinaloa que avanzó durante seis semanas con la velocidad inusual de los expedientes que cuentan con buenas fuentes. En la séptima semana, el titular de la unidad fue convocado a una reunión con el fiscal general.

—El expediente está en un punto donde si no actuamos en los próximos treinta días perdemos las ventanas procesales —le dijo el titular—. Necesito autorización para los cateos.

El fiscal general lo escuchó con la atención de quien ya tiene tomada la decisión y solo espera a que el otro termine.

—¿Qué tan sólido está metodológicamente?

—Muy sólido. Seis meses de trabajo, tres fuentes independientes, registros financieros cruzados con...

—Entonces no hay prisa —lo interrumpió el fiscal—. Si está sólido, aguanta una revisión más. Que el área jurídica lo revise antes de que avancemos. No quiero que nos tumben nada por un error de forma.

—Licenciado, el área jurídica ya lo revisó en enero.

—Pues que lo revise de nuevo —dijo el fiscal, con la amabilidad específica de quien cierra una puerta sin dar un portazo—. Así llegamos blindados.

El titular salió sabiendo que el expediente no llegaría a ningún cateo. Sabiendo también que no podía probarlo, que no había grabación de la conversación, que lo que el fiscal había dicho era perfectamente interpretable como diligencia institucional. Eso era lo más sofisticado del sistema: producía los resultados del autoritarismo con el lenguaje impecable del Estado de derecho.

Mendieta recibió el reporte de ese caso en la tercera semana de abril. Lo leyó dos veces, con la puerta cerrada. Luego abrió el cajón y escribió en el diario con la caligrafía apretada que era su forma de no gritar:

"¿Cuándo exactamente empieza uno a ser cómplice de algo que todavía no tiene nombre?"

Cerró el diario. Lo guardó con llave. Afuera, en el corredor de la Secretaría de Defensa, pasaban sus colaboradores con carpetas y uniformes y la rutina perfectamente engrasada de una institución que seguía funcionando, que continuaría funcionando mientras alguien con suficiente autoridad moral decidiera que había llegado el momento de decir en voz alta lo que todos en ese pasillo ya sabían en silencio.

Ese momento todavía no había llegado. Y Mendieta, que lo sabía mejor que nadie, no estaba seguro de que cuando llegara él fuera a ser quien lo produjera.

CAPÍTULO 3

"Los territorios de la sombra"

Tamaulipas, Sinaloa, Guerrero, Michoacán. Segundo año del gobierno.

Las señales no eran sutiles. Eran simplemente ignoradas.

El domingo doce de marzo, a las cuatro de la tarde, un convoy de cuarenta y tres vehículos recorrió la avenida Hidalgo de Altamira, Tamaulipas, a velocidad de procesión. Camionetas doble cabina con vidrios polarizados, pick-ups con hombres parados en la caja sosteniendo rifles de asalto con la naturalidad de quien carga una herramienta de trabajo, dos vehículos blindados al frente y otros dos al cierre. Recorrieron once cuadras sin prisa y sin ocultarse, con la música norteña a volumen audible desde las banquetas. La gente los vio. Algunos filmaron. Nadie llamó a la policía porque la policía ya estaba informada y la instrucción que había recibido — no del comandante local sino de alguien que llamó al comandante desde un número que no guardó— era no intervenir.

Crescencia Valdés tenía su puesto de frutas en la esquina de Hidalgo y Madero. Llevaba doce años ahí, con el mismo toldo verde deslavado, la misma báscula de resorte oxidado, el mismo taburete de plástico en el que se sentaba cuando los pies no aguantaban más. Vio pasar el convoy desde el principio hasta el final, sin moverse, sin soltar la naranja que tenía en la mano y que no peló en los siguientes veinte minutos porque se le olvidó que la tenía.

Cuando pasó el último vehículo, el hombre del puesto de periódicos de enfrente le gritó desde la otra acera:

—¿Qué fue eso, doña Crescencia?

Ella lo miró un momento.

—Nada —dijo—. No fue nada.

Y guardó la naranja en el cajón de abajo, debajo de los mangos, como si esconderla fuera una forma de esconder lo que había visto.

Esa noche, en el grupo de WhatsApp de los comerciantes del mercado Hidalgo, alguien compartió uno de los videos. Sesenta y tres personas lo vieron. Nadie comentó. Al día siguiente el grupo amaneció con un mensaje fijado del administrador que decía: *"Por favor no compartir videos ni noticias no verificadas. Podemos meternos en problemas."* Nadie preguntó en qué problemas. Todos sabían en qué problemas.

Valentina Cruzalta vio los mismos videos esa noche en su departamento de Tampico. Los analizó cuadro por cuadro, los georreferenció, cruzó las placas visibles con bases de datos de registros vehiculares y publicó a las once de la noche un hilo de verificación que concluía lo que cualquier persona con ojos habría concluido en cuatro minutos: los videos eran reales. Al día siguiente el vocero de la Presidencia la nombró en la conferencia matutina como parte de "la red de desinformación que opera con financiamiento extranjero para desestabilizar al gobierno legítimo". No refutó su metodología. No ofreció ninguna prueba alternativa. Solo dijo su nombre

con el tono que en ese gobierno funcionaba como señal: esta persona está en la lista.

En Altamira, la avenida Hidalgo amaneció el lunes como si nada hubiera ocurrido. Las tiendas abrieron. Los niños fueron a la escuela. Crescencia Valdés instaló su toldo verde a las siete de la mañana, acomodó las naranjas por tamaño, colocó la báscula en su lugar y no volvió a hablar del convoy con nadie. Había aprendido, en doce años de puesto en esa esquina, que hay cosas que se ven y cosas que se recuerdan, y que la diferencia entre unas y otras la decide uno mismo, en silencio, antes de que alguien más la decida por uno.

En Guerrero, el sistema era más antiguo y por eso más refinado. Valentina llegó a Ayutla de los Libres un martes de abril con una grabadora, un cuaderno y la dirección de una mujer que le había mandado un mensaje a través de la cuenta de Tierra Firme tres semanas antes. La mujer se llamaba Dolores Pimentel. Le había escrito: *"Leí su reportaje sobre Altamira. Yo puedo mostrarle algo peor."*

Lola Pimentel la esperaba en la entrada de su casa, una construcción de block sin aplanar en la colonia Emiliano Zapata, con dos sillas de plástico puestas en la banqueta y un vaso de agua que Valentina no supo si era una invitación o un protocolo. Tenía sesenta y un años, el cabello completamente blanco recogido con una liga de colores, y los ojos de alguien que ha decidido, en algún momento preciso que Valentina no podría fechar pero que claramente había ocurrido, que ya no le quedaba energía para la indignación y que necesitaba usar lo que le quedaba en algo más útil.

—Gracias por venir —dijo Lola, sin levantarse—. Siéntese.

Valentina se sentó. Abrió el cuaderno.

—Usted me dijo que podía mostrarme algo.

—Sí. —Lola cruzó las manos sobre el regazo—. Pero primero necesito saber una cosa.

—Dígame.

—¿Para qué publica usted sus notas?

Valentina tardó un segundo en responder, no porque no tuviera respuesta sino porque la pregunta tenía un peso que merecía un segundo.

—Para que la gente sepa lo que está pasando.

—¿Y de qué le sirve a la gente saber?

—Eso —dijo Valentina— es la pregunta que me hago todas las noches. Todavía no tengo una respuesta buena.

Lola la miró en silencio durante un momento. Luego asintió, como si esa honestidad fuera suficiente credencial.

—Mi hijo Armando desapareció hace tres años en el camino entre Bavispe y Huachinera. No era de ningún grupo. Era albañil. Iba a cobrar una obra que

había terminado. Lo que le cuento ahora lo sé porque lo fui encontrando de a poco, como se encuentra todo en este país: en pedacitos, sin que nadie te ayude a juntarlos.

Sacó de la bolsa de su delantal una hoja doblada en cuatro. La abrió con cuidado, como se abren las cosas que uno ha doblado y desdoblado demasiadas veces. Era un mapa dibujado a mano, con marcas en rojo en cuatro puntos de la sierra.

—Estos son los lugares donde sé que hay fosas —dijo—. No son los únicos. Son los que puedo documentar porque fui yo misma a los cuatro. En tres encontré ropa. En uno encontré un hueso que el perito que contraté con mis ahorros me dijo que era humano. En ninguno encontré a mi hijo. Pero hay más mujeres como yo que tienen sus propios mapas.

Valentina miraba el mapa. Cuatro marcas rojas en una sierra que en el mapa de Google era una mancha verde sin caminos.

—¿Cuántas mujeres? —preguntó.

—En Guerrero, dieciséis que yo conozco. En Sonora, más de treinta. En Tamaulipas no sé. Allá las mujeres no hablan todavía porque allá todavía tienen más miedo que nosotras.

—¿Por qué usted habla?

Lola guardó el mapa en el bolsillo del delantal con la misma parsimonia con que lo había sacado.

—Porque ya encontré lo que no quería encontrar. —Hizo una pausa que no era dramática sino simplemente el tiempo que necesitaba para decir lo siguiente sin que la voz le cambiara—. Armando apareció en diciembre. Una zapatilla deportiva y un fragmento de mandíbula. El perito hizo la identificación en enero. Desde entonces no tengo nada que perder hablando.

Valentina dejó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—Lo siento —dijo, que era lo único que había que decir y que casi nunca es suficiente.

—No lo sienta —dijo Lola, sin dureza—. Sírvese de ello. Es para lo único que sirve el dolor de alguien más cuando uno es periodista: para contarlo.

Estuvieron tres horas más en esas sillas de plástico en la banqueta, con el calor de Guerrero encima y los perros del vecino ladrando cada vez que pasaba una moto. Lola habló y Valentina tomó notas, y en algún momento dejó de tomar notas y solo escuchó porque lo que Lola describía era de ese tipo de testimonios que si uno los anota mientras los escucha los convierte en datos antes de que sean personas, y eso no era lo que merecían.

Cuando Valentina se levantó para irse, Lola también se levantó y recogió los vasos de agua.

—¿Va a publicar esto? —preguntó, sin voltear.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando tenga todo verificado. Dos, tres semanas.

—Está bien. —Lola entró a la casa con los vasos—. Avíseme cuando salga. No para leerlo. Para saber si llegó.

El mayor Esteban Curiel era un hombre de pocas palabras en los contextos en que las palabras cuestan caro, que era exactamente el contexto en que llevaba veinte años operando. Oficial de inteligencia militar, meticuloso hasta el escrúpulo, con una reputación de rigor que sus superiores admiraban y algunos de sus colegas encontraban incómoda porque el rigor, cuando es genuino, no distingue entre lo que conviene documentar y lo que no conviene.

Llevaba seis meses construyendo una carpeta que no debería existir. No en el sentido de que fuera ilegal, sino en el sentido de que nadie en la cadena de mando le había pedido que la construyera y que si alguien le hubiera pedido que la construyera, habría habido una razón institucional para hacerlo y esa razón habría dejado registro, y el registro habría puesto en riesgo exactamente lo que él estaba documentando. Así que la construyó solo, en su casa, en un cuaderno de pastas negras, con fuentes que confiaban en él por razones que tampoco dejaban registro.

Se la entregó a Mendieta un jueves de abril en el estacionamiento del Club Militar. En mano. Sin sobre. Sin ningún tipo de intermediario.

Mendieta la tomó, la miró un segundo sin abrirla, y preguntó:

—¿Cuánta gente sabe que esto existe?

—Usted y yo —dijo Curiel.

—¿Las fuentes?

—Protegidas mientras el cuaderno no entre a ningún sistema institucional.

—¿Qué hay adentro?

—Transcripciones de tres reuniones entre funcionarios federales de nivel medio y representantes de organizaciones en Guerrero, Tamaulipas y Sinaloa. Registros de llamadas. Cuatro fotografías de encuentros en lugares que no son ni oficinas ni son clandestinos. Y el lenguaje, general. El lenguaje es lo más importante.

—¿Qué tiene el lenguaje?

—Que no es el lenguaje del crimen —dijo Curiel—. Es el lenguaje del Estado. "Zonas de operación acordadas." "Mecanismos de coordinación territorial." "Protocolos de no intervención mutua." Lo redactó alguien que estudió derecho administrativo. Alguien que sabe cómo hacer que un acuerdo criminal suene a memorándum interinstitucional.

Mendieta abrió la carpeta. Leyó la primera página. La cerró.

—¿Cuánto tiempo tardaste en esto?

—Seis meses.

—¿Alguien en la Sedena sabe que estás haciendo esto?

—Nadie.

—Bien. Quiero que siga así. —Guardó la carpeta en el maletín con el cuidado de quien guarda algo que no puede romperse—. Esto no sale todavía, Curiel.

Curiel esperó un momento antes de responder.

—Con respeto, general: ¿y cuándo sale?

—Cuando sepa a quién dárselo sin que desaparezca antes de llegar a algún lado.

—¿Y mientras?

—Mientras —dijo Mendieta, y en su voz había algo que Curiel no le había escuchado antes, algo parecido al cansancio de quien carga demasiado tiempo algo que no debería cargar solo— lo guardamos. Y seguimos mirando. Y esperamos que el momento llegue antes de que sea demasiado tarde para que sirva de algo.

Curiel asintió. No porque estuviera de acuerdo sino porque conocía a Mendieta lo suficiente para saber que presionarlo más esa tarde no produciría ningún resultado. Y porque en el fondo entendía, aunque no pudiera decirlo en voz alta, que Mendieta no esperaba por cobardía. Esperaba porque tenía miedo de lo que ocurriría si daba ese paso y el paso no llegaba a ningún lado, que era exactamente el tipo de miedo que los hombres valientes tienen cuando han visto suficiente historia para saber que el valor sin estructura no produce justicia sino mártires.

Se despidieron sin apretón de manos. Curiel encendió el cigarro que había tenido en la mano desde que llegaron. Mendieta se fue hacia su vehículo sin volver la cabeza.

En Ayutla de los Libres, cuatro días después de la visita de Valentina, la investigación de Tierra Firme se publicó con diecisiete nombres, diecisiete fotografías y diecisiete historias que no eran estadísticas sino personas: el albañil que iba a cobrar una obra, el estudiante que volvía de Chilpancingo, el campesino que salió a revisar la milpa y no regresó. La Fiscalía del estado emitió dos días después un comunicado que no mencionaba ni un solo nombre pero afirmaba que "todas las denuncias presentadas están siendo atendidas con la debida diligencia institucional". El gobierno federal no dijo nada. Los medios nacionales publicaron un párrafo.

Lola Pimentel leyó la investigación esa noche, en su casa, con las luces apagadas para no despertar a su nuera. Cuando terminó, le mandó un mensaje a Valentina:

—Llegó —escribió.

Valentina respondió desde Tampico, donde ya eran las doce y media:

—¿Está bien?

—Estoy igual que siempre —respondió Lola—. Pero los diecisiete ya tienen nombre en algún lado. Eso algo es.

Valentina leyó el mensaje, lo releyó, y no respondió nada más porque no había nada que agregar que no empequeñeciera lo que Lola acababa de decir. Apagó el teléfono y se quedó mirando el techo de su departamento, pensando en la pregunta que Lola le había hecho la primera tarde en la banqueta: *¿para qué sirve que la gente sepa?*

Seguía sin tener una respuesta buena. Pero esa noche, por primera vez en meses, sentía que la pregunta valía la pena seguir haciéndose.

Mendieta cerró su despacho tarde. Antes de apagar la luz se quedó un momento mirando la caja fuerte donde había guardado la carpeta de Curiel. Cuarenta y siete páginas. El lenguaje del Estado aplicado a la arquitectura del crimen. Pensó en el funcionario que había redactado esos documentos: un hombre que había estudiado, que había hecho una carrera, que tenía nombre y expediente y número de empleado, y que en algún momento había tomado la decisión —o había dejado de resistirse a tomarla, que es lo mismo— de poner sus habilidades al servicio de algo que él mismo probablemente no habría podido nombrar sin eufemismos.

Pensó en Curiel esperando en el estacionamiento con el cigarro en la mano.

Pensó en la pregunta que le había hecho: *¿y cuándo sale?*

Apagó la luz. Salió al corredor donde sus colaboradores terminaban el turno con la normalidad perfectamente sostenida de quienes han aprendido que sostener la normalidad, cuando todo lo demás empieza a fallar, es la única forma de no derrumbarse antes de tiempo. O la primera forma de ser cómplice. La diferencia entre ambas cosas, Mendieta lo sabía con una precisión que le dolía, dependía de lo que uno hiciera después.

Él todavía no lo sabía. Y el todavía pesaba cada noche un poco más.

CAPÍTULO 4

"El abrazo"

Culiacán, Sinaloa. Octubre del tercer año.

La imagen duró cuatro segundos y veintidós fotogramas. Valentina Cruzalta la vio treinta y siete veces antes de escribir la primera línea de su nota, no porque necesitara verla tantas veces para entenderla sino porque cada vez que la veía encontraba algo que la visualización anterior no le había dado: el ángulo exacto del brazo del presidente, la posición de las manos de la mujer, el instante preciso en que las cámaras del canal oficial —que estaban ahí, que lo transmitían en vivo, que nadie había intentado apagar— capturaron lo que capturaron.

Legorreta había llegado a Culiacán esa mañana en el marco de un programa que la Presidencia llamaba "Infraestructura para la paz", que era la manera de nombrar una serie de obras en municipios con alta presencia

criminal sin mencionar a los criminales que los controlaban. Había inaugurado un puente peatonal en la colonia Tres Ríos, había anunciado la pavimentación de cuatro kilómetros de calle en la sindicatura de Quilá, y a las once y media había llegado al centro comunitario Benito Juárez de la colonia Las Quintas para un acto con organizaciones de madres de familia, productores agrícolas y representantes de colonias populares.

El centro tenía capacidad para trescientas personas. Había cuatrocientas cincuenta adentro y otras doscientas afuera escuchando por bocinas. El calor de Culiacán en octubre no cede con la brisa porque en octubre en Culiacán no hay brisa. Los ventiladores industriales que alguien había instalado esa mañana movían el aire sin enfriarlo. Nadie se quejaba. La gente esperaba a Legorreta con la paciencia específica que le dispensaba siempre, que no era la paciencia de la resignación sino la de la expectativa genuina.

El acto transcurrió con la estructura habitual: presentaciones protocolarias, un video institucional sobre los logros del gobierno en Sinaloa, palabras del gobernador que nadie escuchó del todo porque el gobernador de Sinaloa llevaba tres años siendo el tipo de personaje que la gente mira sin ver. Luego subió Legorreta al templete y ocurrió lo que siempre ocurría: el cuarto cambió de temperatura sin que nadie encendiera nada.

Habló cuarenta minutos. Habló del campo, del agua, de los hijos que se van al norte, de los cuarenta años de gobiernos que prometieron y no cumplieron. Habló con esa tosquedad suya que no era calculada ni era un registro estudiado sino simplemente la única manera en que él sabía hablar, y esa autenticidad —la autenticidad de quien no tiene suficiente sofisticación para fingir— producía en la gente de Culiacán el mismo efecto que producía en Tlapa y en Chilpancingo y en cualquier plaza del país: la sensación de que por primera vez alguien les hablaba a ellos, no al micrófono, no a la cámara, no a la historia.

Cuando bajó del templete fue cuando ocurrió.

La mujer tenía setenta y tres años, el cabello blanco peinado con una precisión que indicaba que se había preparado para ese momento, un vestido floreado azul que era el vestido de los domingos y las ocasiones importantes. Se llamaba Consuelo Fuentes Herrera y era la madre de Aurelio Fuentes Barragán, El Compadre, jefe del cártel del sureste, hombre cuyo nombre llevaba tres años siendo pronunciado en los informes de inteligencia de cuatro países como el operador criminal más poderoso del sur de México.

Nadie la detuvo. Nadie la interceptó. Los elementos de seguridad presidencial que rodeaban a Legorreta la vieron venir y ninguno se movió, que era o bien un error operativo de proporciones inexplicables o bien exactamente lo contrario de un error.

Legorreta la vio venir también. Tuvo tiempo de desviar la mirada. Tuvo tiempo de cederle el gesto a un asistente, de interponer un protocolo, de

hacer cualquiera de las cosas que un político ordinario habría hecho en ese momento para no ser fotografiado abrazando a la madre del jefe criminal más buscado de la región. No hizo ninguna. Se quedó quieto, extendió los brazos, y cuando ella llegó la abrazó con las dos manos abiertas sobre la espalda, con la misma calidez completamente genuina con que abrazaba a doña Remedios Tzintún en Tlapa o a cualquier otra mujer de pueblo que se le acercaba con ese peso específico de las que han sufrido mucho y ya no necesitan explicarlo.

Le dijo algo al oído. Las cámaras no lo captaron. Ella cerró los ojos un segundo. Luego sonrió.

Cuatro segundos. Veintidós fotogramas.

Las imágenes recorrieron el mundo antes de que terminara la tarde. Valentina las vio desde Tampico, en la pantalla de su computadora, con el café enfriándose al lado y el teléfono vibrando cada treinta segundos con mensajes de colegas, de fuentes, de desconocidos que le mandaban el video como si ella no lo hubiera visto ya. Lo que la detuvo en la visualización número doce no fue la imagen en sí sino una pregunta que formuló en voz alta, sola en su departamento, sin darse cuenta de que hablaba:

—¿Él sabe quién es ella?

Tardó dos horas en conseguir la respuesta, a través de tres fuentes distintas que confirmaron de manera independiente lo mismo: sí. El protocolo de seguridad de la Presidencia tiene identificadas a las familias de los principales líderes criminales del país. Consuelo Fuentes Herrera estaba en esa lista desde hacía dos años. Alguien en el equipo de avanzada de Culiacán sabía que estaría en el acto. Y nadie dijo nada.

Llamó a su editora.

—Rocío, necesito publicar esta noche.

—Ya vi el video —dijo Rocío—. ¿Qué tienes confirmado?

—Tengo tres fuentes que me dicen que seguridad presidencial sabía quién era ella antes del acto.

—¿Están dispuestas a ser citadas?

—En anonimato.

—¿Tienes algo documental?

—Todavía no. Pero el video es el documento, Rocío. El video es la prueba de que alguien tomó la decisión de no intervenir.

Hubo una pausa del otro lado.

—Si publicamos sin documental nos van a destrozar. Ya sabes cómo funcionan: van a hacer que la conversación sea sobre nuestras fuentes y no sobre el abrazo.

—Si no publicamos esta noche, mañana el gobierno ya tiene la narrativa instalada y nosotros llegamos tarde.

Otra pausa.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Dame tres horas.

—Tienes dos —dijo Rocío—. Y Valentina: sé exacta. No interpretes. Deja que el video interprete solo.

Valentina publicó a las once y cuarto de la noche. El texto tenía ochocientas palabras, cuatro fuentes en anonimato, dos datos verificados sobre el protocolo de identificación de la seguridad presidencial, y el video incrustado sin comentario editorial porque Rocío tenía razón: el video no necesitaba comentario. Los cuatro segundos hablaban solos.

A la mañana siguiente, el vocero de la Presidencia entró a la conferencia matutina con la expresión de quien ha pasado la noche preparando algo.

—Sobre las especulaciones que circulan en redes sobre el acto de ayer en Culiacán —dijo, antes de que nadie preguntara—, el presidente saludó a cientos de ciudadanos durante el evento, como hace siempre, porque para él cada mexicano merece el mismo respeto y la misma cercanía. Inventar intenciones en un gesto humano es exactamente el tipo de campaña de odio que busca dividir al pueblo.

Una periodista de un diario nacional levantó la mano.

—¿Puede confirmar si el equipo de seguridad presidencial tenía identificada a la señora Fuentes Herrera antes del acto?

—El protocolo de seguridad es confidencial por razones obvias —respondió el vocero, con una fluidez que indicaba que esa pregunta también había sido anticipada—. Lo que puedo decirle es que el presidente no discrimina a quién saluda. Esa es precisamente la diferencia entre este gobierno y los anteriores.

—Eso no responde mi pregunta —dijo la periodista.

—Le respondí lo que puedo responder —dijo el vocero, y pasó a la siguiente.

En el cuarto de hotel de Culiacán donde El Compadre había pasado la noche —no en Culiacán exactamente, sino en una propiedad a veinte minutos de la ciudad que figuraba a nombre de una empresa de logística registrada en Querétaro— uno de sus operadores le mostró el video en el teléfono a las siete de la mañana.

El Compadre lo vio una vez. Lo vio en silencio, con la misma atención clínica con que veía todo, sin que su expresión revelara nada de lo que estaba pensando, que era exactamente lo que lo hacía tan difícil de leer y tan peligroso de subestimar.

—¿Quién organizó que ella estuviera ahí? —preguntó.

El operador titubeó un segundo.

—Fue idea de ella, patrón. Quería verlo. Usted sabe cómo es su mamá cuando se le mete algo en la cabeza.

El Compadre devolvió el teléfono sin responder. Se sirvió café de una cafetera eléctrica que alguien había puesto sobre el tocador del cuarto. Lo bebió de pie, mirando por la ventana el amanecer sobre los campos de caña que rodeaban la propiedad.

—¿Y él sabía quién era ella? —preguntó, sin voltearse.

—Eso es lo que todo el mundo quiere saber esta mañana.

—Yo no le pregunté lo que todo el mundo quiere saber. Le pregunté lo que yo quiero saber.

El operador eligió la respuesta con el cuidado de quien sabe que equivocarse tiene consecuencias:

—El protocolo de seguridad la tenía identificada desde hace dos años, patrón. Eso me lo confirmaron esta madrugada dos personas que saben.

El Compadre terminó el café. Dejó la taza sobre el tocador.

—Entonces —dijo— el acuerdo no era provisional.

No lo dijo como una pregunta ni como una revelación. Lo dijo con la calma de quien confirma algo que ya sabía pero que necesitaba ver confirmado con sus propios ojos antes de actuar en consecuencia. Porque el Compadre era, entre todas las cosas que era, un hombre que no movía una ficha sin certeza. Y los cuatro segundos del video le habían dado la certeza que necesitaba.

Esa mañana, desde ese cuarto con vista a los campos de caña, hizo tres llamadas. No habló de negocios en ninguna de las tres. Habló del tiempo, de la familia, de un partido de béisbol que había visto la noche anterior. Las tres personas al otro lado de la línea entendieron perfectamente lo que las llamadas significaban, porque en ese mundo los mensajes más importantes son siempre los que no se dicen.

En cuatro estados del país, en los días siguientes, algo cambió en la manera en que las organizaciones criminales se relacionaban con el territorio que controlaban. No de golpe, no con un anuncio, no con ninguna declaración que pudiera citarse. Cambió de la manera en que cambian las cosas cuando el miedo deja de ser el regulador principal: gradualmente, con la naturalidad de quien deja de esconderse porque ya no tiene razón para hacerlo.

Lola Pimentel estaba en el cerro de Bavispe, Sonora, ese mismo octubre, con las botas de hule embarradas hasta la rodilla y el mapa dibujado a mano que llevaba doblado en el bolsillo del chaleco desde hacía dos semanas. Había llegado a esas coordenadas por una cadena de información que había tardado seis meses en construirse: un testimonio que llevó a otro, que llevó a un nombre, que llevó a alguien que recordaba haber visto algo en ese cerro hace tres años y que se lo dijo a Lola en voz muy baja, en

la cocina de su casa, con la radio puesta para que nadie pudiera escuchar desde afuera.

Llevaba cuatro horas buscando cuando encontró la zapatilla. Era una deportiva azul, talla veintisiete, con el velcro de cierre que Armando usaba desde niño porque nunca aprendió a amarrarse bien los zapatos y había dejado de intentarlo. Estaba a sesenta centímetros bajo la superficie, en un punto donde la tierra tenía una coloración ligeramente distinta que solo se ve cuando uno sabe exactamente qué está buscando y lleva suficiente tiempo buscándolo.

Siguió cavando con las manos, con cuidado, con la precisión de quien ha aprendido que en ese trabajo la prisa destruye lo que la paciencia puede preservar. Dos horas después encontró el fragmento de mandíbula.

No lloró. Llevaba cuatro años entrenándose para no llorar en esos momentos porque llorar en esos momentos interrumpe el trabajo y el trabajo no podía interrumpirse. Sacó el teléfono y llamó al perito independiente que la acompañaba a veinte metros de distancia, revisando otra zona del cerro.

—Aquí —dijo cuando él se acercó. Y señaló.

El perito se arrodilló. Trabajó en silencio durante veinte minutos. Luego se levantó y la miró con esa expresión que Lola ya conocía y que no necesitaba palabras porque las palabras en esos casos son siempre insuficientes e innecesarias.

—Lo mando al laboratorio —dijo él—. Pero con lo que veo, el perfil coincide.

Lola asintió. Guardó el teléfono. Miró el cerro a su alrededor, los pinos, el cielo que empezaba a ponerse rojo hacia el poniente, y pensó, con la lucidez extraña de los momentos que uno ha imaginado tantas veces que cuando llegan ya no sorprenden, que había encontrado lo que había venido a encontrar y que eso no era el final de nada sino el principio de algo que todavía no tenía nombre completo.

Tres semanas después, cuando Valentina fue a Hermosillo a entrevistarla y le preguntó qué había sentido en ese cerro, Lola tardó un momento en responder.

—¿Quiere la respuesta honesta o la respuesta que la gente quiere escuchar?

—La honesta —dijo Valentina.

—Alivio —dijo Lola—. Sentí alivio. Porque ya no había dónde más buscarlo y ya no tenía que seguir buscando en el lugar equivocado.

Valentina anotó eso en el cuaderno. Luego levantó la vista.

—¿Y sobre el abrazo? El del presidente con la mamá de El Compadre. ¿Qué piensa usted?

Lola la miró un momento, con esa calma suya que no era indiferencia sino la forma que había encontrado para seguir funcionando en un mundo que le había quitado demasiado.

—Yo ya sabía que estaban juntos —dijo—. Lo que no sabía es que lo iban a hacer tan bonito.

Valentina no publicó esa frase durante dos años. No porque no tuviera permiso. Sino porque algunas frases son tan exactas que publicarlas antes de tiempo es como encender una cerilla en el lugar equivocado: iluminan lo que no debería iluminarse todavía y queman lo que todavía necesitaba tiempo para arder bien.

La sociedad, mientras tanto, empezaba a perder algo que es más difícil de recuperar que la seguridad o que el dinero o que cualquier cosa que pueda medirse: empezaba a perder la capacidad de indignarse. No porque hubiera dejado de saber. Sino porque saber, sin poder cambiar nada, produce con el tiempo una resignación que se instala tan gradualmente que el día en que uno la advierte ya lleva meses viviendo dentro de ella.

CAPÍTULO 5

"La nueva aristocracia"

Ciudad de México, Monterrey, Guadalajara. Años tres y cuatro.

Brígido Toscano tardó exactamente veintidós meses en rendirse. Lo supo después, cuando ya era demasiado tarde para que el conteo importara, pero durante esos veintidós meses creyó en todo momento que estaba resistiendo, que cada concesión era táctica, que el momento de recuperar terreno llegaría en cuanto cambiara el viento. El viento no cambió. Y Toscano descubrió, con la lentitud específica de quien no quiere descubrir algo, que no había estado resistiendo. Había estado cediendo con elegancia, que es la forma de rendirse que permite conservar la ilusión de no haberse rendido.

Al principio usó los instrumentos que conocía. Llamó a tres secretarios de Estado con quienes había compartido mesa durante décadas, en los tiempos en que compartir mesa con un secretario de Estado era la forma natural de hacer negocios en México. Los tres lo recibieron. Dos lo llamaron de vuelta al día siguiente, como siempre. El tercero tardó una semana, que era ya una señal, aunque Toscano eligió no leerla.

La cuarta llamada no tuvo respuesta.

La quinta tampoco.

En la sexta semana entendió que los secretarios con quienes había compartido mesa no estaban. Que los hombres que ocupaban sus lugares tenían los mismos títulos y los mismos despachos pero que no tenían historia común con nadie que no fuera el presidente, y que esa ausencia de historia común no era un accidente administrativo sino la condición de posibilidad de todo lo demás: para que el sistema nuevo funcionara, no

podía haber nadie en posición de poder que tuviera lealtades anteriores al sistema nuevo.

Fue entonces cuando llamó a su abogado.

Gerardo Ancira llevaba veintiocho años siendo el abogado corporativo de Toscano y de su grupo textil, y tenía la capacidad, que solo desarrollan los abogados que sobreviven lo suficiente, de decir las cosas difíciles sin que sonaran a catástrofe aunque lo fueran.

—Brígido —le dijo en su despacho del piso dieciséis de una torre de Santa Fe, con el café en la mano y la vista sobre el bosque que el smog de la tarde volvía gris—, tienes que entender una cosa. Las reglas del juego cambiaron. No cambiaron un poco. Cambiaron de fondo.

—Las reglas del juego siempre cambian con cada gobierno —dijo Toscano.

—No. —Ancira dejó el café sobre el escritorio—. Antes cambiaban los actores. Llegaba un gobierno nuevo, llegaban nuevos funcionarios, había que hacer nuevas relaciones, pero la lógica era la misma: tú aportas empleo, impuestos, estabilidad económica, y el gobierno te da certeza jurídica y acceso. Era un intercambio. Ahora no es un intercambio. Ahora es una membresía. O estás adentro o estás afuera, y estar afuera ya no significa que te dejan en paz. Significa que eres un objetivo.

—¿Un objetivo de qué?

—De lo que tengan a mano. Fiscal, mediático, regulatorio. No te van a mandar a nadie a amenazarte. No necesitan hacer eso. Tienen herramientas mucho más elegantes.

Toscano miró por la ventana el bosque gris. Llevaba cuarenta y dos años en los negocios y había navegado seis administraciones, dos crisis económicas y una pandemia. No era un hombre que se asustara fácilmente. Pero lo que Ancira describía no se parecía a nada que hubiera navegado antes.

—¿Qué me recomiendas?

Ancira tardó en responder. No porque no supiera la respuesta sino porque sabía que la respuesta iba a costarle a Toscano algo más que dinero.

—Que busques la manera de ser útil para ellos antes de que decidan que eres un problema para ellos. Porque la ventana para elegir cuál de las dos cosas eres se está cerrando.

—¿Y si no quiero ser ninguna de las dos?

—Entonces —dijo Ancira, con la suavidad de quien entrega una mala noticia que ha preparado con cuidado—, necesitas un muy buen plan B que no involucre seguir operando en México.

Toscano no respondió. Pidió otro café. Cuando llegó no lo tomó. Lo dejó enfriarse en el escritorio mientras miraba los expedientes que Ancira había extendido sobre la mesa: auditorías potenciales, contingencias fiscales, áreas de exposición regulatoria que en cualquier gobierno ordinario habrían

sido irrelevantes y que en este gobierno podían convertirse, si alguien decidía activarlas, en el principio del fin de cuarenta y dos años de trabajo.

La primera concesión ocurrió seis semanas después. Una fundación cultural alineada con el proyecto del presidente —que publicaba libros de historia con una narrativa conveniente, que organizaba foros donde intelectuales orgánicos exponían las bondades de la transformación, que tenía una revista trimestral que nadie leía pero que existía como señal visible de compromiso ideológico— recibió una donación del grupo Toscano por dos millones de pesos. La donación fue discreta. Apareció en los estados financieros bajo la categoría de "responsabilidad social corporativa" con una descripción lo suficientemente genérica para que nadie que no supiera exactamente qué buscar pudiera identificarla.

Toscano la firmó un viernes por la tarde, después de que todo el mundo se había ido de la oficina, con la sensación incómoda de quien hace algo que no está mal en términos estrictamente legales pero que sabe que no debería estar haciendo.

La segunda concesión fue más visible: un contrato de publicidad institucional con el canal del Estado por doce meses, renovable, que implicaba que el logo del grupo Toscano aparecería en los espacios de un canal que transmitía, entre otras cosas, el programa nocturno de Tadeo Ibargüen. Toscano no veía el programa de Ibargüen. Lo conocía de los tiempos en que Ibargüen dirigía una revista literaria de izquierda que a Toscano le parecía irrelevante pero que en los círculos intelectuales de la ciudad tenía el tipo de respeto que se construye durante veinte años de coherencia sostenida. El Ibargüen de ahora era otra cosa. Era el mismo hombre con la misma voz y el mismo vocabulario académico, pero usado para destruir cada noche a alguien que hubiera criticado al gobierno durante el día. Era, pensó Toscano la única vez que encendió el canal y lo vio hablar, la imagen perfecta de lo que le estaba pasando a él mismo: la misma persona, la misma forma, un contenido completamente distinto.

La tercera concesión ya no fue una concesión. Fue una sociedad.

Un proyecto de infraestructura ferroviaria en el sureste —presupuestado en ochenta mil millones de pesos, con un trazo que ningún estudio de demanda podía justificar económicamente y que sus propios ingenieros describían en privado como "un tren que va de donde nadie está a donde nadie quiere ir"— necesitaba proveedores de textiles técnicos para los interiores de los vagones. El contrato era por doscientos millones de pesos. Era menor en el contexto del proyecto total. Era enorme en el contexto del grupo Toscano. Y llegó sin licitación, sin concurso, con una carta de un subsecretario que Toscano no conocía y que simplemente le informaba que su empresa había sido "preseleccionada como proveedor estratégico".

Firmó. Y en el momento en que firmó, aunque no hubiera podido articularlo con precisión en ese instante, algo cambió en la naturaleza de su relación con el gobierno. Había dejado de ser un empresario independiente que

negocia con el Estado. Se había convertido en un componente del sistema, con todos los beneficios y todas las obligaciones que eso implicaba, incluyendo la obligación más importante y menos declarada: no hacer nada que pusiera en riesgo la permanencia del régimen que lo sostenía.

Lo que nacía en esos años en México no era corrupción en el sentido clásico que Toscano había conocido durante cuarenta y dos años de negocios. No era el funcionario que cobra su tajada ni el empresario que paga para agilizar un trámite. Era algo cualitativamente distinto, más parecido a lo que los economistas llaman captura del Estado pero que desde adentro se sentía simplemente como la única forma posible de seguir existiendo: una nueva clase económica cuya supervivencia dependía directamente de la permanencia del régimen, y que por lo tanto tenía todos los incentivos del mundo para garantizarla con su silencio, con su dinero, con su influencia, con todo lo que tuviera disponible.

Tadeo Ibargüen llamó a Toscano una tarde de noviembre, desde un número que Toscano no tenía guardado y que reconoció por el prefijo de la Ciudad de México.

—Brígido —dijo Ibargüen, con esa voz suya que seguía siendo la misma voz de los paneles literarios de veinte años atrás, grave, precisa, construida para la credibilidad—, quería agradecerte el contrato de publicidad. Es un gesto que no pasa desapercibido.

—No fue un gesto —dijo Toscano—. Fue una decisión comercial.

Una pausa breve.

—Claro —dijo Ibargüen—. Como todas las decisiones importantes.

Había algo en esa respuesta que Toscano no supo cómo interpretar del todo: una ironía tan sutil que podía ser una ironía o podía ser simplemente una afirmación, y la ambigüedad entre ambas era en sí misma una forma de decir algo que ninguno de los dos podía decir directamente.

—¿Para qué llamas, Tadeo? —preguntó Toscano.

—Para saludarte. Y para preguntarte si la semana que viene tienes tiempo para tomar un café. Hay gente que querría conocerte. Gente que cree que empresarios como tú tienen un papel importante en esta etapa del país.

Toscano miró el techo de su oficina. Un empresario de su trayectoria sabía exactamente lo que esa invitación significaba y lo que implicaba aceptarla. También sabía lo que implicaba rechazarla.

—El miércoles por la mañana —dijo.

—Perfecto —dijo Ibargüen—. Te mando los detalles.

Cuando colgó, Toscano se quedó un momento con el teléfono en la mano. Luego lo dejó sobre el escritorio y miró por la ventana de su oficina en Monterrey, donde el cerro de la Silla estaba cubierto por una nube baja que lo hacía parecer más pequeño de lo que era. Pensó en la conversación con

Ancira en Santa Fe, seis meses atrás. En la pregunta que había hecho: *¿y si no quiero ser ninguna de las dos cosas?* En la respuesta que había recibido.

Había elegido no tener un plan B que no involucrara seguir operando en México. Y esa elección tenía un precio que se cobraba en cuotas pequeñas, frecuentes e inexorables, cada una de las cuales era perfectamente tolerable por sí sola y que en conjunto producían algo que ya tenía nombre aunque Toscano prefiriera no usarlo.

Los empresarios que intentaron resistir más tiempo que él descubrieron la creatividad del aparato fiscal cuando se le da un objetivo político. Un constructor de Guadalajara que había financiado públicamente a un candidato opositor en las elecciones intermedias recibió en enero una notificación de auditoría retroactiva por doce años de operaciones. No porque hubiera irregularidades evidentes, sino porque en doce años de operaciones de cualquier empresa mediana siempre hay algo que con la interpretación correcta puede convertirse en irregularidad. El proceso duró dieciséis meses, costó cuarenta millones de pesos en honorarios de abogados y produjo al final una resolución que no encontró delito pero que dejó a la empresa con sus cuentas de inversión congeladas durante ocho meses, que fue exactamente el tiempo suficiente para que tres contratos importantes se cayeran por incertidumbre del proveedor.

El constructor no volvió a financiar candidatos de oposición. No porque nadie se lo pidiera. Porque no necesitaban pedírselo. El sistema había demostrado con un solo ejemplo lo que era capaz de hacer, y ese ejemplo circuló entre los empresarios del país con la eficiencia de los mensajes que no necesitan ser enviados formalmente para ser recibidos con perfecta claridad.

La corrupción, en México, había sido siempre clandestina. Había operado en los márgenes, en los sobres, en las reuniones que no quedaban en ningún acta. Ahora era la arquitectura visible del poder: los contratos sin licitación se publicaban en el Diario Oficial, las donaciones a fundaciones afines aparecían en los informes de responsabilidad social, las membresías al sistema se ejercían a plena luz del día bajo nombres que sonaban a virtud cívica. Nadie fingía que no existía. Simplemente se llamaba de otra forma.

Toscano fue al café del miércoles. Conoció a la gente que Ibargüen quería que conociera. Estrechó manos, intercambió tarjetas, escuchó planes y proyectos descritos con el lenguaje del desarrollo nacional y la transformación histórica. Al salir, en el estacionamiento, Ancira lo esperaba porque Toscano le había pedido que esperara.

—¿Cómo estuvo? —preguntó Ancira.

Toscano abrió la puerta del coche. Se quedó un momento sin subir, con la mano sobre el techo del vehículo y el sol de noviembre pegando de lado.

—Como esperaba —dijo.

—¿Y?

—Y nada. —Subió al coche—. Que nos vamos a casa.

Ancira subió al asiento del copiloto sin decir nada más. Sabía, porque llevaba veintiocho años siendo el abogado de Toscano y conocía sus silencios con la precisión de quien los ha contado, que ese "nada" no significaba que no hubiera pasado nada. Significaba que había pasado algo que Toscano había decidido no nombrar todavía, porque nombrar las cosas las hace definitivas y Toscano no estaba listo para que eso fuera definitivo.

Pero lo era. Llevaba veintidós meses siéndolo.

CAPÍTULO 6

"Los generales"

Secretaría de la Defensa Nacional. Ciudad de México. Año cuatro.

El primer decreto llegó un martes de marzo con la formalidad impecable de los documentos que van a cambiar todo y que por eso mismo están redactados con un cuidado especial, sin una coma fuera de lugar, sin una palabra que pudiera ser impugnada. Transfería la administración de los puertos comerciales del Pacífico sur a la Secretaría de la Defensa Nacional con carácter de "medida de seguridad nacional y combate al crimen organizado", y venía acompañado de un estudio técnico de cuarenta páginas que documentaba, con datos reales y verificables, dos décadas de corrupción en la administración civil portuaria: contrabando, evasión fiscal, colusión con organizaciones criminales, desvíos millonarios que ningún gobierno anterior había querido o podido limpiar.

El estudio era real. Los datos eran reales. La conclusión que de ellos se extraía —que la solución era militarizar los puertos— no era la única conclusión posible, pero era la que el decreto adoptaba, y nadie en el Congreso, donde el oficialismo tenía mayoría suficiente para aprobar lo que le pusieran enfrente, iba a señalar que había otras.

Mendieta leyó el decreto en su despacho la mañana que se publicó en el Diario Oficial. Lo leyó completo, con la atención de quien busca los límites de algo antes de decidir cómo relacionarse con ello. Los límites no estaban claros, que era exactamente el problema: el decreto era suficientemente amplio para que su interpretación práctica dependiera de quién lo aplicara y con qué criterio.

Esa tarde pidió audiencia con el presidente. Se la concedieron para el jueves.

El Palacio Nacional tiene una sala de reuniones en el ala norte que Legorreta usaba para las conversaciones que no quería en la sala de gabinete, que estaba demasiado cerca de los despachos donde siempre había alguien que podía escuchar. La sala del ala norte era más pequeña, con dos sillones de cuero y una mesa baja con una jarra de agua que nadie nunca tocaba, y tenía la temperatura de los cuartos donde el aire

acondicionado lleva demasiados años funcionando sin que nadie haya revisado el filtro.

—General —dijo Legorreta cuando Mendieta entró, con esa calidez suya que no distinguía entre la reunión formal y la conversación de corredor—, siéntese, hombre. Usted no tiene que estar cuadrado aquí.

Mendieta se sentó. No se relajó, porque no era un hombre que se relajara en los espacios donde se toman decisiones importantes, pero adoptó el registro que Legorreta prefería: directo, sin protocolo excesivo, como dos hombres que hablan de algo que a los dos les importa.

—Señor presidente, vengo a hablar del decreto de puertos.

—Sí, me imaginé. —Legorreta se recostó en el sillón con la facilidad del que se siente completamente en su territorio—. ¿Algún problema operativo?

—No es un problema operativo. Es una pregunta de fondo.

—Dígame.

—El Ejército tiene formación, disciplina y capacidad para administrar seguridad en instalaciones estratégicas. No tiene formación para administrar operaciones portuarias comerciales. Hay protocolos aduaneros, hay normativa de comercio exterior, hay coordinación con navieras internacionales que requieren personal especializado que la Sedena no tiene.

Legorreta lo miró con esa expresión suya que no era exactamente incompreensión sino algo más difícil de nombrar: la expresión de alguien que escucha los argumentos técnicos como quien escucha la lluvia, reconociendo que existe pero sin sentir que lo moja.

—¿Sabe cuántos años lleva el personal civil administrando esos puertos?

—Décadas, señor presidente.

—Décadas. —Repitió la palabra con el tono que usaba para convertir un dato en un argumento—. Y en esas décadas, ¿sabe cuántos millones se robaron? ¿Sabe cuántos contenedores de droga pasaron porque alguien los dejó pasar? El Ejército no necesita saber de navieras. El Ejército necesita no robar y no ser comprado. Eso sí sabe hacerlo.

—Con respeto, señor presidente, eso es una generalización que...

—General Mendieta. —Legorreta se inclinó ligeramente hacia adelante, con la amabilidad específica de quien está a punto de cerrar una conversación sin que parezca que la está cerrando—. Yo lo respeto mucho. Usted es un hombre íntegro y eso en este país vale muchísimo. Pero esto ya está decidido. Lo que necesito de usted no es que me convenza de que está mal. Lo que necesito es que me ayude a que salga bien. ¿Puedo contar con eso?

Mendieta sostuvo la mirada un segundo.

—Puede contar con que haré mi trabajo, señor presidente.

—Eso es todo lo que le pido.

Salió del Palacio con el sol de las tres de la tarde dándole de frente y la certeza incómoda de que acababa de participar en una conversación donde había dicho lo que tenía que decir y no había cambiado absolutamente nada. Subió al vehículo, donde su asistente lo esperaba con la agenda del resto del día, y durante los veinte minutos de trayecto a la Sedena no dijo una sola palabra.

Lo que siguió al decreto de puertos ocurrió con la lógica de quien llena un vaso gota a gota: ninguna gota parece decisiva hasta que el agua desborda. Tres meses después, las aduanas. Con el mismo argumento — décadas de corrupción civil que el Ejército vendría a limpiar— y el mismo estudio técnico de respaldo que era real en sus datos y discutible en sus conclusiones. Luego la seguridad en los aeropuertos internacionales. Luego los contratos de construcción de la infraestructura del sureste. Luego la distribución de los programas sociales en doce estados donde el gobierno civil "había fallado históricamente", que era una manera de decir que en esos estados el gobierno civil tenía lealtades que el gobierno federal no podía garantizar.

Al final del cuarto año, las Fuerzas Armadas administraban puertos, aduanas, aeropuertos, hospitales rurales, programas de transferencias, tres megaproyectos de infraestructura y la seguridad pública en once municipios donde la Policía Federal había sido retirada por "reestructuración". El porcentaje del presupuesto federal que pasaba por la Sedena no tenía precedente en la historia democrática del país. Y a cambio, el Ejército había recibido lo que nunca había tenido: presupuesto sin techo visible, equipamiento de primera generación, prestaciones para la tropa que los sindicatos civiles habrían tardado décadas en negociar, y algo que valía más que todo lo anterior y que nadie nombraba en ningún documento oficial porque nombrarlo habría implicado admitir que existía: impunidad total.

El general Arturo Bracamontes, comandante de la cuarta región militar y hombre que Mendieta conocía desde la Academia y al que había considerado durante treinta años un amigo sin reservas, lo llamó una noche de agosto desde un número que Mendieta no tenía registrado.

—Rodrigo —dijo Bracamontes, con la voz de quien ha bebido algo pero no demasiado—, ¿estás en la oficina?

—En casa. ¿Qué pasó?

—Nada. Solo quería hablar. ¿Puedes?

—Habla.

Una pausa.

—¿Tú crees que esto va a durar?

Mendieta entendió inmediatamente a qué se refería, que era exactamente a lo que ambos se referían siempre en las conversaciones que no podían tener en ningún espacio institucional.

—¿Qué es "esto"? —preguntó, con cuidado.

—Esto. Lo que estamos haciendo. Lo que nos están pidiendo que hagamos.

—Arturo, no deberías estar llamándome para hablar de esto.

—Lo sé. Por eso llamo de noche, de un número que no existe. —Otra pausa

—. Rodrigo, la semana pasada me pidieron que asignara tres elementos de inteligencia a seguir a un periodista de Monterrey. Me lo pidió un funcionario civil de la Secretaría de Gobernación. No el secretario. Un director de área. Un tipo de cuarenta años que no tiene ninguna autoridad sobre el Ejército.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que me dijeron. —La voz de Bracamontes tenía algo que Mendieta no le había escuchado nunca en treinta años: algo parecido a la vergüenza—. Asigné los elementos. El periodista lleva dos semanas con seguimiento permanente. Y yo firmé la orden como si fuera parte de una operación de seguridad nacional, que no lo es.

Mendieta no respondió de inmediato. Se quedó mirando la pared de su estudio, donde había un mapa de México enmarcado que le había regalado su padre cuando ingresó a la Academia, hace casi cuatro décadas.

—¿Por qué me cuentas esto, Arturo?

—Porque necesito que alguien más lo sepa. Porque si lo sé solo, puedo convencerme de que no fue para tanto. Y fue para tanto.

—¿Qué quieres que haga yo con esto?

—No sé. —Una pausa larga—. Nada, supongo. Solo que lo sepas.

—Ya lo sé —dijo Mendieta—. Y eso es exactamente el problema de los dos.

Cortó la llamada. Abrió el cajón del escritorio. Sacó el diario. Escribió la fecha, el nombre de Bracamontes, la frase que lo perseguiría durante meses: *"Hay hombres que hacen cosas que les dan vergüenza y necesitan contárselas a alguien para poder seguir haciéndolas. Yo soy el alguien. Eso también me hace parte de algo."*

Cerró el diario. Lo guardó con llave.

Había generales que no necesitaban llamar a nadie de noche para procesar lo que hacían. Había generales que habían descubierto, con una sorpresa que no les había durado mucho, que el poder absoluto tiene una textura que no se parece a nada que uno haya experimentado antes, y que esa textura produce una especie de adicción que no se nombra como adicción porque quien la padece siempre tiene una justificación institucional disponible. El presupuesto nuevo. El equipamiento. La tropa mejor pagada. El argumento del dique, el argumento de que sin ellos alguien peor ocuparía el lugar, el argumento de que desde adentro se puede moderar lo que desde afuera sería imposible contener. Todos esos argumentos eran parcialmente ciertos. Todos eran también, en la medida exacta en que eran ciertos, la forma más sofisticada de racionalización disponible para un

hombre que ha elegido quedarse demasiado tiempo en un lugar donde ya no debería estar.

Mendieta lo sabía. Lo sabía con la precisión clínica de quien ha estudiado suficiente historia militar de América Latina para reconocer los patrones: el general que empieza cediendo en lo pequeño para preservar su influencia en lo grande, y que cuando llega el momento de lo grande ya ha cedido tanto en lo pequeño que su influencia ya no vale lo que valía. Lo sabía y se quedaba. Y cada noche que se quedaba, la justificación del día siguiente necesitaba ser un poco más elaborada que la del día anterior.

Tres semanas después de la llamada de Bracamontes, Curiel llegó a su despacho con una actualización de la carpeta. No la entregó en el estacionamiento esta vez. Llegó en horario de oficina, con un folder de trabajo que cualquier observador habría tomado por documentación rutinaria.

—Hay tres casos nuevos —dijo, sentado frente al escritorio de Mendieta con la voz baja de quien ha aprendido a calibrar el volumen según el riesgo—. Dos en Tamaulipas y uno aquí en la ciudad. Los tres involucran elementos activos. No de bajo rango.

Mendieta no preguntó los nombres. No porque no quisiera saberlos sino porque sabía que si los sabía tendría que hacer algo con ellos, y hacer algo con ellos implicaba mover una pieza en un tablero que todavía no tenía claro cómo estaba configurado.

—¿Qué tan documentado está?

—Lo suficiente para que no pueda ignorarse. No lo suficiente para que sobreviva solo si alguien decide destruirlo.

—¿Qué necesitas?

—Tiempo —dijo Curiel—. Y que usted decida cuándo es el momento, general. Porque yo puedo seguir construyendo la carpeta indefinidamente. Pero llega un punto en que construir sin usar es solo otra forma de no hacer nada.

Mendieta lo miró. Era la segunda vez que Curiel le decía algo así, con distintas palabras pero el mismo fondo, y las dos veces tenía razón y las dos veces Mendieta no había tenido una respuesta que no fuera una variante del todavía.

—Dame un mes —dijo.

Curiel asintió. Se levantó. En la puerta se detuvo un segundo sin voltearse.

—Un mes —repitió, como si necesitara escucharlo en voz alta para creerlo.

—Un mes —confirmó Mendieta.

Curiel salió. Mendieta abrió la carpeta actualizada. Leyó los tres casos nuevos con la concentración de quien sabe que lo que está leyendo no puede ser no leído una vez que se lee. Cuando terminó, la cerró y la colocó

sobre el escritorio, encima de los otros documentos del día, como si fuera un expediente ordinario entre expedientes ordinarios.

Afuera, en el corredor de la Sedena, el Ejército funcionaba. Administraba puertos y aduanas y aeropuertos y programas sociales y contratos de infraestructura, con la eficiencia específica de una institución que sabe obedecer y que había encontrado, en la obediencia a este gobierno en particular, un conjunto de recompensas materiales que volvían la obediencia extraordinariamente cómoda.

El agua seguía llenando el vaso, gota a gota, con la paciencia de lo que no necesita apresurarse porque sabe que el vaso no va a ningún lado.

CAPÍTULO 7

"La fábrica de la verdad"

Ciudad de México. Años cuatro y cinco.

Tadeo Ibargüen llegaba al estudio a las nueve de la noche, dos horas antes de que empezara la transmisión en vivo, y durante esas dos horas hacía siempre lo mismo: leía los materiales que su equipo había preparado, hacía correcciones, pedía café, y en algún momento entre las diez y las diez y media se quedaba solo frente al espejo del camerino mirándose con una expresión que ninguno de sus colaboradores había visto nunca porque ninguno entraba al camerino durante ese rato y él nunca habría podido describir exactamente qué era lo que veía.

Llevaba dos años conduciendo el programa. Antes de eso había dirigido durante veinte años una revista literaria de izquierda llamada Cuadernos del Sur, que tenía tres mil suscriptores, ningún anunciante gubernamental y la reputación sostenida de publicar cosas que incomodaban a quien estuviera en el poder, independientemente de quién fuera. Era esa reputación, construida en dos décadas de coherencia sostenida, lo que lo hacía valioso para el régimen: no su inteligencia, que también tenían otros, sino el capital moral específico de quien ha demostrado durante mucho tiempo que no se vende.

El problema, que Ibargüen había tardado exactamente ocho meses en nombrar para sí mismo y que nunca había nombrado para nadie más, era que se había vendido. No de golpe, no con un sobre, no con ninguna transacción que tuviera la vulgaridad de parecerse a una transacción. Se había vendido de la manera más difícil de detectar y más difícil de revertir: convenciéndose de que tenía razones.

Su productor, un hombre de treinta y cinco años que se llamaba Fermín Leal y que tenía la eficiencia tranquila de quien ha aprendido a no hacer preguntas que no quiere que le respondan, entró al camerino a las diez y cuarto con el guión de la noche.

—El bloque principal es Valentina Cruzalta —dijo, dejando el folder sobre el tocador—. Su reportaje de las cuentas falsas. Cuatro partes, publicadas esta semana.

Ibargüen abrió el folder. Leyó la primera página con la velocidad de quien sabe leer para extraer lo esencial sin detenerse en los detalles.

—¿Está verificado el reportaje?

Fermín tardó un segundo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de si las cuentas que documenta son reales y si el financiamiento público que describe es real.

—Los documentos que ella presenta parecen sólidos —dijo Fermín, con cuidado—. Nadie los ha refutado técnicamente.

—¿Y el ángulo que vamos a usar?

—El que acordamos con coordinación. Que los documentos no tienen cadena de custodia verificable, que sus fuentes son anónimas, y que hay un patrón consistente en su trabajo de atacar al gobierno con información que no puede ser verificada de manera independiente.

Ibargüen cerró el folder. Se miró un momento en el espejo.

—Los documentos tienen cadena de custodia —dijo—. Yo la revisé.

—Lo sé —dijo Fermín.

El silencio que siguió era el silencio de dos hombres que saben exactamente lo mismo y que han llegado, por caminos distintos, a la misma conclusión sobre lo que van a hacer con lo que saben.

—¿Cuánto dura el bloque? —preguntó Ibargüen.

—Veinticinco minutos.

—Está bien.

Fermín recogió el folder y salió sin decir nada más, porque no había nada más que decir que no fuera redundante.

Ibargüen se quedó solo frente al espejo. Pensó en Valentina Cruzalta, a quien conocía de nombre y de trabajo desde hacía años, y cuya investigación sobre las cuentas falsas era, él lo sabía mejor que nadie porque había estudiado el tema con la minuciosidad de quien va a tener que destruirlo en público, una de las piezas de periodismo de datos más rigurosas que se habían publicado en México en una década. Cuatro partes, once meses de trabajo, ciento cuarenta y tres cuentas documentadas con sus redes de interacción, sus patrones de publicación, sus vínculos con tres contratos gubernamentales de comunicación digital que aparecían en el sistema de transparencia con nombres de empresas que no tenían empleados ni oficinas físicas verificables.

Era un reportaje que en cualquier país con instituciones funcionales habría desencadenado una investigación parlamentaria, una auditoría y probablemente varias renunciadas.

En este país iba a desencadenar veinticinco minutos de Tadeo Ibargüen.

El programa se llamaba La hora de la verdad. Lo había bautizado así alguien en la dirección del canal con una ironía que probablemente no era intencional, aunque Ibargüen ya no estaba seguro de que la ironía no intencional existiera cuando había tanto en juego.

Salió al foro a las once en punto. Las cámaras, el set iluminado, el escritorio de madera oscura que alguien había diseñado para evocar seriedad y peso intelectual. El público en vivo eran ochenta personas, en su mayoría militantes del partido que llegaban puntual y aplaudían en los momentos correctos con la sincronización de quienes han asistido suficientes veces para saber cuándo hay que aplaudir.

Ibargüen abrió el programa con la calma de siempre. Habló de libertad de prensa, de la importancia del periodismo riguroso, de la diferencia entre la investigación seria y la operación política disfrazada de periodismo. Habló durante seis minutos con el vocabulario académico que había construido en veinte años de revista literaria y que ahora prestaba, cada noche, a un propósito que habría hecho irreconocible al hombre que lo había construido.

Luego presentó el reportaje de Valentina. O presentó lo que él llamó el reportaje: una versión en la que los documentos carecían de cadena de custodia, las fuentes eran sospechosas por su anonimato, la metodología era circular, y el patrón de trabajo de la periodista mostraba una consistencia llamativa en atacar siempre a las mismas instituciones con información siempre imposible de verificar de manera completamente independiente.

No dijo que Valentina mentía. No lo necesitaba. Lo que producía era más eficaz que una acusación directa: la duda. La duda específica, técnica, formulada con el lenguaje de quien conoce el periodismo desde adentro y por eso sabe exactamente dónde insertar la pregunta que no puede responderse en treinta segundos sin parecer defensivo.

Valentina vio el programa en vivo, desde su departamento de Tampico, con el teléfono en la mano y el volumen alto para escucharlo sobre el sonido del ventilador que no había apagado desde mayo. Lo vio completo, los veinticinco minutos, con la concentración de quien toma inventario de los daños antes de decidir cómo responder.

Cuando terminó, llamó a Rocío.

—Lo vi —dijo Rocío antes de que Valentina hablara.

—¿Cuántas consultas en el sitio?

—Desde que empezó el programa, diecisiete mil. El pico más alto que hemos tenido.

—¿Y el tono de los comentarios?

Una pausa.

—Mitad y mitad. La mitad que ya nos leía dice que Ibargüen mintió. La otra mitad dice que si Ibargüen lo dice, algo debe haber.

—Eso es lo que buscaban —dijo Valentina—. No convencer a los que ya estaban convencidos de lo contrario. Sembrar la duda en los que no tenían posición.

—Lo sé. —Rocío hizo una pausa—. ¿Estás bien?

—Estoy enojada. Que es distinto.

—¿Qué vas a hacer?

—Publicar la parte cinco —dijo Valentina—. No la tenía planeada. Pero si veinticinco minutos de Ibargüen producen diecisiete mil consultas, la parte cinco los va a producir también. Y en la parte cinco voy a documentar exactamente qué contratos gubernamentales financian las cuentas que financian a Ibargüen.

Silencio del otro lado.

—Valentina. Eso es ir directamente por él.

—Sí.

—¿Tienes los documentos?

—Tengo suficiente para publicar. Necesito dos semanas más para tener todo.

—¿Y mientras?

—Mientras —dijo Valentina— él tiene veinticinco minutos todas las noches y yo tengo mi sitio y ciento veinte mil lectores. No es equilibrado. Pero es lo que hay.

La parte cinco tardó tres semanas, no dos, porque las fuentes de los contratos eran más difíciles de rastrear de lo que Valentina había calculado: los pagos pasaban por cuatro capas de empresas interpuestas, cada una registrada en un estado distinto, cada una con un apoderado legal diferente, y reconstruir el hilo desde el contrato gubernamental hasta la cuenta de Ibargüen requirió cruzar registros mercantiles de cinco estados, dos bases de datos de transparencia fiscal y una fuente dentro del SAT que le mandó información bajo condiciones de anonimato tan estrictas que el protocolo de seguridad tardó más que la investigación misma.

Cuando la publicó, a las siete de la mañana de un miércoles, el impacto fue inmediato y duró exactamente setenta y dos horas, que era el tiempo que el aparato digital del gobierno necesitaba para producir el volumen de ruido suficiente. En setenta y dos horas, la conversación en redes había migrado de los documentos que Valentina presentaba hacia su persona: que si tenía vínculos con un partido opositor, que si había recibido financiamiento de una fundación extranjera, que si su vida personal —de la que circularon datos que ella nunca había hecho públicos y cuya procedencia no podía rastrear— la descalificaba como periodista.

La gente dejó de discutir si la investigación era cierta. Empezó a discutir si Valentina era confiable.

Lola Pimentel la llamó ese mismo miércoles, a la tarde.

—Vi lo que le están haciendo —dijo, sin preámbulo.

—Sí —dijo Valentina.

—¿Va a seguir?

—Sí.

—Bien. —Una pausa breve—. Yo quería decirle que encontramos dos fosas nuevas esta semana. En Chihuahua. No son más, son del grupo de Juárez. Pero las documentamos juntas. ¿Le interesa?

Valentina sintió algo que no era exactamente alivio pero que se le parecía: la sensación de que mientras hubiera algo concreto que documentar, la campaña contra ella era ruido que podía tolerarse.

—Sí me interesa —dijo—. Mándeme lo que tenga.

—Se lo mando esta noche. —Otra pausa—. Valentina. Lo que le están haciendo a usted es lo mismo que nos hacen a nosotras cuando encontramos una fosa. Hacen que la conversación sea sobre nosotras y no sobre los muertos. Lo hacen porque funciona. Pero funciona solo si uno se deja.

—Lo sé —dijo Valentina.

—Solo quería asegurarme de que lo sabía.

Lo que el aparato propagandístico había construido en cuatro años no era la mentira como sustituto de la verdad. Era algo más sofisticado y más difícil de dismantelar: la saturación como método. La producción de tal volumen de versiones contradictorias, acusaciones, contra narrativas y ruido que el ciudadano ordinario, que tiene trabajo y familia y no puede dedicar ocho horas diarias a verificar información, terminaba en el único lugar al que la saturación quería llevarlo: la parálisis escéptica. El punto en que la respuesta ante cualquier dato es ya saben cómo son los medios, ya saben cómo es el gobierno, quién sabe qué es verdad, mejor no opinar.

Ese punto era el objetivo. No la victoria argumentativa sino la neutralización del argumento como herramienta. Si nadie puede saber qué es verdad, nadie puede exigir nada con base en la verdad. Y si nadie puede exigir nada, el poder puede hacer lo que quiera en el espacio que la duda deja libre.

Mientras tanto, en ocho estados del país, Lola Pimentel y las otras madres buscadoras encontraron cuarenta y dos fosas en el curso de ese año. No con ayuda institucional, no con presupuesto gubernamental, no con los equipos forenses que el Estado debería haber desplegado y que estaban o sin recursos o sin instrucciones de operar en esas zonas. Las encontraron con sus propias manos, con sus propios mapas dibujados a mano, con la información que circulaba entre ellas por canales que el sistema no

controlaba porque el sistema nunca había creído necesario controlar a mujeres de sesenta años con botas de hule y libretas de espiral.

Cuando la presión mediática sobre las fosas aumentó lo suficiente para que ignorarla completamente resultara inconveniente, un diputado del bloque mayoritario tomó la palabra en una sesión ordinaria del Congreso y dijo, con la calma de quien ha calculado que puede decirlo porque nadie va a interrumpirlo, que algunas de las organizaciones de madres buscadoras operaban como fachadas de grupos criminales que usaban el dolor como cobertura para actividades de desestabilización política.

Nadie en el bloque mayoritario lo refutó. Nadie pidió la palabra para distanciarse. El diputado siguió hablando cuatro minutos más sobre otros temas y luego se sentó, y la sesión continuó con el orden del día como si nada hubiera ocurrido que mereciera un segundo de deliberación adicional.

Ibargüen vio la declaración del diputado esa noche en su camerino, en el teléfono, mientras esperaba que Fermín llegara con el guión. La vio dos veces. Luego apagó el teléfono y lo dejó boca abajo sobre el tocador.

Se miró en el espejo el tiempo que se miraba siempre entre las diez y las diez y media, con esa expresión que nadie había visto nunca y que él nunca habría podido describir exactamente. Pero esa noche, por primera vez en dos años, supo con precisión lo que era: no era culpa ni era vergüenza. Era el reconocimiento silencioso, sin testigos, de que había cruzado una línea que ya no podría descruzar, y que el hombre que lo miraba desde el espejo era el mismo hombre que había dirigido Cuadernos del Sur durante veinte años y que era, al mismo tiempo, alguien completamente distinto.

Llegó Fermín con el guión. Ibargüen lo tomó sin mirarlo.

—¿Cubrimos lo del diputado? —preguntó Fermín.

—No —dijo Ibargüen.

—¿Por qué?

—Porque no.

Fermín asintió y no preguntó más, porque conocía los límites de lo que Ibargüen estaba dispuesto a explicar y porque en dos años había aprendido que esos límites eran la única forma de saber cuánto del hombre que había sido quedaba todavía en el hombre que era.

Salió al foro a las once en punto. Las cámaras. El escritorio de madera oscura. Los ochenta militantes que aplaudían en los momentos correctos.

La hora de la verdad comenzó puntual, como siempre.

CAPÍTULO 8

"Los desaparecidos"

México. Años cinco y seis.

El Investigador se llamaba Aurelio Nájera y había pasado cuatro años construyendo, con una paciencia que sus colegas describían como monástica y que él prefería llamar metodológica, el mapa más completo que existía sobre los vínculos entre gobernadores oficialistas y organizaciones criminales en cinco estados del norte. Trabajaba solo. No tenía redacción, no tenía editor, no tenía ninguna institución que lo respaldara formalmente. Tenía un apartado postal en Culiacán, un blog con doce mil lectores, y una reputación entre los periodistas de seguridad del país que era inversamente proporcional a su visibilidad pública: todos sabían quién era, nadie lo nombraba en voz alta si podía evitarlo.

Valentina lo conoció a través de Lola Pimentel, que lo conocía a través de una de las madres buscadoras de Chihuahua, que lo conocía porque Nájera había publicado hace tres años un análisis sobre las rutas de desaparición en la sierra que era el único documento que ponía nombre a los municipios, a los funcionarios y a las organizaciones en una secuencia que ninguna fiscalía del estado había querido construir oficialmente.

La primera vez que se vieron fue en un café de Ciudad Obregón, un lugar que Nájera había elegido porque tenía salida por dos calles distintas y porque el dueño era sordo de un oído y raramente prestaba atención a las conversaciones de sus clientes. Valentina llegó primero. Nájera llegó diez minutos tarde, revisó el local antes de sentarse, y pidió agua sin mirar la carta.

—Usted es la de Tierra Firme —dijo, como confirmando algo que ya sabía pero que necesitaba verificar con sus propios ojos.

—Sí. Y usted es el que no quiere que lo nombren.

—Por ahora —dijo Nájera—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—El que necesite.

—Entonces voy directo. Llevo cuatro años documentando algo que ya no es una alianza entre el gobierno y el crimen. Es una fusión. En Caborca, en Altar, en Choix, en Mocorito, ya no hay dos estructuras de poder paralelas que negocian entre sí. Hay una sola estructura con dos caras. El alcalde de uno de esos municipios es el cuñado del jefe de plaza. El secretario de seguridad de uno de los estados del norte tiene un hermano que opera logística para una organización del Pacífico. No son datos que yo haya construido con inferencias. Son datos documentados con actas, con registros mercantiles, con fotografías de reuniones que nadie tuvo el cuidado de no tener.

Valentina escuchaba sin interrumpir, con el cuaderno cerrado sobre la mesa porque Nájera le había pedido por mensaje que no tomara notas en el primer encuentro.

—¿Por qué me lo cuenta a mí? —preguntó cuando él hizo una pausa.

—Porque si a mí me ocurre algo —dijo Nájera, con la calma específica de quien ha pensado esa frase muchas veces y ha dejado de sentir su peso—

alguien tiene que saber dónde están los documentos y qué hacer con ellos. Y usted tiene el perfil correcto: es lo suficientemente conocida para que publicarlo tenga impacto y lo suficientemente terca para no guardarlo.

—¿Lo suficientemente terca?

—Es un elogio —dijo Nájera, y por primera vez en la conversación algo en su expresión se relajó un milímetro.

Se vieron seis veces en seis meses, siempre en lugares distintos, siempre con una semana de antelación mínima para que Nájera pudiera verificar que el entorno era seguro. En cada encuentro le pasaba algo: una carpeta, un USB encriptado, un sobre con coordenadas y nombres. Valentina construía con esos materiales una comprensión del mapa que Nájera había trazado y que ella replicaba en su propio sistema, en un servidor externo que Rocío administraba desde un lugar que ninguna de las dos mencionaba en ningún dispositivo conectado.

El séptimo encuentro no ocurrió.

Nájera no llegó al café de Hermosillo donde habían quedado. No respondió el mensaje de Valentina a la hora convenida, ni dos horas después, ni al día siguiente. El apartado postal de Culiacán dejó de recibir correspondencia. El blog dejó de actualizarse. El número de teléfono que usaban para coordinarse, que cambiaban cada dos semanas, sonó apagado.

Un martes por la mañana, entre su casa y la panadería a la que iba todos los días, Aurelio Nájera desapareció. Su computadora, su archivo físico y sus tres teléfonos desaparecieron con él.

Valentina lo supo a las tres de la tarde del mismo martes, cuando una fuente común les confirmó que nadie lo había visto desde la mañana. Se quedó un momento sentada en su escritorio, con las manos quietas sobre el teclado y el programa de edición abierto en la pantalla mostrando un párrafo que no iba a poder terminar esa tarde.

Llamó a Rocío.

—Desapareció Nájera.

Un silencio.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Nadie sabe nada todavía.

—¿Tienes todo lo que te pasó?

—Sí. En el servidor y en dos respaldos físicos en lugares distintos.

—¿Estás bien?

—No —dijo Valentina, con la honestidad específica de quien ya no tiene energía para el protocolo—. Pero eso no cambia nada de lo que hay que hacer.

Publicó lo que tenía cuarenta y ocho horas después, sin esperar a que apareciera porque la experiencia de cuatro años le había enseñado que

esperar a que aparezcan es, en la mayoría de los casos, esperar a que aparezcan muertos. El reportaje documentaba los vínculos que Nájera había construido durante cuatro años: nombres, cargos, relaciones familiares, contratos, fotografías. Era suficiente para que dos legisladores europeos pidieran explicaciones formales al gobierno mexicano. No fue suficiente para que nadie en México fuera detenido, investigado o siquiera convocado a comparecer.

Esa noche Valentina escribió en su cuaderno, con la letra temblorosa de quien lleva demasiados días sin dormir: *"El problema no es que seamos pocos los que sabemos. El problema es que saber ya no obliga a nada."*

Los números de ese período eran, por sí solos, de una magnitud que el cerebro humano no está diseñado para procesar con la misma intensidad con que procesa una historia individual. Al cierre del quinto año del gobierno, el Registro Nacional de Personas Desaparecidas reconocía oficialmente noventa y cuatro mil personas desaparecidas acumuladas desde el inicio del sexenio, cifra que sus propios metodólogos sabían que era un subregistro porque la metodología había sido modificada tres veces en cuatro años, cada vez en una dirección que producía números más bajos. Las organizaciones civiles independientes hablaban de ciento treinta y ocho mil.

Las morgues de ocho estados operaban por encima del cien por ciento de su capacidad. En Sonora, donde Lola trabajaba, el servicio forense estatal había solicitado al gobierno federal apoyo para adquirir contenedores de refrigeración adicionales porque los que tenía ya no alcanzaban. La solicitud llevaba dieciséis meses sin respuesta. Los contenedores los habían conseguido las propias organizaciones de madres buscadoras, que habían hecho una colecta entre sus miembros y entre sus redes de apoyo en el extranjero, porque esperar al Estado para eso equivalía a dejar que los cuerpos se deterioraran hasta volverse inidentificables.

Lola fue a Hermosillo a ver a Valentina tres días después de la publicación del reportaje sobre Nájera. No porque hubiera quedado en ir. Fue porque sintió que Valentina necesitaba que alguien fuera, aunque ninguna de las dos hubiera podido articularlo de esa manera sin que sonara a algo que no eran.

Se sentaron en la sala del departamento de Valentina, que era el espacio más pequeño y más desordenado que Lola había visto en mucho tiempo, con cajas de documentos apiladas en las esquinas, un mapa de México en la pared con marcas de tres colores distintos y un significado que Lola entendió de inmediato porque ella también tenía uno, y dos tazas de café que ninguna de las dos tocó después del primer sorbo porque el café de Valentina era, objetivamente, muy malo.

—¿Cómo está usted? —preguntó Lola.

—Trabajando —dijo Valentina.

—Eso no es lo que le pregunté.

Valentina la miró un momento. Luego miró el mapa de la pared.

—Tengo miedo —dijo, que era la primera vez en dos años que usaba esa palabra en voz alta con alguien que no fuera Rocío—. No del tipo de miedo que paraliza. Del tipo que uno aprende a cargar mientras sigue trabajando. Pero miedo.

—Bien —dijo Lola.

—¿Bien?

—El miedo que no se siente es el peligroso. El que se siente todavía te cuida.

Valentina asintió. Miró las tazas de café. Las recogió, fue a la cocina, las dejó en el fregadero sin lavarlas y volvió.

—¿Cómo lo hace usted? —preguntó—. Cuatro años buscando. Tres años sabiendo lo que encontró. ¿Cómo sigue?

Lola tardó en responder. No porque no tuviera respuesta sino porque la que tenía era la que siempre daba y ya no estaba segura de que fuera suficientemente honesta.

—Al principio sigue uno porque no puede no seguir. Después porque ya empezó y parar a la mitad sería peor que no haber empezado. Y después de eso —hizo una pausa— ya no recuerdo exactamente por qué sigo. Supongo que porque es lo que sé hacer. Y porque los muertos no tienen quien más los busque.

—¿No se cansa?

—Siempre. —Lola lo dijo sin drama, como un dato—. Pero el cansancio y el seguir no son lo mismo. Pueden existir los dos al mismo tiempo.

Valentina la miró con algo que Lola reconoció porque se lo habían puesto muchas veces: no exactamente admiración, sino la especie de asombro quieto que produce ver a alguien que ha llevado más peso del que uno podría y que de alguna manera no se ha roto todavía.

—Necesito pedirle algo —dijo Valentina.

—Dígame.

—Si a mí me ocurre algo. Como a Nájera. ¿Puede usted ser la persona que sabe dónde están los documentos?

Lola no respondió de inmediato. Miró el mapa de la pared, las marcas de tres colores, y pensó en su propio mapa en el bolsillo del chaleco, en los nombres que llevaba escritos en la libreta de espiral, en las personas que tenían copias de sus registros porque ella también había aprendido hace tiempo que los documentos que existen en un solo lugar son documentos que pueden desaparecer.

—Sí —dijo finalmente—. Puede pedírmelo.

—¿Y si le ocurre algo a usted también?

—Entonces —dijo Lola, con una calma que no era indiferencia sino la forma que había encontrado para hablar de su propia muerte sin que le temblara la voz— hay otras que saben lo que yo sé. Eso también lo aprendemos. Que la información tiene que ser más de una persona para que sobreviva.

Valentina asintió. Fue a buscar algo al cuarto donde guardaba los documentos y volvió con un sobre manila cerrado que puso sobre la mesa entre las dos.

—Aquí está todo lo que tengo y las instrucciones para acceder al servidor. Si no sabe de mí en cuarenta y ocho horas, ábralo.

Lola tomó el sobre. Lo guardó en su bolso sin abrirlo, con la misma parsimonia con que había guardado tantas otras cosas que no quería tener pero que no podía no tener.

—¿Sabe lo que me da más rabia de todo esto? —dijo Valentina, cuando ya estaba de pie para acompañarla a la puerta.

—¿Qué?

—Que estamos teniendo esta conversación. Que existe la necesidad de tener esta conversación. Que en un país funcional esto sería absurdo y aquí es simplemente lo que hay que hacer.

Lola se puso el bolso al hombro.

—Sí —dijo—. A mí también me da rabia. Pero la rabia es combustible. Si uno la gasta enojándose no le queda para trabajar.

Salió. Valentina cerró la puerta y se quedó un momento apoyada contra ella, mirando el departamento, las cajas, el mapa, las tazas de café malo en el fregadero.

Luego se sentó frente a la computadora y siguió trabajando.

Mendieta recibió esa semana el informe de inteligencia sobre la desaparición de Nájera. Llegó a su despacho sin comentario adjunto, sin análisis de seguimiento, sin ninguna de las notas de contexto que normalmente acompañan los reportes sobre periodistas desaparecidos cuando el sistema todavía considera que su desaparición merece análisis. Era solo el reporte básico: nombre, fecha, última ubicación conocida, estado del caso en la fiscalía correspondiente, que era "en investigación inicial" desde hacía cuatro días y que Mendieta sabía, por experiencia acumulada en seis años de ver casos así, que permanecería en "investigación inicial" el tiempo suficiente para que el interés mediático decayera y pudiera archivarse sin que nadie preguntara demasiado.

Llamó a Curiel.

—El caso Nájera —dijo cuando Curiel respondió.

—Lo vi esta mañana —dijo Curiel.

—¿Tienes algo que no esté en el reporte oficial?

Una pausa.

—Tengo una fuente que me dice que la orden no vino de la organización directamente. Vino de arriba. De alguien con acceso a los movimientos de Nájera que no era del crimen.

Mendieta dejó pasar un segundo.

—¿Qué tan confiable es la fuente?

—Lo suficiente para que yo se lo diga. No lo suficiente para que usted lo firme.

—¿Y la carpeta?

—Lista —dijo Curiel—. Lleva dos semanas lista, general. Usted me dijo un mes. El mes pasó hace tres semanas.

Mendieta miró el reporte de Nájera sobre el escritorio. Un hombre que había pasado cuatro años construyendo un mapa. Una panadería a la que iba todos los días. Un martes por la mañana.

—Dame cuatro días más —dijo.

El silencio de Curiel duró lo suficiente para que los dos supieran lo que significaba.

—Cuatro días —repitió Curiel, sin inflexión, y colgó.

Mendieta dejó el teléfono sobre el escritorio. Miró el mapa de México enmarcado en la pared, el que le había regalado su padre cuando ingresó a la Academia. Llevaba treinta y ocho años mirando ese mapa desde distintos despachos y distintas ciudades y nunca le había parecido tan grande como esa tarde, ni tan lleno de lugares donde ocurrían cosas que él sabía y que no había podido, o no había querido, impedir.

Abrió el cajón. Sacó el diario. Escribió: *"Cuatro días. Ya no sé si se los prometí a Curiel o a mí mismo."*

CAPÍTULO 9

"La captura de la República"

Ciudad de México. Año seis. Elecciones intermedias.

La mayoría aplastante no se fabrica en una noche. Se construye durante seis años con la paciencia de quien sabe que la demolición institucional requiere tiempo y que el tiempo, si uno controla el aparato de Estado, trabaja invariablemente a su favor.

La noche de las elecciones intermedias, Marisol Andrade siguió los resultados desde su oficina del Senado junto a tres colaboradoras y una botella de agua mineral que nadie tocó. No porque hubiera sorpresa: llevaba seis semanas sabiendo, con la precisión de quien ha construido una carrera leyendo procesos electorales, que los números iban a ser malos. Los sabía malos en el sentido técnico del análisis político, que es el sentido que permite mantener una distancia funcional entre la realidad y el impacto emocional de la realidad. Lo que no había calculado del todo, a pesar de los

seis años de evidencia acumulada, era la escala. Dos tercios del Congreso. No una mayoría cómoda. Una super mayoría constitucional. El número exacto que convierte cualquier reforma, por radical que sea, en un trámite legislativo.

Cuando las pantallas confirmaron el dato final, una de sus colaboradoras, la más joven, dijo algo en voz baja que las otras no terminaron de escuchar. Marisol la miró.

—¿Qué dijo?

—Que cómo es posible —repitió la colaboradora, con la voz de quien todavía no ha aprendido a separar la indignación moral del análisis político.

—Es posible —dijo Marisol— porque llevamos seis años construyendo las condiciones para que fuera posible. Nosotros también. Todos los que estábamos en esto antes de que él llegara.

Las tres colaboradoras la miraron. Marisol recogió su saco del respaldo de la silla.

—Váyanse a casa —dijo—. Mañana empezamos a trabajar en el informe.

El informe tardó cuatro meses. Cuatrocientas páginas que documentaban la cadena completa: del financiamiento criminal a la operación electoral, de la operación electoral a la composición del Congreso, del Congreso a las reformas constitucionales que blindaban todo lo anterior. Marisol lo redactó en su mayor parte ella misma, de madrugada, con el rigor específico de quien ha pasado treinta años como jueza federal y que sabe que la diferencia entre una acusación y una prueba no es filosófica sino procesal, y que una acusación sin prueba le hace más daño a la verdad que el silencio.

Presentó el informe ante el pleno del Senado un jueves de octubre. Habló cuarenta minutos sin notas, sin apoyo visual, sin el lenguaje performativo de quien busca el aplauso. Habló con la sintaxis de los expedientes judiciales: esto ocurrió aquí, esto lo documenta esta fuente, esta fuente es verificable por estos medios. Cuando terminó, el bloque mayoritario aplaudió. No un aplauso largo ni entusiasta: el aplauso breve y cortés de quien demuestra que ha escuchado sin que eso implique que va a hacer algo con lo que escuchó.

Era la forma más brutal de humillación disponible en un recinto parlamentario: el aplauso que dice gracias por hablar sin que importe lo que dijiste.

Valentina Cruzalta cubrió la sesión desde la tribuna de prensa. Publicó una nota de dos mil palabras esa tarde. A las once de la noche le mandó un mensaje a Marisol, a quien conocía desde hacía tres años por el circuito de fuentes que ambas frecuentaban sin haberse sentado nunca a hablar de otra cosa que no fueran datos y documentos.

El mensaje decía: *"¿Puede hablar?"*

Marisol respondió veinte minutos después: *"Venga mañana a las siete de la mañana. Antes de que empiece el día."*

Se vieron en el despacho de Marisol en el Senado, con café que Marisol había preparado ella misma en una cafetera pequeña que guardaba en el cajón inferior del escritorio porque el café de la cafetería institucional, decía, era la única cosa en ese edificio que podía afirmar con certeza que no había sido adulterada con ningún propósito político.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Valentina, con el cuaderno abierto.

—Guarde el cuaderno —dijo Marisol.

Valentina lo cerró.

—¿Qué va a pasar ahora? —repitió, sin el cuaderno.

Marisol bebió el café. Miró por la ventana el patio interior del Senado, donde un jardinero barría hojas con una parsimonia que hacía pensar que llevaba horas haciéndolo y que planeaba seguir horas más.

—Van a reformar el Poder Judicial en los próximos tres meses —dijo—. No porque tengan prisa. Sino porque ahora pueden y porque cada mes que pasa sin hacerlo es un mes en que algún juez podría obstaculizar algo que necesitan que no se obstaculice.

—¿Y la oposición?

—La oposición. —Marisol dejó la taza sobre el escritorio con un cuidado que no era delicadeza sino la forma que tenía de comprar un segundo antes de decir algo que sabía que iba a costar—. La oposición va a denunciar. Va a presentar recursos. Va a solicitar audiencias internacionales. Va a hacer todo lo que se hace cuando ya no tienes herramientas reales y lo único que te queda es el registro histórico de haber dicho que estabas en desacuerdo.

—¿Y usted?

—Yo también. —Lo dijo sin ironía, con la honestidad plana de quien ha llegado a un punto de claridad que ya no necesita adornos—. Yo también voy a denunciar y a presentar recursos y a solicitar audiencias. Y también voy a saber, mientras lo hago, que no va a cambiar nada en el corto plazo.

—¿Por qué lo hace entonces?

Marisol la miró.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Y porque el registro histórico importa aunque no cambie nada hoy. —Hizo una pausa—. Y porque si dejo de hacerlo, lo que hice antes pierde sentido retroactivamente. Y yo no puedo permitirme eso.

Valentina la miró un momento sin decir nada. Luego preguntó lo que había querido preguntar desde que entró:

—¿Cree que se puede revertir?

Marisol tardó en responder más de lo que Valentina esperaba.

—No en esta generación —dijo finalmente—. Las instituciones que están destruyendo tardaron décadas en construirse. Lo que venga después de esto, si viene algo, va a tardar lo mismo en reconstruirse. Y eso asumiendo

que la gente que viene después tenga la voluntad y la memoria para hacerlo, que es la parte que más me preocupa. La voluntad se puede cultivar. La memoria es más frágil.

—¿Y mientras?

—Mientras documentamos. Mientras protestamos. Mientras construimos el expediente que algún día alguien va a necesitar para reconstruir. —Recogió la taza vacía—. ¿Quiere más café?

—Sí, gracias.

Marisol llenó las dos tazas. Cuando se sentó de nuevo, su expresión había cambiado ligeramente, como si la pregunta siguiente que tenía costara más que las anteriores.

—Valentina. Lo que le voy a decir no es para publicar.

—Entendido.

—El problema de la oposición —dijo Marisol, con la voz baja de quien dice en voz alta por primera vez algo que ha pensado durante mucho tiempo— no es que llegamos tarde al diagnóstico. El problema es que nos pagaron bien por no diagnosticar. Todos los que estábamos en esto antes de él. Cobramos sueldos del sistema. Nos legitimamos en el sistema. Usamos el sistema para construir nuestras carreras. Y cuando el sistema fue capturado por completo, descubrimos que no teníamos autoridad moral para liderarlo en contra de sí mismo porque éramos parte de él.

Valentina no respondió. No porque no tuviera qué decir sino porque entendió que esa frase no pedía respuesta. Pedía ser escuchada.

—¿Por qué me lo dice a mí? —preguntó después de un momento.

—Porque usted no era parte del sistema —dijo Marisol—. Y porque si alguien tiene que saber que los que veníamos de adentro también fallamos, más vale que sea alguien que pueda escribirlo algún día.

—¿Cuándo?

—Cuando sea el momento. Usted sabrá.

La reforma judicial llegó puntual, tres meses después de las elecciones, con el lenguaje que el gobierno había perfeccionado para convertir la demolición institucional en un acto de virtud popular: "democratización de la justicia", "jueces del pueblo", "fin del poder de las élites togadas". La elección popular de ministros, magistrados y jueces fue presentada como el avance democrático más significativo en la historia reciente del país. Los analistas que señalaron que ningún sistema jurídico funcional en el mundo elige a sus jueces por voto popular fueron incorporados al repertorio habitual del aparato digital: expertos al servicio de los intereses que el pueblo acaba de derrotar.

Los jueces que en los años anteriores habían frenado o condicionado proyectos del ejecutivo fueron los primeros en no sobrevivir el proceso de selección. Sus reemplazos tenían, en una proporción que ningún análisis

independiente podía ignorar, vínculos familiares, profesionales o financieros con el partido gobernante. No todos. Los suficientes.

Los organismos autónomos cayeron en el semestre siguiente. El Instituto de Transparencia, que administraba el acceso a la información pública, fue disuelto "para racionalizar el gasto". La Comisión de Competencia Económica, que regulaba los monopolios, fue absorbida por una secretaría de Estado cuyos titulares cambiaban cada año y que nunca tenía presupuesto suficiente para operar. El Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social, que medía la pobreza con metodologías independientes, fue reemplazado por una dirección interna del gobierno cuyos datos, a partir de entonces, mostraban reducciones consistentes de la pobreza en todos los indicadores, con independencia de lo que el resto de la evidencia disponible sugiriera.

La ironía era completa y nadie la nombraba: los órganos diseñados para vigilar al gobierno habían sido destruidos con el dinero que el gobierno obtenía de los contribuyentes a quienes ya no podía rendir cuentas, porque los órganos que hubieran exigido esa rendición de cuentas ya no existían.

Mendieta siguió todo esto desde su despacho con la atención de quien lleva seis años tomando nota de cada pieza que cae sin haber movido todavía la suya. La promesa de cuatro días que le había hecho a Curiel hacía tres meses. La carpeta en la caja fuerte. El diario en el cajón con llave. Convocó a Curiel una tarde de noviembre, en el despacho, sin protocolos, sin el estacionamiento del Club Militar.

—Siéntate —le dijo cuando Curiel entró.

Curiel se sentó. Esperó.

—Ya no es un mes ni cuatro días —dijo Mendieta—. Quiero que actualices la carpeta con todo lo que ha ocurrido desde septiembre. Judicial, organismos autónomos, lo que tengas sobre el proceso electoral. Y quiero que construyas un segundo juego de respaldos en un lugar que no sea tu casa ni ningún lugar que yo conozca.

Curiel lo miraba con una expresión que Mendieta no supo descifrar del todo: no era alivio exactamente, ni era confianza. Era algo más parecido al reconocimiento cauteloso de quien ha esperado demasiado tiempo una señal y cuando llega no está completamente seguro de poder confiar en ella.

—¿Cuándo? —preguntó Curiel.

—Treinta días. Y esta vez es una fecha, no una intención.

—¿Y después de los treinta días?

Mendieta miró el mapa de México en la pared.

—Después de los treinta días decidimos qué hacemos con lo que tenemos. Juntos. Sin más aplazamientos.

Curiel asintió. Se levantó. En la puerta se detuvo un momento, como había hecho en el estacionamiento del Club Militar meses atrás.

—General —dijo, sin voltearse—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Pregunta.

—¿Qué cambió?

Mendieta tardó en responder. Miró el mapa. Pensó en Nájera, en la panadería, en el martes por la mañana. Pensó en Bracamontes llamando de noche para confesar lo que había hecho y necesitar que alguien más lo supiera para poder seguir haciéndolo. Pensó en los cuarenta y siete años que sumaban la carpeta de Curiel y los meses que habían pasado desde entonces.

—Que el sistema ya terminó de construirse —dijo—. Y que esperar a que se construyera para tener el panorama completo fue una justificación que ya no me sirve.

Curiel salió sin decir nada más. Mendieta se quedó solo en el despacho, mirando el mapa hasta que la luz del atardecer que entraba por la ventana cambió de ángulo y lo dejó en sombra.

CAPÍTULO 10

"La legalidad del miedo"

México. Año siete.

El sobre llegó un miércoles por la noche, deslizado por debajo de la puerta del departamento de Valentina en Tampico, sin remitente, sin sello postal, sin ninguna marca que indicara su origen. Valentina lo encontró cuando volvió a las once de trabajar en la redacción portátil que había instalado en el café de la esquina porque su conexión a internet llevaba tres días fallando y la empresa de telecomunicaciones no respondía las llamadas, que era o una coincidencia o exactamente lo que parecía.

Abrió el sobre en la cocina, con las llaves todavía en la mano. Adentro había una carpeta de investigación fiscal con su nombre en la carátula, el nombre de Tierra Firme, el de Rocío Delvalle como directora del medio, el de cuatro fuentes que Valentina reconoció de inmediato como las más sensibles de su red de contactos —personas cuya identidad nunca había publicado, cuya relación con ella existía solo en canales encriptados y en la memoria de ambas partes— y el de tres anunciantes que sostenían económicamente la publicación.

Era un documento oficial. Tenía membrete de la Unidad de Inteligencia Financiera. Tenía número de expediente. Tenía fecha de apertura: seis semanas atrás. Alguien había iniciado una investigación fiscal sobre ella y sobre su entorno seis semanas antes de que ella lo supiera, y alguien distinto había decidido que ella necesitaba saberlo, y ese segundo alguien

había deslizado el sobre por debajo de su puerta a una hora en que sabía que no estaría en casa.

Al fondo de la carpeta había una hoja sin membrete con una sola línea manuscrita: *"Por si sirve de algo saber lo que saben de ti."*

No había firma. No había forma de rastrear la fuente. Valentina leyó la frase dos veces, luego guardó todo en el sobre, puso el sobre en el cajón donde guardaba los documentos más sensibles y llamó a Rocío.

—¿Estás dormida?

—Estaba. ¿Qué pasó?

—Llegó algo. Necesito que mañana a primera hora actives el protocolo de respaldo completo. Todo. Fuentes, finanzas, contratos con anunciantes.

—¿Qué tan urgente?

—Urgente como para que te llame a las once de la noche.

Una pausa.

—¿Estás bien?

—Estoy pensando —dijo Valentina—. Que es distinto de estar bien pero que es lo que puedo hacer ahora mismo.

Lo que el sobre confirmaba no era nuevo en su contenido sino en su forma. Valentina sabía desde hacía meses que el aparato fiscal del gobierno podía usarse como herramienta política: lo había visto con el constructor de Guadalajara, lo había documentado en al menos tres casos más durante el año anterior. Lo que el sobre le decía era que ese aparato ya estaba en movimiento en su dirección, y que alguien adentro del sistema —alguien con acceso al expediente, con acceso a su domicilio, con suficiente distancia moral de lo que el sistema hacía como para querer que ella lo supiera— había decidido avisarle.

No supo nunca quién. Lo pensó durante meses, revisó la lista de personas que podían haber tenido acceso a ese expediente y que podían haber tenido un motivo para avisarle, y siempre llegaba a la misma conclusión incómoda: que en ese sistema había más gente de la que parecía que todavía no estaba completamente adentro, y que esa gente operaba en silencio, sin coordinación entre sí, sin ninguna organización que los sostuviera, movida solo por algo que en otro contexto se habría llamado conciencia y que en este contexto era simplemente el límite personal que cada quien había encontrado y que el sistema no había podido todavía disolver del todo.

Brígido Toscano encontró su propio límite ese mismo mes, aunque de manera completamente distinta.

La llamada llegó de Ancira, a las ocho de la mañana, con el tono de quien lleva horas preparando lo que va a decir y que aun así no encuentra la manera de decirlo sin que duela.

—Brígido. Necesito verte hoy.

—¿Qué pasó?

—No por teléfono.

Se vieron a mediodía en el mismo despacho de Santa Fe donde habían tenido la conversación dos años atrás, con la vista sobre el bosque gris y el café que esta vez ninguno pidió. Ancira puso sobre la mesa una notificación oficial de la Secretaría de Hacienda dirigida a Manufacturas del Norte S.A. de C.V., que era la empresa principal del competidor más directo de Toscano en el ramo textil, un hombre llamado Ernesto Villarreal que había recorrido exactamente el mismo camino que Toscano: la resistencia inicial, las concesiones graduales, la subordinación final.

—Auditoría retroactiva de doce años —dijo Ancira—. Y esto. —Puso una segunda hoja junto a la primera: una resolución provisional que congelaba las cuentas de inversión de Manufacturas del Norte durante el período de la auditoría.

Toscano leyó los dos documentos. Los leyó despacio, con la atención de quien busca el detalle que le dirá si lo que ve es lo que parece o si hay algo que se le escapa.

—¿Cuándo encontró irregularidades? —preguntó.

—No han encontrado nada todavía —dijo Ancira—. La auditoría acaba de abrirse. El congelamiento es "preventivo".

—Preventivo de qué.

—De nada específico. Esa es la figura: se congela de manera preventiva mientras dura la auditoría. Y la auditoría puede durar lo que el auditor decida que dura.

—¿Y Villarreal?

—Villarreal está intentando negociar. A través de los mismos canales que tú usaste hace dos años. Y a través de otros que yo no conozco y que prefiero no conocer.

Toscano puso los documentos sobre la mesa y los miró sin tocarlos, como si la distancia física fuera una forma de mantener la distancia mental necesaria para pensar con claridad.

—¿Por qué le están haciendo esto a Villarreal? —preguntó—. Él hizo todo lo que le pidieron. Igual que yo.

—Por eso mismo —dijo Ancira—. Porque ya no necesitan que lo haga. Porque hay alguien más que está dispuesto a hacer lo mismo con menos condiciones. O porque alguien en el sistema decidió que el control de su empresa vale más que su cooperación. No lo sé exactamente. Pero el patrón es claro.

—¿Cuál es el patrón?

—Que el sistema no premia la lealtad, Brígido. La usa. Y cuando ya la usó, o cuando alguien más la ofrece más barata, la descarta.

Toscano se levantó. Fue a la ventana. El bosque gris seguía ahí, igual que dos años atrás, con la misma indiferencia.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó, sin voltearse.

—No lo sé. Puede ser que nunca te llegue. Puede ser que ya estén construyendo algo parecido para ti y que lo sepamos en seis meses.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

Ancira tardó.

—En tu lugar —dijo— empezaría a diversificar fuera del país. Discretamente. Con tiempo. Sin que parezca una huida porque las huidas aceleran lo que intentan evitar.

Toscano volvió a la mesa. Recogió los documentos de Villarreal y los devolvió a Ancira.

—Guárdalos —dijo—. Y empieza a pensar en cómo se hace lo que acabas de decir sin que parezca lo que es.

Salió sin terminar la frase, que era su forma de decir que la conversación había terminado y que lo que seguía ya no necesitaba palabras.

Lo que Toscano había comprendido ese día —con el frío específico de quien entiende algo tarde y sabe que entenderlo tarde no le devuelve nada de lo que ya pagó— era que había pasado dos años construyendo una relación con un sistema que no tenía relaciones. Tenía usos. Y los usos se agotan.

En el año siete, con el Congreso, los tribunales y las Fuerzas Armadas completamente articulados al proyecto del presidente, el régimen había alcanzado algo que ninguna democracia debería poder alcanzar y que sin embargo había alcanzado con las herramientas de la propia democracia: la capacidad de hacer legal lo arbitrario. No necesitaba violar las formas. Las formas eran suyas. Las órdenes de aprehensión las firmaban jueces. Los cargos los formulaban fiscales. Las audiencias las presidían magistrados. El procedimiento era impecable. Solo el contenido era fabricado. Y la distinción entre el Estado de derecho y su simulación perfecta había desaparecido en la práctica, aunque siguiera existiendo en el texto de los artículos constitucionales que nadie había derogado formalmente.

Gustavo Pedraza, que seguía siendo el secretario particular del presidente después de siete años y que había desarrollado en ese tiempo una capacidad para la compartimentación mental que él mismo encontraba inquietante cuando se detenía a examinarla, fue convocado a una reunión en la que el presidente le informó, con la naturalidad de quien anuncia el menú del día, que había decidido que era tiempo de "ordenar" el espacio mediático.

—¿Qué significa ordenar? —preguntó Pedraza.

—Significa que hay medios que llevan años financiados por intereses que no son del pueblo y que ya es momento de que eso cambie.

—¿Qué medios?

El presidente le pasó una lista. Eran ocho. Pedraza la leyó. Reconoció todos los nombres. Tierra Firme estaba en el cuarto lugar.

—¿Cómo quiere hacerlo? —preguntó, con la voz que había aprendido a usar para las preguntas cuya respuesta ya conocía y que hacía de todas formas porque no hacerlas era peor.

—Con las herramientas que tenemos. Fiscal, regulatorio, lo que haga falta. Nada ilegal. Todo dentro de la ley.

—Todo dentro de la ley —repitió Pedraza.

—¿Algún problema?

Pedraza miró la lista. Miró al presidente. Pensó, no por primera vez en siete años, en la distancia entre el hombre que había bajado de la camioneta blanca en Tlapa de Comonfort y la conversación que estaba teniendo en ese momento. Pensó que esa distancia no era un cambio. Era una revelación progresiva de algo que siempre había estado ahí.

—Ningún problema —dijo.

Guardó la lista. Salió del despacho. En el corredor se detuvo un momento, apoyó la mano contra la pared con la frialdad del mármol y se quedó quieto durante tres segundos exactos, que era el tiempo que se permitía para cualquier cosa que no fuera su trabajo.

Luego siguió caminando.

Esa noche Mendieta anotó en su diario, después de leer el informe de inteligencia sobre las nuevas directrices para el "ordenamiento mediático": *"El sistema terminó de construirse. Ya no hay piezas sueltas. Ya no hay márgenes. La pregunta ya no es cuándo sino si todavía sirve de algo."*

Cerró el diario. Sacó el teléfono. Marcó el número de Curiel.

—Los treinta días —dijo cuando Curiel respondió.

—Quedan doce —dijo Curiel.

—Bien. Cuando terminen, nos vemos. Y esta vez no aplazamos nada.

Colgó. Miró el teléfono un momento. Lo dejó sobre el escritorio y apagó la luz.

Afuera, en el México del año siete, la población vivía atrapada entre dos estados que no son opuestos sino complementarios: el miedo de los que saben y el cansancio de los que ya no quieren saber. Los primeros no podían parar. Los segundos no podían empezar. Y en el espacio entre unos y otros, el sistema seguía funcionando con la eficiencia específica de lo que no necesita ya convencer a nadie de nada.

Lola Pimentel salió ese mes con su grupo de búsqueda a una zona de la sierra de Sonora que una fuente anónima había señalado en un mensaje de dos líneas, sin nombre, sin contexto, con solo las coordenadas y la frase: "busquen en el arroyo seco, lado norte". Era el tipo de mensaje que recibían con una frecuencia que habría sido esperanzadora si no fuera porque cada

mensaje así era también la confirmación de que alguien sabía y que ese alguien no podía decirlo por otro medio que un mensaje sin firma a una organización de madres buscadoras.

Encontraron tres fosas en dos días. Ninguna correspondía a personas en su lista de búsqueda. Eso también era parte de lo que había aprendido en cuatro años: que encontrar no siempre significaba encontrar a los propios. Significaba encontrar a los de alguien más, y eso también contaba, también era parte del trabajo, porque los muertos anónimos son los más vulnerables de todos: los que no tienen a nadie buscándolos específicamente y que por eso dependen de que alguien los encuentre de paso.

Esa noche, desde la tienda de campaña que habían instalado a tres kilómetros del arroyo, Lola le mandó un mensaje a Valentina. No sobre las fosas. Sobre el sobre que Valentina le había contado una semana antes.

—¿Activó los respaldos? —escribió.

—Sí —respondió Valentina.

—¿El sobre está en un lugar seguro?

—Sí.

—Bien —escribió Lola—. Siga trabajando. Eso es lo único que no pueden quitarle mientras usted decida no dejárselos quitar.

Valentina leyó el mensaje, lo guardó en la carpeta donde guardaba las cosas que necesitaba releer cuando el trabajo se ponía demasiado pesado, y siguió trabajando.

CAPÍTULO 11

"La frontera observa"

Washington D.C., Ciudad de México. Años siete y ocho.

El analista se llamaba Richard Howell y llevaba diecinueve años en la División de Análisis del Hemisferio Occidental de la CIA, que era el tipo de trayectoria que en esa agencia significa que uno no ha cometido errores suficientemente visibles como para ser removido y ha producido suficiente trabajo útil como para ser conservado, pero que no ha ascendido lo suficiente como para tener que comprometer sus conclusiones antes de firmarlas. Era, en el vocabulario interno de la inteligencia americana, un analista de carrera: valioso precisamente porque nadie lo había corrompido todavía con demasiado poder o demasiado miedo.

El informe que había redactado durante ocho meses, con la colaboración de cuatro colegas de la DEA y dos del Departamento de Estado, ocupaba ciento cuarenta y dos páginas y llegaba a una conclusión que ninguno de sus superiores inmediatos quería firmar con su nombre porque las implicaciones de firmarla eran demasiado grandes para el presupuesto político disponible en ese momento: el gobierno mexicano no había perdido el control territorial frente al crimen organizado. Había llegado a un acuerdo

con él. Y ese acuerdo no era la corrupción ordinaria de las policías locales ni la infiltración gradual de instituciones que siempre existe en los estados de tránsito. Era un acuerdo estructural, negociado al nivel más alto, con consecuencias operativas verificables en cinco regiones del país.

Howell presentó el informe a su supervisora directa, una mujer de cincuenta y tres años que llevaba doce en el cargo y que tenía la capacidad, desarrollada a fuerza de presentar cosas difíciles a personas que no quieren escucharlas, de recibir información devastadora sin que su expresión revelara nada de lo que estaba pensando.

—¿Qué nivel de confianza tiene el análisis? —preguntó ella, sin levantar la vista del documento.

—Alto en los vínculos electorales. Muy alto en los patrones de no intervención territorial. Moderado en la participación directa de mandos militares, porque ahí las fuentes son más escasas.

—¿Cuántas fuentes humanas?

—Siete activas. Tres de ellas con acceso directo a niveles de toma de decisión.

Ella pasó tres páginas en silencio.

—¿Sabes lo que implica si esto es correcto?

—Sí —dijo Howell.

—¿Y si esto sale antes de que estemos listos para manejarlo políticamente?

—También lo sé. Por eso tardé ocho meses en tenerlo listo antes de presentarlo.

Ella cerró el informe. Lo miró desde afuera, como si la portada pudiera decirle algo que el contenido no había dicho todavía.

—Voy a llevarlo arriba —dijo—. Pero quiero que sepas que llevarlo arriba no significa que vaya a producir una política. Significa que va a producir una conversación. Y las conversaciones en este edificio pueden durar años.

—Lo sé —dijo Howell.

—¿Y aun así?

—Aun así —dijo—. Porque si no lo presento, dentro de dos años alguien va a presentar exactamente esto con mi nombre en los antecedentes y la pregunta de por qué lo guardé.

Ella asintió. Guardó el informe en su cajón y lo cerró con llave, que era en ese edificio la señal de que la conversación había terminado y que lo que seguía no era de su nivel.

La conversación que siguió duró, como ella había anticipado, más de un año. Subió por la jerarquía con la lentitud de los documentos que generan incomodidad en cada escalón: cada persona que lo leía lo pasaba al siguiente con la misma nota tácita de no quiero ser yo quien decida qué hacer con esto. Llegó al nivel donde las decisiones tienen consecuencias de

política exterior en el mes décimo, cuando ya tres eventos independientes habían cambiado el cálculo político disponible.

El primero fue el informe conjunto de tres senadores americanos de origen hispano, dos demócratas y uno republicano, que habían obtenido por canales propios una versión parcial de la documentación que Howell había compilado y la habían publicado con sus nombres, que era exactamente la clase de movimiento que la agencia no podía ignorar porque ignorarlo implicaba que el Congreso sabía más que la inteligencia, que era la narrativa más dañina disponible en ese edificio.

El segundo fue una serie de atentados en tres ciudades fronterizas en un período de seis semanas que dejó diecisiete ciudadanos americanos muertos, con vínculos directos a una organización del noreste que figuraba en los archivos de la DEA como protegida por acuerdos de no intervención con el gobierno mexicano.

El tercero fue la crisis del fentanilo, que había alcanzado en ese año ciento ocho mil muertes anuales en territorio americano, con cadenas de distribución que los análisis de la DEA trazaban invariablemente hasta laboratorios en cuatro estados mexicanos cuyas operaciones no habían sido tocadas por ninguna operación federal en dieciocho meses.

El embajador americano en México recibió instrucciones de solicitar una reunión de urgencia con la Cancillería. La reunión se celebró en una sala del edificio de Relaciones Exteriores que tenía la temperatura de los espacios donde el aire acondicionado se usa como herramienta de negociación: demasiado frío para estar cómodo, lo suficientemente tolerable para no poder quejarse.

El subsecretario de Relaciones Exteriores que recibió al embajador era un hombre de cuarenta y ocho años que había estudiado relaciones internacionales en París y que tenía la fluidez específica de quien ha aprendido a hablar de cosas muy serias con el tono de quien habla de cosas sin importancia.

—Entendemos la preocupación del gobierno americano —dijo, con una cordialidad que era en sí misma una posición política—. Y compartimos el compromiso de enfrentar el problema del fentanilo con toda la energía institucional disponible.

—El compromiso —dijo el embajador, con la paciencia de quien ha escuchado esa frase demasiadas veces para encontrarla satisfactoria— no está en cuestión. Lo que está en cuestión son los resultados. Las operaciones que su gobierno ha realizado en los últimos dieciocho meses han producido un número de detenciones que ningún análisis independiente puede reconciliar con el nivel de actividad de las organizaciones en cuestión.

—Las operaciones de seguridad tienen sus tiempos y sus lógicas —dijo el subsecretario—. No siempre es posible comunicar los avances en tiempo real sin comprometer las investigaciones.

—Entiendo eso perfectamente —dijo el embajador—. Lo que no entiendo es que tres laboratorios identificados por nuestra DEA hace catorce meses sigan operando en los mismos lugares con los mismos volúmenes de producción.

Un silencio breve. El subsecretario bebió agua.

—Eso es información que vamos a revisar con nuestros propios equipos —dijo.

—Bien —dijo el embajador—. Porque si no la revisamos juntos y con resultados verificables en los próximos sesenta días, el debate en el Congreso americano va a volverse muy difícil de manejar para ambos gobiernos.

Era la manera diplomática de decir lo que el embajador no podía decir directamente: que había una propuesta legislativa en el Senado americano para clasificar al partido gobernante mexicano como estructura asociada al narcoterrorismo transnacional, que la propuesta tenía veintisiete patrocinadores, que dieciséis meses antes tenía cuatro, y que la trayectoria de ese número era la señal más clara disponible de hacia dónde se movía la política americana.

El subsecretario lo entendió perfectamente. Lo entendió y no dijo nada que indicara que lo entendía, que era la respuesta correcta para un hombre en su posición: confirmar que la amenaza había sido recibida sin darle el peso de una respuesta directa que pudiera ser citada.

La reunión terminó con la cortesía impecable de los encuentros donde nada se resuelve y ambas partes saben exactamente qué pasó.

Esa tarde, Pedraza entró al despacho del presidente con el reporte del encuentro en Cancillería. Legorreta lo leyó, o lo miró: era difícil distinguir entre ambas cosas cuando el documento contenía más de dos páginas.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Quieren resultados verificables en sesenta días sobre los laboratorios del noreste —dijo Pedraza.

—¿Resultados de qué tipo?

—Detenciones. Decomisos. Operaciones visibles.

—¿Y qué pasa si no los producimos?

—El debate en el Congreso americano se acelera.

Legorreta dejó el reporte sobre el escritorio. Se recostó en la silla con la calma de quien no termina de entender la magnitud de lo que tiene enfrente o que la entiende y ha decidido que entenderla no cambia lo que va a hacer.

—Llame a los gobernadores del noreste —dijo—. Que hagan algo vistoso. Decomisos, arrestos de gente que ya no sirva de nada. Que haya cámaras.

—¿Y los laboratorios?

—Los laboratorios —dijo Legorreta, con la convicción de quien enuncia algo que para él es una verdad evidente— llevan ahí mucho tiempo. No los vamos a tocar nosotros solos. Los gringos tienen que entender que esto es un problema de los dos lados.

Pedraza asintió. Recogió el reporte. En la puerta se detuvo.

—Señor presidente. Si la propuesta legislativa avanza en el Senado americano, las consecuencias para el sistema financiero van a ser inmediatas. Los bancos corresponsales...

—Eso no va a pasar —dijo Legorreta, con la serenidad específica de quien cree lo que dice porque no tiene los instrumentos para no creerlo—. Los gringos siempre hacen ruido. Pero al final entienden lo que les conviene.

Era, pensó Pedraza mientras cerraba la puerta, la misma frase que Legorreta había dicho en la hacienda El Encinal, siete años atrás, cuando El Compadre le preguntó por los gringos y él respondió con la convicción de quien no tiene ningún análisis pero tiene certeza absoluta. Siete años después la frase era idéntica. Lo que había cambiado era todo lo que rodeaba la frase.

Cuando la noticia de la propuesta legislativa se filtró a la prensa mexicana, Legorreta convocó una conferencia matutina que duró dos horas y cuarenta minutos. Habló de soberanía nacional, de la historia del intervencionismo americano en América Latina, de la dignidad del pueblo mexicano que no se dejaba amedrentar por presiones externas, de los cuarenta años de complicidad entre gobiernos corruptos y los intereses del norte, de la transformación histórica que por primera vez ponía a México en condiciones de decirle no a quien fuera. Habló con la elocuencia que solo produce la convicción genuina: sin titubeos, sin los silencios del que construye el argumento mientras habla, con la fluidez de quien dice lo que cree con todo lo que tiene.

La conferencia fue extraordinaria en su forma. No resolvió nada en su fondo. Pero eso también era parte de lo que hacía tan difícil de enfrentar: que las mejores actuaciones de Legorreta eran las que producía cuando las cosas se ponían peor, como si la presión externa activara en él algo que el gobierno ordinario mantenía dormido.

Mendieta vio la conferencia desde su despacho en la Sedena, con el volumen bajo y los papeles de Curiel abiertos sobre el escritorio. Quedaban cuatro días para el plazo que se había fijado. Miró al presidente en la pantalla hablando de soberanía y dignidad, y pensó que era posible que Legorreta creyera cada sílaba, que probablemente la creía, y que eso era exactamente lo que hacía la situación tan difícil de resolver: que el hombre que había construido todo esto no tenía la conciencia de haberlo construido, y que por lo tanto nunca iba a desarmarlo voluntariamente porque nunca iba a reconocer que existía.

Apagó la pantalla. Miró los papeles de Curiel. Tomó el teléfono.

—Quedan cuatro días —le dijo cuando Curiel respondió.

—Lo sé, general.

—¿Está todo listo?

—Todo.

—Entonces el lunes nos vemos. Y esta vez lo que decidamos ese día es lo que hacemos. Sin más tiempo.

Curiel no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz tenía algo que Mendieta no le había escuchado antes en dos años de conversaciones clandestinas sobre la carpeta: algo que se parecía, sin ser exactamente eso, a la esperanza.

—El lunes —dijo Curiel.

—El lunes —confirmó Mendieta, y colgó.

CAPÍTULO 12

"La denuncia"

Ciudad de México, Nueva York, La Haya. Año ocho.

El exjuez se llamaba Ernesto Balmori y había salido de México en el cuarto año del gobierno, un martes de agosto, con dos maletas, su pasaporte y una memoria USB encriptada que guardaba en el bolsillo interior del saco en todo momento, incluso durmiendo, incluso en el aeropuerto de Benito Juárez cuando pasó el control migratorio con la calma sostenida de quien ha practicado esa calma durante semanas porque sabe que la alternativa es la expresión que delata. Había sido juez federal durante diecisiete años. Había frenado dos proyectos del ejecutivo en el año tres. En el año cuatro, una campaña de desprestigio coordinada lo acusó, sin pruebas que sobrevivieran ningún análisis serio, de vínculos con organizaciones criminales de un estado donde él nunca había tenido jurisdicción. Entendió lo que era y salió antes de que lo siguiente fuera peor.

Se instaló en Ciudad de México, en el barrio de Roma, con la identidad de consultor jurídico internacional que no era exactamente falsa porque era lo que hacía: asesorar, desde la distancia, a organizaciones de derechos humanos que documentaban lo que ocurría en México con una precisión que las instituciones mexicanas ya no podían ni querían producir.

Fue él quien, en el mes quinto de ese año, recibió el primer contacto de los tres funcionarios.

No llegaron juntos. No se conocían entre sí. Llegaron separados, por canales distintos, con un intervalo de seis semanas entre el primero y el último, y lo que tenían en común no era una coordinación previa sino el mismo punto de quiebre: habían encontrado, cada uno por su cuenta, en sus respectivas dependencias, el límite personal que el sistema no había podido disolver todavía.

El primero era un director de área en la Unidad de Inteligencia Financiera. Tenía cuarenta y dos años, dos hijos en edad escolar, una hipoteca en Coyoacán y acceso a los registros de transferencias entre cuentas vinculadas a organizaciones criminales y estructuras financieras del partido gobernante que llevaba dieciocho meses viendo sin poder hacer nada con ellos porque cada vez que intentaba abrir un expediente, el expediente era reasignado a alguien que lo cerraba antes de que tuviera historia.

El segundo era una subdirectora de la Fiscalía General que había documentado, en el año seis, la cadena de instrucciones que paralizó sistemáticamente nueve investigaciones sobre lavado de activos en cuatro estados. Tenía los correos. Tenía los memorandos. Tenía la secuencia completa de cómo una orden que nunca se daba por escrito llegaba de todas formas a los fiscales operativos con la claridad suficiente para que supieran exactamente qué debían no investigar.

El tercero era un oficial de enlace entre la Sedena y la Fiscalía que había presenciado, en el año cinco, tres reuniones donde se coordinaban operativos de seguridad que excluían deliberadamente las zonas de operación de organizaciones específicas. Tenía actas. Tenía las coordenadas de las zonas excluidas. Tenía los nombres de los mandos que habían firmado las exclusiones.

Balmori se reunió con cada uno por separado, en tres semanas distintas, en tres lugares distintos de la ciudad que tenían en común que ninguno era un café ni un restaurante ni ningún lugar donde la presencia de dos personas conversando en voz baja pudiera llamar la atención de alguien que estuviera prestando atención. Escuchó a cada uno con la concentración de quien sabe que lo que escucha va a tener consecuencias que ninguno de los dos puede calcular completamente todavía.

Después de la tercera reunión llamó a Valentina.

—Necesito que vengas a verme —le dijo.

—¿Cuándo?

—Esta semana.

—¿Qué tan importante?

—Importante como para no decirlo por teléfono.

Se vieron en el departamento de Balmori en Roma, que tenía las paredes cubiertas de expedientes organizados con la meticulosidad de quien ha pasado diecisiete años construyendo argumentos que tienen que ser irrefutables antes de existir. Balmori le explicó lo que tenía. Le explicó los tres funcionarios, los tres tipos de documentación, el período cubierto, la especificidad de las pruebas. Le explicó también lo que él mismo había traído en la USB y lo que había reconstruido durante cuatro años de trabajo desde Roma con una red de organizaciones civiles en ocho países.

Valentina lo escuchó sin interrumpir durante cuarenta minutos. Cuando Balmori terminó, se quedó un momento en silencio.

—¿Cuántas páginas en total? —preguntó.

—Si sumamos todo lo que tenemos: cerca de ciento diecisiete mil.

—¿La cadena de custodia?

—Construida con tres equipos de abogados en México, España y Argentina. Coordinada durante dieciséis meses.

—¿Por qué yo? —preguntó Valentina—. Hay medios más grandes. Con más recursos, con más protección legal.

—Porque usted lleva ocho años documentando exactamente esto desde adentro —dijo Balmori—. Porque usted conoce el contexto mejor que cualquier redacción internacional que vaya a necesitar que alguien lo explique. Y porque usted tiene algo que los medios grandes no tienen.

—¿Qué?

—Credibilidad con Lola Pimentel y con las organizaciones de madres buscadoras. Y eso va a ser más importante de lo que parece cuando esto salga, porque la primera batalla va a ser sobre quién tiene autoridad moral para decir que los documentos son reales.

Valentina pensó en el sobre deslizado bajo su puerta, en el expediente fiscal con su nombre, en los ciento cuatro capturas de pantalla ordenadas por fecha, en Nájera desapareciendo un martes por la mañana entre su casa y la panadería.

—¿Cuándo? —preguntó.

—El coordinador del consorcio propone publicación simultánea en veintidós medios en seis idiomas. Necesitamos cuatro meses más para completar la verificación independiente de los documentos del tercer funcionario.

—¿Y La Haya?

—Simultáneo con la publicación. La Fiscalía ya tiene conocimiento de que los documentos existen. Están esperando la cadena de custodia completa.

Valentina asintió. Se levantó. Fue a la ventana del departamento de Balmori que daba a la calle de Orizaba, con los jacarandas todavía en flor aunque ya era tarde para los jacarandas, y se quedó un momento mirando hacia afuera con la expresión de quien está calculando algo que no es calculable con los instrumentos ordinarios.

—Hay una cosa que necesito decirle —dijo, sin voltearse.

—Dígame.

—Si participo en esto, Tierra Firme queda expuesta de una manera que Rocío va a tener que aceptar. No puedo comprometerla sin preguntarle.

—Entendido.

—Le llamo mañana.

La conversación con Rocío ocurrió esa noche, no al día siguiente, porque Valentina entendió que esperar hasta mañana era una forma de postergación que no podía permitirse.

—Hay algo en lo que necesito tu opinión —dijo.

—¿Qué tan grande?

—El tamaño de todo lo que hemos hecho en ocho años multiplicado por algo que todavía no puedo decirte por teléfono.

Un silencio.

—¿Nos pueden cerrar? —preguntó Rocío.

—Probablemente.

—¿Nos pueden meter a la cárcel?

—No lo descartaría.

Otro silencio, más largo.

—¿Y si no lo hacemos?

—Entonces alguien más lo hace —dijo Valentina—. O nadie lo hace. Y lo que llevamos ocho años construyendo sirve para documentar lo que ocurrió pero no para cambiarlo.

—¿Cuándo necesitas la respuesta?

—Mañana.

—Llámame a las siete de la mañana —dijo Rocío—. Antes de que empiece el día.

A las siete de la mañana Rocío dijo que sí. Lo dijo con la voz de quien ha tomado una decisión que le va a costar algo importante y que la ha tomado de todas formas porque el costo de no tomarla era mayor. Valentina no le agradeció. Sabía que agradecer eso era reducirlo a una transacción.

Los cuatro meses restantes fueron los más extenuantes de los dieciséis que había durado la operación. Valentina coordinó con los equipos de verificación de cuatro países, cruzó documentos, rastreó cadenas de transferencias, verificó identidades, construyó el glosario de contexto que los medios internacionales necesitarían para entender lo que los documentos decían sobre un sistema que para ellos era apenas un nombre y unos números. Durmió cuatro horas algunas noches, tres otras, y hubo semanas en que el café de la tienda de conveniencia de la esquina era la única constante que anclaba su rutina a algo que se parecía a lo ordinario.

Lola la llamó una tarde de ese período, desde Sonora, con la voz tranquila de siempre.

—¿Cómo va lo que no me puede contar? —preguntó.

Valentina sonrió, que era una de las pocas veces en esos meses que lo había hecho.

—Va —dijo.

—¿Le queda mucho?

—Menos que antes.

—Bien —dijo Lola—. Aquí seguimos. Esta semana encontramos dos coordenadas nuevas en Chihuahua. Seguimos trabajando mientras usted trabaja.

—Lo sé —dijo Valentina—. Gracias.

—No me dé las gracias. Cuando salga lo suyo, lo que encontramos nosotras va a tener más peso. Es trabajo de los dos lados.

La publicación ocurrió un miércoles de noviembre, a las seis de la mañana hora de Ciudad de México, simultáneamente en veintidós medios en seis idiomas. Los ciento diecisiete mil páginas de documentos estaban disponibles en un servidor público con acceso irrestricto desde el primer segundo. La cadena de custodia, certificada por los tres equipos de abogados, estaba publicada como documento adjunto.

La reacción del gobierno fue instantánea y perfectamente predecible: conspiración extranjera, ataque a la soberanía, injerencia imperialista, traidores a la patria financiados por intereses que buscan someter a México. El presidente convocó cadena nacional a las diez de la mañana. Habló cuarenta minutos con la elocuencia de quien genuinamente cree cada sílaba que dice, que era la elocuencia más difícil de rebatir porque no tenía los huecos de la impostura. Llamó a sus gobernadores. Organizó una concentración en el Zócalo para el sábado siguiente que congregó doscientas mil personas que ondeaban banderas con la convicción de quienes defienden algo que les importa de verdad.

Pero algo había cambiado. Por primera vez en ocho años, la narrativa oficial no contenía el daño. La magnitud de los documentos, la coordinación de la publicación y el peso de las instituciones internacionales que comenzaban a procesarlos producían una fisura que ninguna conferencia matutina podía cerrar porque la fisura no estaba en la opinión pública mexicana, que el gobierno podía manejar, sino en la opinión pública internacional, que no podía.

En Guadalajara, en Monterrey, en la Ciudad de México, en Mérida, familias de desaparecidos salieron a marchar esa tarde con fotografías. No de sus hijos. De los funcionarios nombrados en los documentos.

En Hermosillo, Lola Pimentel organizó una mesa de prensa en el patio de la organización de madres buscadoras a la que fueron dieciséis periodistas, cuatro de ellos internacionales. Habló durante veinte minutos con el mapa en la mano, señalando las coordenadas de cuarenta y siete fosas que su grupo había encontrado en cuatro años, y dijo, con la voz que había aprendido a sostener sin que le cambiara:

—Los documentos que publicaron hoy dicen en papel lo que nosotras llevamos cuatro años diciendo con los huesos que encontramos. La diferencia es que a los documentos los escuchan.

Nadie en la sala dijo nada durante un momento.

—¿Y a ustedes no las escuchaban? —preguntó uno de los periodistas internacionales.

—Nos escuchaban —dijo Lola—. Nos escuchaban y nos aplaudían y nos ponían en las portadas. Pero escuchar y hacer algo con lo que se escucha son dos cosas distintas. Eso también está en los documentos, si alguien se toma la molestia de buscarlo.

Valentina lo publicó todo. La mesa de prensa de Lola, las marchas, la cadena nacional de Legorreta, los primeros comunicados de gobiernos extranjeros que usaban, con la cautela diplomática de quienes pesan cada palabra, la expresión "preocupación grave" junto al nombre de México. Y al final de su nota, sin editorial, sin análisis, con la precisión de quien sabe cuándo el dato habla por sí solo, señaló que el comunicado del gobierno de Bélgica hacía referencia, en su párrafo tercero, a "posibles crímenes de lesa humanidad".

Era la primera vez que esa expresión aparecía en un comunicado oficial de un gobierno extranjero referida a México.

No sería la última.

CAPÍTULO 13

"La Haya"

La Haya, Washington, Ciudad de México. Año nueve.

El comunicado tenía cuatro párrafos y llegó a las nueve de la mañana hora de Europa, que eran las dos de la mañana hora de Ciudad de México, que era la hora en que Pedraza dormía el sueño ligero de quien ha aprendido, en nueve años de secretaría particular, que el teléfono puede sonar en cualquier momento y que la respuesta que se da con sueño es la que más se lamenta.

Leyó el comunicado dos veces en la pantalla del teléfono, sin encender la luz del cuarto, con la misma atención con que un médico lee un diagnóstico que sospechaba y que confirma. La apertura formal de una investigación preliminar por la Fiscalía de la Corte Penal Internacional. Presuntos crímenes de lesa humanidad. Desapariciones forzadas sistemáticas. Persecución de grupos específicos de la población civil. Cuatro párrafos. El documento más breve y más devastador que había llegado a sus manos en nueve años.

Marcó el número del jefe de la Oficina Jurídica de la Presidencia. Respondió al tercer timbre, que indicaba que tampoco dormía.

—Ya lo vi —dijo el jurídico, antes de que Pedraza hablara.

—¿Qué tan serio es?

—Más serio que todo lo que hemos manejado hasta ahora. La CPI no abre investigaciones preliminares como gesto político. Tienen los documentos y los han revisado.

—¿Cuánto tiempo tienen los procesos?

—Las investigaciones preliminares pueden durar años. Pero el solo hecho de que existan produce efectos inmediatos: cualquier gobierno que quiera puede invocarlas para justificar medidas económicas o diplomáticas sin tener que esperar una condena.

—¿Cómo se lo decimos al presidente?

Una pausa.

—Con cuidado —dijo el jurídico—. Y con alguien presente que pueda manejar la reacción.

—¿Qué reacción esperas?

—Que diga que es una conspiración. Que tiene razón. Y que lo dice de una manera que va a ser imposible de contener si llega a los medios antes de que tengamos una respuesta preparada.

Pedraza colgó. Se quedó sentado en el borde de la cama, en la oscuridad, con el teléfono en la mano y el comunicado todavía en la pantalla. Pensó en la hacienda El Encinal, nueve años atrás. En la reunión que él había organizado, en los vehículos que había coordinado, en el cuaderno con abreviaciones que había destruido antes de que amaneciera. Pensó en todo lo que había firmado y coordinado y administrado desde entonces, en el inventario completo de lo que sabía y de lo que había hecho con lo que sabía.

Pensó que cuatro párrafos podían pesar más que nueve años.

Le informaron al presidente a las siete de la mañana, en el desayuno privado que Legorreta tomaba solo antes de que empezara el día oficial. Pedraza se lo dijo directamente, sin preámbulos, porque había aprendido en nueve años que los preámbulos con Legorreta producían impaciencia antes de que se dijera lo importante.

—La Fiscalía de la Corte Penal Internacional abrió una investigación preliminar contra México por crímenes de lesa humanidad.

Legorreta lo miró. Siguió comiendo. Bebió café. Luego dejó la taza sobre la mesa con la calma que Pedraza había aprendido a distinguir de la serenidad: no era lo mismo. La calma de Legorreta en ese momento era la calma de quien no ha terminado de procesar lo que escuchó y cuyo cerebro está ocupado en encontrar el lugar correcto para colocarlo dentro de la cosmología que lleva décadas construyendo.

—¿Quién está detrás de eso? —preguntó finalmente.

—La CPI actúa de manera independiente, señor presidente. Pero los documentos que presentaron son los mismos que se filtraron en noviembre.

—¿Y quién filtró esos documentos?

—Eso lo estamos investigando todavía.

—Son los mismos de siempre —dijo Legorreta, con la convicción de quien ha encontrado el lugar correcto—. Los que nunca aceptaron que el pueblo ganó. Los que llevan nueve años buscando la manera de dar marcha atrás a la transformación. Afuera tienen sus aliados y adentro tienen sus traidores, y juntos construyen estas operaciones.

Pedraza no respondió. Sabía que responder en ese punto era inútil porque Legorreta no estaba planteando una hipótesis que pudiera refutarse. Estaba enunciando una certeza que ningún argumento externo podía penetrar porque estaba construida desde adentro, desde la misma arquitectura cognitiva que llevaba nueve años procesando toda información inconveniente como evidencia de conspiración.

—¿Qué quiere hacer, señor presidente?

—Una conferencia —dijo Legorreta, con una decisión inmediata que Pedraza reconoció como la respuesta que daba cuando no tenía otra respuesta disponible—. Hoy. Que quede claro quiénes son los que atacan a México y por qué.

—Entendido.

—Y llame a los gobernadores. Que estén presentes en el Zócalo el sábado. Necesito que el pueblo vea que no estamos solos.

La reunión de gabinete de seguridad cuatro días después del comunicado fue la más tensa que Mendieta había presenciado en nueve años de asistir a reuniones de gabinete. No porque nadie dijera nada extraordinario. Sino porque el peso de lo que nadie decía era tan denso que modificaba físicamente el aire del cuarto.

Mendieta llegó con sus carpetas de siempre y se sentó en su lugar de siempre y miró a los hombres que lo rodeaban en la mesa con la atención clínica de quien lleva semanas esperando este momento para leer exactamente lo que iba a leer. Y lo que leyó en los ojos de los secretarios, de los generales, de los funcionarios de seguridad que llevaban años en esa mesa administrando lo que la mesa administraba, fue algo que en nueve años nunca había visto ahí: miedo real. No la preocupación calculada de quien gestiona un problema difícil. Miedo. El tipo que produce la conciencia de que las consecuencias ya no son abstractas.

Esa noche escribió en el diario: *"Vi por primera vez en nueve años miedo real en los ojos de quienes creían que el miedo era solo para los otros."*

En el edificio de la Sedena, en los días que siguieron, ocurrió algo que Mendieta observó con la atención de quien ha estado esperando exactamente esto para tomar una decisión. Algunos generales empezaron a destruir archivos. Lo hacía con la discreción de quien destruye algo que no debería existir: fuera de horario, sin asistentes, con el equipo de triturado que el protocolo de seguridad destinaba a documentos clasificados y que ahora se usaba para otra clase de documento. Mendieta lo supo a través de

Curiel, que lo supo a través de la red de fuentes que había construido en dos años dentro de la institución.

Llamó a Curiel.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Cuatro que puedo confirmar. Probablemente más.

—¿Y los que guardan?

—Tres que sé con certeza. Quizás más, pero esos no me lo van a decir a mí.

—¿Los que guardan lo hacen porque piensan que el régimen va a sobrevivir y los van a necesitar, o porque piensan que no va a sobrevivir y van a necesitar protección?

Curiel tardó un momento.

—Esa —dijo— es la pregunta correcta. Y la respuesta honesta es que no lo sé todavía.

—Averígualo —dijo Mendieta—. Porque de eso depende qué hacemos con lo que nosotros tenemos.

Lo que Toscano hizo en esos días no lo supo Mendieta hasta semanas después, cuando Ancira lo llamó para informarle de lo que había ocurrido con discreción suficiente pero sin sorpresa: tres operaciones distribuidas, montos que no activaban alertas individuales pero que sumadas representaban lo que el contador de Toscano había descrito como suficiente para vivir diez años en cualquier lugar decente. No era una huida. Era una preparación. La diferencia entre ambas cosas era el tiempo que quedaba antes de que la diferencia dejara de importar.

En Washington, el proyecto de ley para clasificar al partido gobernante mexicano como estructura vinculada al narcoterrorismo transnacional dejó de ser una propuesta marginal en el período de diez días que siguió al comunicado de La Haya. Pasó de veintisiete patrocinadores a cuarenta y uno. Fue programado para audiencia en comisión. El embajador mexicano en Estados Unidos solicitó con urgencia reuniones con funcionarios del Departamento de Estado que hacía un año atendían sus llamadas en el primer intento. Ahora tardaban cuatro días en responder. Algunos no respondían.

La embajada en Washington llamó a Cancillería. Cancillería llamó a Pedraza. Pedraza entró al despacho del presidente con el reporte.

—El proyecto de clasificación tiene audiencia en comisión la próxima semana —dijo.

Legorreta lo miró desde detrás del escritorio.

—¿Y?

—Y si pasa la comisión, va al pleno. Y si pasa el pleno, las consecuencias para el sistema bancario son inmediatas. Los corresponsales americanos no pueden operar con entidades clasificadas como vinculadas al terrorismo.

—Eso no va a pasar —dijo Legorreta.

—Señor presidente, tiene cuarenta y un patrocinadores. Hace dos meses tenía veintisiete.

—Los gringos siempre hacen ruido —dijo Legorreta, con la misma serenidad de siempre, con la misma convicción de siempre—. Siempre. Llevo cuarenta años viéndolo. Hacen ruido y al final negocian porque negociar es lo que les conviene. Siempre les conviene negociar.

Pedraza asintió. Recogió el reporte. En la puerta se detuvo un instante y luego siguió, porque había aprendido en nueve años que detenerse en la puerta de ese despacho sin tener algo concreto que agregar solo producía una pregunta del presidente que no tenía respuesta satisfactoria.

Valentina publicó ese día un análisis de tres mil palabras sobre las implicaciones jurídicas del comunicado de La Haya. Lo publicó con el rigor de quien ha pasado ocho años aprendiendo exactamente lo suficiente de cada tema para poder explicarlo sin simplificarlo hasta hacerlo irreconocible. Tuvo doscientas ochenta mil lecturas en veinticuatro horas, que era el número más alto en la historia de Tierra Firme y que Rocío le mandó por mensaje con un solo comentario: *"Ocho años."*

Valentina respondió: *"Ocho años."*

Lola la llamó esa tarde desde Sonora, donde había estado toda la semana en el cerro con su grupo de búsqueda.

—¿Lo leyó? —preguntó Valentina.

—Lo leí —dijo Lola—. Cuatro párrafos.

—Cuatro párrafos.

—¿Cree que va a cambiar algo?

Valentina tardó en responder con la honestidad que Lola le exigía siempre, no porque lo pidiera explícitamente sino porque era el único registro en que las dos habían aprendido a hablar.

—Creo que ya está cambiando —dijo—. No de la manera que quisiéramos. Pero algo que no se podía mover antes se está moviendo.

—¿Y las fosas?

—Las fosas también están en los documentos —dijo Valentina—. Con coordenadas. Con nombres. Con fechas.

Un silencio.

—¿Las mías? —preguntó Lola.

—Las tuyas también.

Otro silencio, más largo.

—Bien —dijo Lola finalmente, con una voz que Valentina no supo del todo cómo interpretar, que podía ser alivio o podía ser la forma en que Lola nombraba las cosas que llevaba años esperando que alguien más nombrara—. Bien.

Y colgó, como siempre, sin despedirse, que era la forma en que Lola terminaba las conversaciones cuando lo que se había dicho era suficiente y todo lo que viniera después sería menos que lo que ya estaba ahí.

Mendieta convocó a Curiel esa noche. No al día siguiente. Esa noche, en el despacho, con las luces bajas y el edificio de la Sedena casi vacío a las diez de la noche.

Curiel llegó con la carpeta actualizada. La puso sobre el escritorio sin decir nada, porque la carpeta era ya el argumento completo y las palabras serían redundantes.

Mendieta la miró. Luego miró a Curiel.

—Hay generales destruyendo archivos —dijo.

—Lo sé.

—Y hay generales guardándolos.

—También lo sé.

—Nosotros vamos a ser de los que los entregan —dijo Mendieta—. No de los que los guardan para usarlos como protección y no de los que los destruyen para que no existan. Los vamos a entregar a alguien que los pueda usar para lo que deben usarse.

Curiel lo miró durante un momento. En su expresión no había sorpresa, que era la confirmación de que había esperado exactamente esto sin saber exactamente cuándo llegaría.

—¿A quién? —preguntó.

—A Balmori —dijo Mendieta—. Que los entregue donde deben llegar. Con la cadena de custodia correcta. Sin nuestros nombres hasta que sea necesario que estén.

—¿Y cuando sea necesario?

—Cuando sea necesario —dijo Mendieta—, los ponemos. Los dos.

Curiel asintió. Era la primera vez en dos años que asintió sin el peso del todavía encima. Recogió la carpeta. Se levantó. En la puerta se detuvo una vez más, como en todas las conversaciones importantes que habían tenido, pero esta vez no hizo ninguna pregunta. Solo dijo:

—Bien, general.

Y salió.

Mendieta se quedó solo en el despacho. Abrió el cajón. Sacó el diario. Lo abrió en la última página escrita y leyó la entrada del día: *"Vi por primera vez en nueve años miedo real en los ojos de quienes creían que el miedo era solo para los otros."* Luego pasó a la página siguiente, en blanco, y escribió una sola línea:

"Hoy decidí."

Cerró el diario. Lo guardó con llave. Apagó la luz.

CAPÍTULO 14

"El derrumbe"

México. Años nueve y diez.

El colapso económico no viene de golpe. Viene como la degradación institucional que lo precedió: por capas, con una lentitud que permite que cada capa parezca soportable hasta que el peso acumulado vuelve imposible sostenerse.

Las primeras sanciones individuales —contra cinco funcionarios nombrados en los documentos de La Haya cuyos activos en el exterior fueron congelados por gobiernos europeos— produjeron un efecto que los economistas del Banco de México describieron en un informe interno, que no era para publicación pero que circuló de todas formas porque en ese punto ya nada en el gobierno permanecía interno por mucho tiempo, como "contracción de la confianza institucional con consecuencias sistémicas". Lo que eso significaba en términos prácticos era que ningún banco corresponsal internacional quería procesar transacciones vinculadas a entidades bajo investigación, y que la incertidumbre sobre qué entidades estaban o podrían estar bajo investigación era suficiente para que la cautela se extendiera mucho más allá de los cinco funcionarios sancionados.

Toscano lo sintió antes de que apareciera en ningún indicador publicado. Su director financiero lo llamó un lunes de enero con un tono que no era el tono de los problemas ordinarios.

—Brígido, el corresponsal de Citibank nos pidió documentación adicional para procesar la transferencia de nómina de esta semana.

—¿Qué documentación?

—Certificación de origen de fondos, relación de contratos con el sector público de los últimos tres años, y una declaración de que ninguno de nuestros directivos está bajo investigación por organismos internacionales.

Toscano procesó eso un momento.

—¿Cuánto tiempo tienen para procesarla?

—Cuarenta y ocho horas desde que entreguemos la documentación. Pero la nómina vence el jueves.

—¿Cuántos empleados?

—Cuatro mil doscientos en la planta de Monterrey.

—Empieza a reunir la documentación —dijo Toscano—. Y llama a Ancira.

Cuando colgó se quedó un momento mirando el escritorio, el mismo escritorio de siempre, con el mismo cerro de la Silla visible por la ventana y la misma foto de sus hijos en la esquina izquierda que llevaba quince años ahí. Pensó que hacía tres meses había transferido lo que su contador llamó

suficiente para vivir diez años en cualquier lugar decente. Pensó que en ese momento ese movimiento le había parecido una precaución. Ahora le parecía una premonición.

Llamó a Ancira.

—El corresponsal de Citibank nos pide documentación especial para la nómina —dijo.

—Lo sé —dijo Ancira—. Me llamaron esta mañana dos clientes más con el mismo problema. Esto ya no es tu caso, Brígido. Es sistémico.

—¿Cuánto tiempo antes de que se normalice?

Un silencio que duró exactamente lo que Toscano necesitó para entender que la pregunta estaba mal formulada.

—No se va a normalizar —dijo Ancira—. No mientras La Haya esté abierto. Y La Haya puede estar abierto años.

—¿Qué hago con los cuatro mil doscientos empleados?

—Por ahora, pagarles. Después —otra pausa—, prepararte para decisiones que no vas a querer tomar.

La fuga de capitales que siguió en los nueve meses posteriores superó en términos reales a la del año del error de diciembre de 1994, que había sido durante tres décadas el parámetro de referencia para las crisis financieras mexicanas. El peso cayó cuarenta y dos por ciento frente al dólar en ese período. El Banco de México intervino con reservas, luego con más reservas, hasta que el director general convocó a una reunión de urgencia con el secretario de Hacienda —que seguía siendo Covarrubias Mena, que seguía sin entender los documentos que le ponían enfrente y que seguía firmando lo que le dijeran que firmara— para explicar, con la paciencia de quien explica algo a alguien que no tiene los instrumentos para entenderlo pero que tiene la firma necesaria para actuar, que las reservas no eran infinitas y que si la tendencia continuaba, en cuatro meses el margen de maniobra sería inexistente.

Covarrubias escuchó el informe. Asintió varias veces. Al final preguntó:

—¿Y qué le decimos al presidente?

El director del Banco de México lo miró durante un segundo que contenía más de lo que el segundo podía sostener.

—Le decimos la verdad, secretario.

—¿Y la verdad es?

—Que el país tiene cuatro meses de margen antes de que la situación se vuelva inmanejable sin asistencia externa. Y que la asistencia externa, en las condiciones actuales, implica negociaciones que el gobierno va a encontrar políticamente inaceptables.

Covarrubias asintió de nuevo, con la misma convicción de siempre, que era la convicción de quien entiende perfectamente y no ha entendido nada.

—Yo lo hablo con él —dijo.

Lo que ocurrió entonces no tuvo precedente en la historia política mexicana reciente, y era exactamente el tipo de cosa que no tiene precedente porque requiere una combinación de condiciones que nunca se había producido junta: la base electoral del presidente empezó a desertar. No la base que siempre había dudado. No los que habían votado por Legorreta sin convencerse del todo. La base dura, la que había construido identidad sobre el proyecto, la que había resistido nueve años de señales contradictorias con la fe de los que no pueden permitirse dudar porque su visión del mundo depende de que tengan razón.

Valentina documentó ese proceso con la minuciosidad de quien sabe que está registrando algo que los historiadores van a necesitar reconstruir en veinte años. Viajó a tres estados en dos meses: Oaxaca, Guerrero, Tabasco. Habló con gente que había votado por Legorreta las tres veces que hubo elecciones, que había defendido el proyecto en las peleas de familia, que había bloqueado el número de teléfono de hermanos y amigos que cuestionaban al presidente. Lo que encontró no era rabia política. Era algo más silencioso y más difícil de articular: el agotamiento de quien ha sostenido una fe durante demasiado tiempo contra demasiada evidencia y que un día, sin un evento dramático que lo justifique, simplemente no puede seguir sosteniéndola.

En un mercado de Juchitán, una mujer que vendía tejidos le dijo, sin que Valentina hubiera preguntado nada todavía:

—Ya no me alcanza para nada. Los apoyos llegan, pero con lo que cuestan las cosas ya no sirven de nada. Y yo voté por él tres veces.

—¿Votaría de nuevo? —preguntó Valentina.

La mujer la miró con la expresión de quien recibe una pregunta que ya no tiene sentido en el mundo en que vive.

—¿Para qué? —dijo—. Si ya ganó, ya estuvo, y ya vimos cómo quedamos.

En Tabasco, en el municipio de Macuspana donde Legorreta había sido presidente municipal hace veinte años y donde su nombre seguía siendo pronunciado con una reverencia que tenía la textura de lo fundacional, Valentina habló con un ejidatario de sesenta años que había sido, en las tres campañas, uno de los organizadores de base más efectivos del partido.

—¿Cómo está el ánimo aquí? —preguntó.

El hombre tardó en responder. Miró el campo a su alrededor, que era el mismo campo de siempre, sin los cambios que diez años de gobierno habían prometido y no producido.

—Cansado —dijo finalmente—. El ánimo está cansado. Y el cansancio, cuando llega, es peor que el enojo. El enojo todavía es energía. El cansancio ya no es nada.

Valentina escribió eso en el cuaderno y luego lo miró un momento antes de pasar a la siguiente página. El cansancio ya no es nada. Era la frase más

exacta que había escuchado en dos meses de viaje para describir lo que le estaba pasando al país.

El general Bracamontes llamó a Mendieta una tarde de marzo, desde el mismo número sin registrar de la llamada de hacía dos años, con la misma voz de quien ha bebido algo pero no demasiado.

—Rodrigo.

—Arturo.

—¿Sabes lo que está pasando en el norte?

—Sé lo que está en los reportes —dijo Mendieta—. ¿Hay algo que no esté en los reportes?

—En Tamaulipas hay dos grupos que llevan tres semanas enfrentándose por zonas que antes compartían bajo acuerdo. El acuerdo se cayó porque nadie en el gobierno puede ya garantizarlo. Y el resultado son doscientas personas muertas en veintiún días en tres municipios, y las fuerzas federales recibiendo instrucciones contradictorias de dos secretarías distintas porque ninguna de las dos quiere firmar la orden que implica intervenir y potencialmente romper lo que queda de un acuerdo con una de las partes.

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Nada —dijo Bracamontes—. Solo quería que lo supieras. Igual que la otra vez.

Mendieta reconoció el patrón: Bracamontes llamando de noche para compartir lo que no podía compartir de día, necesitando que alguien más lo supiera. Pero esta vez algo era distinto.

—Arturo —dijo Mendieta—. Esta vez no es solo para que lo sepa.

—¿Qué más?

—Necesito que documentes lo que me acabas de decir. Las instrucciones contradictorias, las fechas, los nombres de quién las firmó. Y que me lo mandes por el canal que sabes.

Un silencio.

—¿Para qué? —preguntó Bracamontes.

—Para que forme parte de algo más grande que ya está en movimiento.

Otro silencio, más largo.

—¿Ya tomaste la decisión, Rodrigo?

—Ya la tomé.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas.

Bracamontes no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz tenía algo que en dos años de llamadas nocturnas Mendieta no le había escuchado: algo que no era exactamente alivio pero que se le parecía mucho.

—Te mando lo que tengo mañana —dijo.

—Gracias, Arturo.

—No me las des —dijo Bracamontes—. Debí haberlo hecho hace dos años.

Colgó. Mendieta se quedó mirando el teléfono un momento. Luego lo dejó sobre el escritorio y miró el mapa de México en la pared, el que le había regalado su padre, el que había mirado desde distintos despachos durante casi cuatro décadas.

Lola Pimentel le dio a Valentina la entrevista que se publicaría en diecisiete idiomas un martes de abril, en las sillas de plástico de la banqueta de Hermosillo que ya eran, a estas alturas, el lugar más natural que ambas tenían para hablar. Valentina llegó con el cuaderno, que era ya el cuaderno número doce desde que se habían conocido. Lola llegó con café, que era ya el café que siempre hacía cuando Valentina venía porque había aprendido en cuatro años que el café de Valentina era objetivamente malo y que ofrecerlo era una forma de querer bien a alguien.

Hablaron durante dos horas sobre las setenta y cuatro fosas, sobre los doce años, sobre lo que había cambiado y lo que no había cambiado. Al final, cuando Valentina cerró el cuaderno, Lola dijo algo que Valentina no había preguntado.

—¿Sabe lo que me pregunta la gente ahora? Me preguntan si estoy contenta de que las cosas estén cambiando. Como si yo debiera estar contenta.

—¿Y lo está? —preguntó Valentina, reabriendo el cuaderno.

—No quiero que caiga el gobierno por los gringos ni por La Haya ni por el dinero —dijo Lola, con la voz de siempre, sin dramatismo, sin el énfasis de quien sabe que está diciendo algo que va a citarse—. Quiero que caiga porque ya no podemos enterrar más hijos sin que nadie responda. Pero si cae por los gringos y por La Haya y por el dinero, también está bien. Los muertos no tienen tiempo de esperar la justicia perfecta.

Valentina lo escribió. Lo miró. Cerró el cuaderno.

—¿Puedo publicar eso? —preguntó.

—Para eso lo dije —dijo Lola.

Se publicó al día siguiente. En diecisiete idiomas. En veintidós medios del consorcio. Con la foto de Lola que un fotógrafo de Associated Press había tomado dos semanas antes en el cerro de Bavispe: las botas de hule embarradas, el mapa en la mano, los ojos mirando hacia un punto de la sierra que no era visible en el encuadre pero que ella sabía exactamente dónde estaba.

Esa foto y esa frase juntas recorrieron el mundo con la velocidad de las cosas que no necesitan explicación porque la explicación ya está dentro de ellas.

CAPÍTULO 15

"La última conferencia"

Palacio Nacional, Ciudad de México. Año diez.

La sala estaba llena. Siempre estaba llena, porque la asistencia era obligatoria para los funcionarios y porque los periodistas acreditados habían aprendido, en diez años de conferencias matutinas, que no presentarse tenía consecuencias que iban desde la pérdida de la acreditación hasta algo menos formalizable pero igualmente real: el nombre en una lista, una auditoría inesperada, una fuente que dejaba de responder llamadas, el tipo de daño que no deja huella porque está diseñado para no dejarla.

Valentina Cruzalta llegó a las seis y cuarenta y cinco, como siempre, y ocupó su lugar en la tercera fila, que era el lugar desde el que había cubierto la conferencia matutina durante cuatro años, desde que Tierra Firme obtuvo la acreditación en el año seis y desde que ella misma aceptó que estar adentro, aunque implicara el riesgo de estar en la lista, producía más información útil que cubrir desde afuera. Llevaba la libreta de papel que usaba en ese espacio porque el teléfono podía ser requisado o interferido y la libreta de papel requería que alguien la tomara físicamente y eso dejaba un testigo.

A las seis y cincuenta y siete entró Pedraza, que ocupó su lugar de siempre en el extremo izquierdo de la mesa del presidium con la expresión de quien ha llegado demasiado temprano a un lugar en el que ya no quiere estar pero del que todavía no ha encontrado la manera de salir. Valentina lo observó desde la tercera fila. Llevaba diez años observando a Pedraza en ese mismo espacio y había aprendido a leer su expresión con la precisión de quien ha estudiado a un sujeto el tiempo suficiente como para distinguir sus registros: había el Pedraza de los días ordinarios, el Pedraza de los días difíciles y el Pedraza de los días en que algo había cambiado de manera que él todavía estaba procesando. Ese martes era el tercero.

A las siete en punto entró Legorreta.

Entró como siempre: con la energía específica de quien no simula que está bien sino que genuinamente lo está, con la sonrisa que producía en la primera fila el mismo efecto después de diez años que el primer día en Tlapa de Comonfort, con la guayabera ligeramente desalineada que era ya una marca tan reconocible como su voz. Saludó a la primera fila. Se sentó. Acomodó los papeles que no leería. Tomó agua. Miró la cámara.

Y comenzó.

Habló del pasado durante la primera hora. Lo hacía con la riqueza de detalle de quien tiene memorizado cada error de sus predecesores, cada desvío, cada traición, cada promesa rota de los cuarenta años que él había venido a corregir. Lo hacía con fechas, con nombres, con anécdotas de giras que mezclaba sin distinción con datos que a veces eran correctos y a veces no, y esa mezcla —la precisión anecdótica con la imprecisión estadística—

era parte de lo que hacía su discurso tan difícil de refutar en tiempo real: porque refutar el dato requería interrumpir la emoción, y la emoción era lo que la sala estaba ahí para recibir.

Valentina escribía en la libreta. No transcribía. Anotaba lo que le parecía relevante, lo que era verificable, lo que era nuevo respecto a la conferencia anterior, y lo que era, en el lenguaje que había desarrollado en cuatro años de cobertura, "ELdM": el lenguaje del miedo, que era la categoría que usaba para las frases diseñadas no para informar sino para producir un estado afectivo específico en quien las escucha.

A la hora y media, una periodista de un diario del norte levantó la mano.

—Señor presidente, el Senado americano aprobó la semana pasada en primera vuelta el proyecto de clasificación narcoterrorista. ¿Cuál es la respuesta del gobierno?

Legorreta la miró. No con enojo. Con algo que en otro contexto habría parecido paciencia y que en ese contexto era otra cosa: la serenidad de quien ha decidido que ciertas preguntas no merecen la energía de una respuesta genuina.

—¿Cómo se llama usted?

—Fernanda Cisneros, del Milenio Monterrey.

—Fernanda. —Pronunció el nombre con la lentitud que era en ese espacio una forma de marcar—. ¿Usted cree que México debe arrodillarse ante el Senado americano?

—No le pregunté eso, señor presidente. Le pregunté cuál es la respuesta del gobierno ante la aprobación.

—La respuesta del gobierno —dijo Legorreta, con la fluidez de quien tiene la frase preparada porque la ha pensado durante días— es que México es una nación soberana que no acepta presiones de ningún poder exterior. Que llevamos cuarenta años siendo el patio trasero del vecino del norte y que eso se terminó. Y que si algunos en Washington prefieren a los gobiernos que se arrodillaban, pues que se acostumbren a uno que no lo hace.

Los funcionarios de la primera fila aplaudieron. Algunos periodistas también, que era el tipo de detalle que Valentina anotaba sin comentario porque el comentario sobraba.

—¿Y las consecuencias económicas? —insistió Cisneros.

—Las consecuencias económicas las producen los que atacan a México desde afuera, no los que lo defienden desde adentro. —Legorreta ya había girado la cabeza hacia otro lado, que era la señal de que la periodista había terminado su turno—. Siguiente pregunta.

Valentina no levantó la mano. Llevaba cuatro años cubriendo la conferencia y había aprendido que sus preguntas producían un efecto que no era el de obtener información sino el de convertirse en el tema de la conferencia, y

ese intercambio no le convenía a ella ni le servía a sus lectores. Lo que necesitaba de ese espacio no eran respuestas. Era observación.

Y lo que observaba ese martes, con la atención de quien lleva diez años mirando al mismo hombre en el mismo escenario, era algo que no había visto antes o que había visto pero nunca con esa claridad: que Legorreta estaba más solo de lo que parecía. No en el sentido de que la sala estuviera menos llena, que estaba llena como siempre. Sino en el sentido de que la calidad de la presencia había cambiado. Los funcionarios aplaudían en los momentos correctos, pero algunos con una fracción de segundo de retraso que indicaba que estaban calculando cuándo era el momento correcto en lugar de sentirlo. Pedraza miraba la mesa. El secretario de Gobernación miraba su teléfono con la pantalla inclinada para que no se viera desde el frente.

Legorreta no lo advertía. O no podía advertirlo, que era lo mismo.

A las dos horas y veinte minutos habló de La Haya. Lo hizo con la misma indignación de siempre, con la misma narrativa de conspiración internacional, con el mismo vocabulario de soberanía herida que había aprendido producía más energía emocional en su audiencia que cualquier argumento técnico. Habló de los documentos filtrados como de una operación de inteligencia extranjera diseñada para derrocar a un gobierno que había osado desafiar los intereses de los poderosos. No mencionó los nombres que aparecían en los documentos. No mencionó las fosas. No mencionó a Nájera. No mencionó a las madres buscadoras.

Valentina anotó en la libreta: *"ELdM completo. Sin una sola referencia a las víctimas."*

A las tres horas habló de la economía. Dijo que la inflación bajaba, que el empleo crecía, que el modelo de desarrollo del pueblo estaba produciendo resultados que los medios que servían a los intereses del pasado se negaban a reportar. Los datos que citó eran, en su mayor parte, incompatibles con cualquier fuente externa verificable. Algunos eran directamente inversos a lo que los organismos internacionales reportaban. Ninguno de los funcionarios presentes lo corrigió, que no era una sorpresa sino la confirmación de algo que Valentina llevaba cuatro años documentando: que en ese espacio la corrección había dejado de ser posible hacía mucho tiempo, y que lo que quedaba era la actuación de un debate que ya no ocurría.

A las cuatro horas exactas Legorreta dio por terminada la conferencia. Se levantó, saludó a la primera fila, recogió los papeles que no había leído y salió con la misma energía con que había entrado, con la misma sonrisa, con la misma guayabera ligeramente desalineada.

La sala se vació en cinco minutos. Valentina se quedó en su silla hasta que casi todos habían salido, revisando lo que había anotado, cerrando la libreta, guardando el bolígrafo. Cuando se levantó, Pedraza estaba todavía

en su lugar al fondo de la sala, también revisando papeles, también aparentemente sin prisa.

Sus miradas se cruzaron un segundo. Pedraza bajó la vista primero.

Valentina salió.

En la calle, con el sol de la mañana de Ciudad de México cayendo directo y el ruido del Zócalo a media cuadra, escribió en su teléfono las tres palabras que no publicaría hasta meses después, cuando el contexto las hiciera legibles de la manera en que debían leerse: *"Cree cada sílaba."*

Mendieta no asistió a la conferencia. La siguió en la pantalla de su despacho, con el volumen bajo, mientras Curiel terminaba de revisar los últimos documentos que Bracamontes había mandado la semana anterior y que completaban, con una precisión que hacía innecesario cualquier comentario adicional, el cuadro que la carpeta había construido durante dos años.

Cuando la conferencia terminó, Mendieta apagó la pantalla. Miró a Curiel.

—¿Está todo?

—Todo —dijo Curiel.

—¿La cadena de custodia?

—Construida con Balmori. Firmada. Lista para entregar.

Mendieta asintió. Abrió el cajón del escritorio. Sacó el diario. Lo abrió en la última página disponible, que era la página que seguía a la que decía *"Hoy decidí."* Escribió la fecha. Luego escribió una línea más: *"Hoy se entrega."* Cerró el diario. Lo metió en el maletín, junto a los documentos de Curiel, que era la primera vez en dos años que el diario y la carpeta estaban en el mismo lugar al mismo tiempo.

—Llama a Balmori —le dijo a Curiel—. Dile que esta tarde.

Curiel asintió y salió para hacer la llamada. Mendieta se quedó solo en el despacho. Miró el mapa de México en la pared, el que le había regalado su padre, el que había cargado de despacho en despacho durante casi cuatro décadas. Lo miró durante un momento largo, con la atención de quien se despide de algo sin estar seguro de que lo que viene después va a parecerse en algo a lo que hubo antes.

Luego recogió el maletín y salió.

Lola Pimentel salió esa mañana con sus botas de hule y su mapa de búsqueda, como todos los días. Había dos coordenadas nuevas que alguien había dejado anónimamente en el correo de la organización la noche anterior. Siempre había coordenadas nuevas. Eso también era parte de lo que había aprendido en cuatro años: que el trabajo no termina, que no hay un punto de llegada donde alguien le diga que ya buscó suficiente y que puede dejar las botas y el mapa y volver a una vida sin esto. Que esto ya es la vida. Y que mientras haya coordenadas nuevas en el correo, hay razón para salir.

Valentina publicó su crónica de la conferencia a las nueve de la mañana. Dos mil cuatrocientas palabras, sin adjetivos que no fueran estrictamente necesarios, con la precisión de quien ha aprendido que la descripción exacta de lo que ocurrió es más poderosa que cualquier interpretación superpuesta. Al mediodía tenía doscientas mil lecturas, que era el número más alto en un solo día en la historia de Tierra Firme.

A las tres de la tarde, su correo electrónico dejó de funcionar. Su teléfono personal no tenía señal. El teléfono de respaldo que guardaba para emergencias tampoco. La conexión a internet del departamento estaba activa pero ninguna página cargaba, que era la señal de un bloqueo selectivo que alguien sabía cómo hacer y que ella había documentado en el año cinco aplicado a otros y que en ese momento se aplicaba a ella.

Llamó a Rocío desde el teléfono del vecino del piso de abajo, que era un hombre de ochenta años que no sabía quién era Valentina Cruzalta y que le prestó el teléfono con la cortesía de quien todavía vive en un mundo donde prestar el teléfono no requiere cálculo político.

—Me cortaron todo —dijo cuando Rocío respondió.

—Lo sé —dijo Rocío—. A nosotros también. Desde las dos y media. El servidor externo está activo pero el dominio está bloqueado en México.

—¿Internacionalmente?

—Internacionalmente funciona. Lo están leyendo. El problema es adentro.

—¿Qué hacemos?

—Lo que siempre —dijo Rocío—. Publicamos desde afuera. Tenemos el espejo en el servidor de Amsterdam. Y Valentina —hizo una pausa—, esto también es una nota.

—Lo sé.

—Documéntalo todo. El horario del corte, los dispositivos, el orden en que ocurrió.

—Ya lo estoy haciendo.

Colgó. Subió al departamento. Antes de entrar vio la hoja pegada en la puerta: una impresión en blanco y negro de su fotografía, tomada sin que ella lo supiera en algún lugar público, con una frase debajo que era a la vez una amenaza y una declaración de principios del sistema que la producía:

"La patria es primero."

La miró durante un momento. Pensó en Tlapa de Comonfort, en el mitin de Chilpancingo, en la voz de Legorreta repitiendo esa frase en plazas de todo el país con la convicción de los que no necesitan calcular porque creen. Pensó en la hacienda El Encinal que ella nunca había visto pero que había reconstruido a través de diez años de documentación. Pensó en Lola saliendo cada mañana con las botas de hule. Pensó en Nájera y en la panadería y en el martes por la mañana.

Sacó el teléfono de respaldo, que no tenía señal pero tenía cámara. Fotografió la hoja. Fotografió la puerta. Fotografió el corredor del edificio, por si era relevante más tarde.

Entró al departamento. Abrió la computadora. Buscó la conexión al servidor de Amsterdam. Funcionaba.

Empezó a escribir.

Lo que el país vivía en ese umbral —ese espacio entre el sistema que se derrumbaba y lo que vendría después, que nadie podía saber todavía si sería mejor o simplemente distinto— no tenía nombre preciso todavía en ningún idioma. No era el fin de algo ni era el principio de algo. Era el momento en que las dos cosas coexisten con la tensión insoportable de lo que no puede seguir siendo lo que es y que todavía no sabe qué va a ser.

Una democracia puede suicidarse desde dentro mientras millones la defienden convencidos de que la están salvando. Eso ya había ocurrido. Ya estaba en los documentos, en las fosas, en las carpetas de Mendieta y Curiel, en los servidores de Amsterdam y La Haya y Washington. Lo que no estaba escrito todavía era lo que seguía.

Y las naciones que han dejado caer todas sus instituciones, cuando finalmente despiertan a lo que hicieron, descubren que la reconstrucción no viene de la conciencia cívica —que llegó tarde y que seguirá llegando tarde porque la conciencia cívica es siempre más lenta que el daño— sino de la presión de un mundo exterior que llega con sus propios intereses y sus propias agendas y su propia versión de lo que esa nación debería ser. Y que eso también tiene un precio. Y que ese precio también habrá que pagarlo.

Valentina escribió durante tres horas seguidas, desde el servidor de Amsterdam, con la nota de la conferencia y la foto de la hoja en la puerta y todo lo que había anotado en la libreta de papel a lo largo de las cuatro horas de Legorreta. Cuando terminó la publicó sin releerla, porque había aprendido que releer produce la tentación de suavizar y que lo que había escrito no debía suavizarse.

Al otro lado de la ciudad, en la Sedena vacía de la tarde, Mendieta entregó el maletín a Balmori en un despacho prestado del que ambos saldrían por puertas distintas sin verse de nuevo en semanas. Curiel esperaba afuera. Cuando Mendieta salió, Curiel lo miró y no dijo nada porque no había nada que decir que no fuera menos que el silencio.

Y Lola Pimentel volvió esa tarde del cerro con las botas embarradas y el mapa en el bolsillo del chaleco, con las dos coordenadas cubiertas y otras dos nuevas que alguien había mandado mientras ella estaba fuera. Las anotó en el mapa. Hirvió agua para el té. Se sentó en la cocina con la libreta de espiral y empezó a planear la salida del día siguiente.

Siempre había dos coordenadas nuevas.

Eso también era México.